

2

ANTOLOGÍA  
**LITERARIA**  
RELATOS DE LOS ANDES

Material en validación

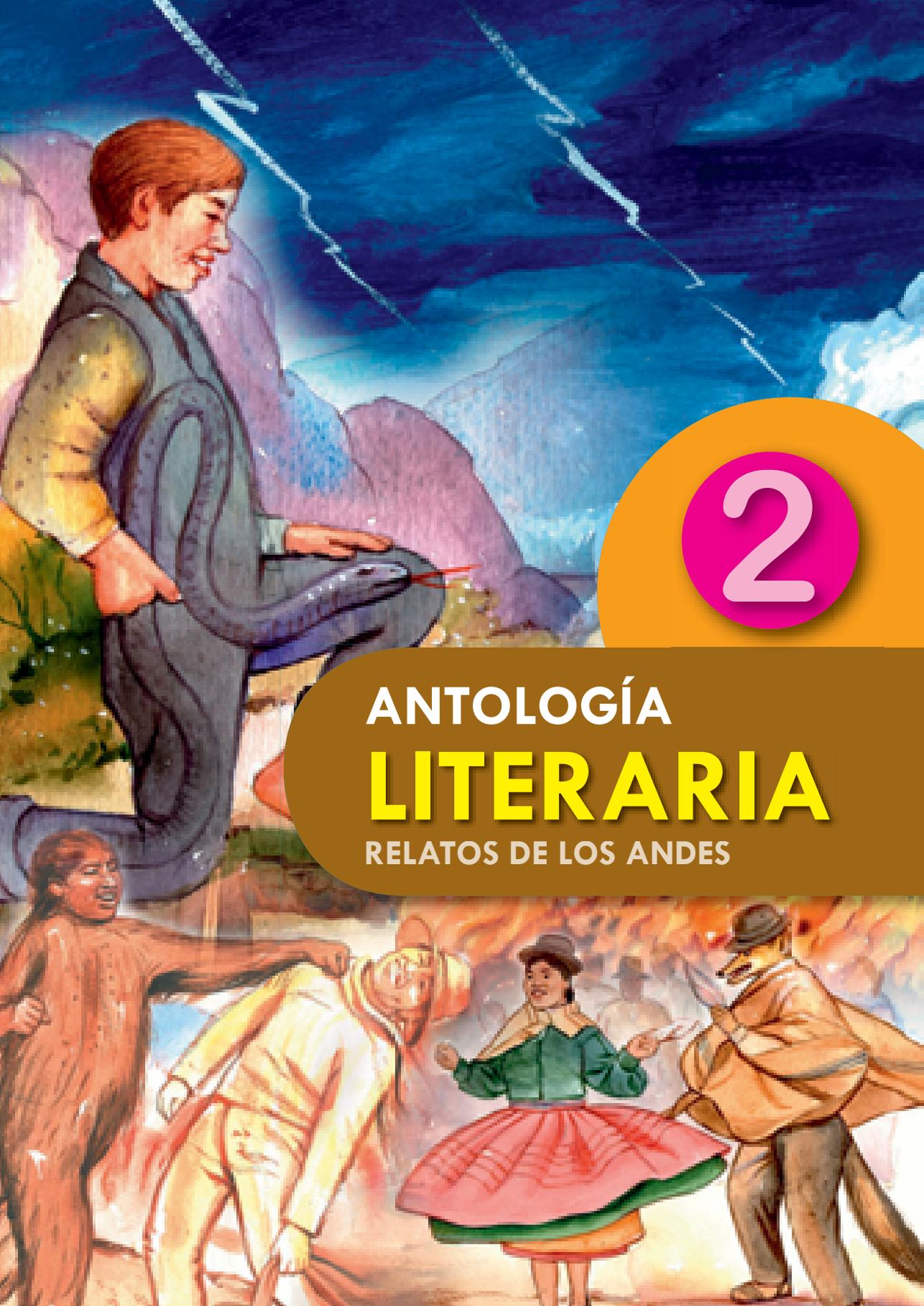


PERÚ

Ministerio  
de Educación

# PROYECTO EDUCATIVO NACIONAL AL 2021





2

ANTOLOGÍA

LITERARIA

RELATOS DE LOS ANDES



Ministerio de Educación

Dirección General de Educación Básica Alternativa, Interculturalidad Bilingüe  
y de Servicios Educativos en el Ámbito Rural

Dirección de Educación Intercultural Bilingüe

## **ANTOLOGÍA LITERARIA 2**

### **RELATOS DE LOS ANDES**

©Ministerio de Educación  
Av. De la Arqueología cuadra 2, San Borja  
Lima, Perú  
Teléfono: 615-5800  
[www.minedu.gob.pe](http://www.minedu.gob.pe)

Primera edición, noviembre 2018  
Tiraje: 114,399 ejemplares

**Elaboración de contenido**  
Abimael Torres Rojas

**Revisión de contenido**  
David Ccallo Cachuana

**Asesoría y revisión técnica (Digeibira-DEIB)**  
Leoncio Sejje Mamani  
Genaro Rodrigo Quintero Bendezú

**Diseño y diagramación**  
Juan Anibar Mamanchura Sardon

**Ilustraciones**  
Archivo DEIB-Digeibira

**Cuidado de edición**  
Daniel Soria Pereyra

Impreso en Quad/Graphics Perú S.A.  
Av. Los Frutales 344, Ate, Lima 03, Perú  
RUC 20371828851

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N.º 2018-16534

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.  
Impreso en el Perú/*Printed in Peru*



# Presentación

Querido(as) niñas/niños:

Este texto de lectura es para ustedes, y les va a ayudar a ampliar sus conocimientos sobre diversos temas de manera entretenida. Lo hemos elaborado un grupo de maestros y maestras con mucho cariño y entrega para que ustedes puedan tener mayor información, con el apoyo de su profesor o profesora, pero también de sus padres, abuelos y otros familiares.

Las lecturas que encontrarán en este texto les ayudarán a conocer mejor su cultura y la historia de su pueblo, a mejorar sus capacidades de expresión oral y escrita en la lengua castellana, a valorar a su familia, a respetar a la naturaleza y a cuidar el medio ambiente en el que viven. Les ayudará también a convivir en armonía con las demás personas con las que se relacionan en su casa, en la escuela y en la comunidad.

La información que encuentren les permitirá reforzar sus diversos aprendizajes. Estamos seguros que de les gustará y que aprenderán muchas cosas interesantes.

¡Buena suerte y a leer con cariño!

Ministerio de Educación

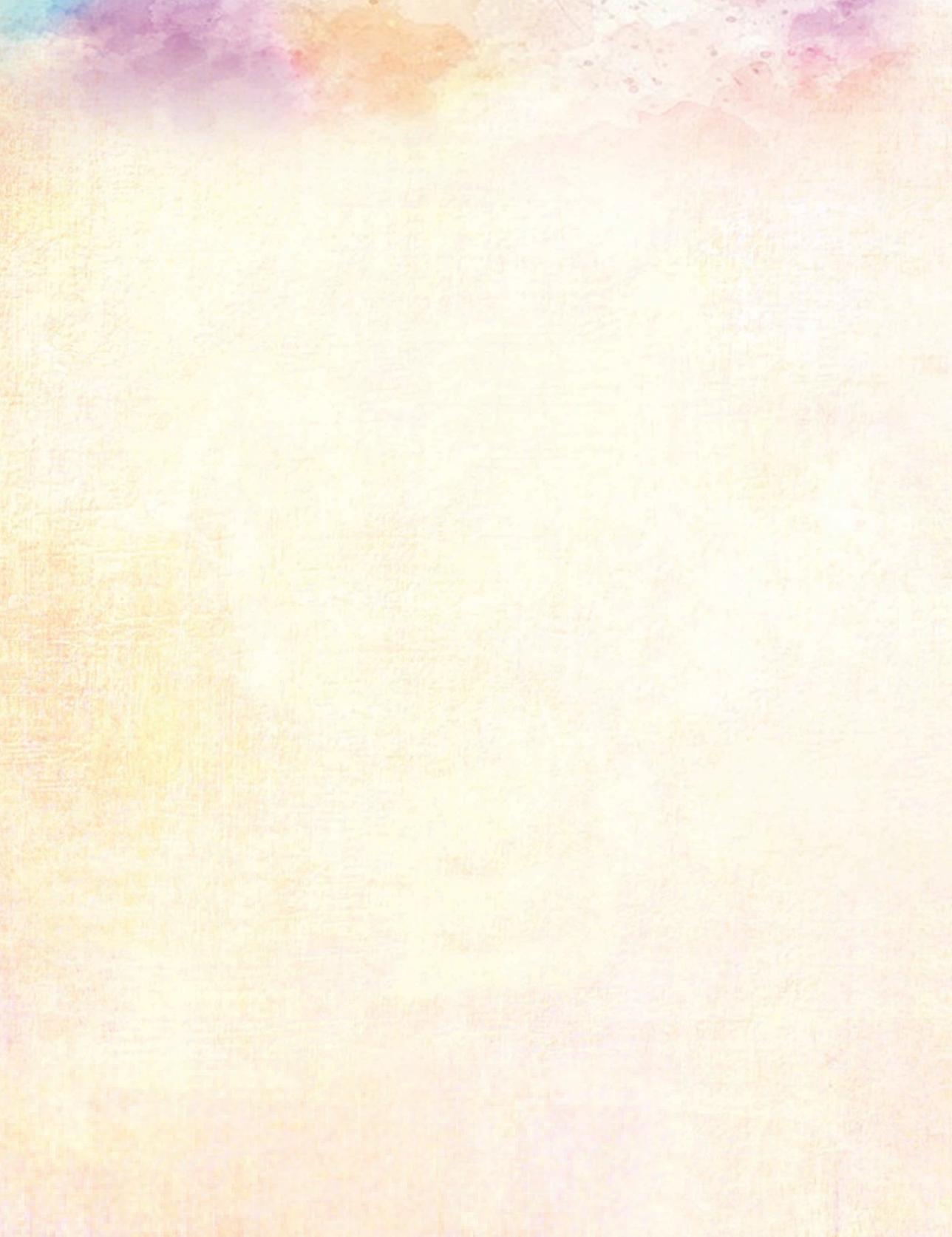
# Índice

La Pascualina.....	7
Misa de Gallo .....	11
La venganza del cóndor .....	13
Calixto Garmendia.....	16
El barranco .....	22
La huachua y el zorro.....	26
El vaso simbólico .....	29
Melgarejo, el caballo .....	31
Cómo habla la coca.....	34
El aguatero-estudiante.....	43
El Hijo Solo .....	47
Querencia.....	56
Las momias de Tinajani.....	59
El muerto .....	64
El killinchu y el waychaw .....	66
La astucia de las gallinas .....	68
Apu Suparaura .....	72
¡Yo no quiero pues casarme, compadre!.....	78
Por una letra.....	86
La obrera desaparecida .....	89
El condenado .....	91
El sapo de piedra.....	92
La Mama Galla.....	93



Pleito entre el Pucu Pucu y el Gallo.....	95
Malccoy .....	101
El auquis de Pariallá.....	106
Tulumanya y Amalu .....	108
El origen del Dios Pariacaca.....	111
El killinchu y el waychaw .....	116
Corazón de Oro y Corazón de Piedra .....	118
Las aventuras de un batán.....	122
El origen de Huancayo .....	127
Origen de la cordillera Blanca.....	129
Leyenda de los nevados Huascarán y Huandoy .....	130
Los achachilas y la veta de plata.....	133
El mito del cóndor .....	134
Leyenda de Manco Cápac y Mama Ocllo.....	136
Leyenda de los hermanos Ayar.....	138
La leyenda de Ollantay.....	140
Viuda Rumi.....	142
El origen del lago Titicaca .....	143
Leyenda del toro encantado.....	145
El mito de Pachamama y Pachacamac.....	146
Pinkosmarca.....	149
Ganchiskocha.....	151
El venado encantado de Carcas .....	153
El enano Muqui .....	155
Muqui, el duende de las minas.....	156
Santuario de Cocharcas .....	157





# La Pascualina

**N**osotros vivíamos en la chacra, un poco lejos del pueblo. Había casitas de gente pobre desparramadas por aquí por allá; mi papá era el único pudiente. Jugábamos con los chicos de allí porque no teníamos con quién jugar; éramos varias hermanas. Yo era la mayor. Me seguía mi hermanito Julián. Los demás eran muy chicos.

En la población vivían mis abuelos, mis tíos, mis primos, en fin, toda la familia.

Cuando se casó mi papá, mis abuelos le dieron la casa de la chacra. A mí me gustaba al principio, pero según como me iba poniendo grande ya no me gustaba ser campesina. Deseaba vivir en el pueblo para estar inmediata a todo lo que había. Mis padres no.

En una Navidad, cuando ya estuve grande, en el pueblo levantaron un nacimiento. En la chacra esto es lo que nos sucedió. Mi hermanito se había portado mal y mi papá le dijo que a él no le pondría el Niño Dios. Que no esperara. El año anterior el Papá Noel le había puesto caramelos, soldaditos, trompo. Él dijo que si ponía sus zapatos recibiría lo mismo. El chico no sabía qué hacer, porque quería otras cosas; como para uno de doce años más o menos. Pensó poner los zapatos de mi papá. Así lo hizo y se acostó. Al otro día se levantó temprano pensando en los regalos. En un zapato encontró una bolsa de tabaco y en el otro una cachimba. Cómo se habría puesto Julián cuando encontró esas cosas. El pobre perdió sogas y cabra por ambicioso.

Vivía cerca una chiquita, hija de un vecino, llamada Pascualina. Ella no sabía del Niño Dios ni del Papá Noel. De ellos, que ponen juguetes a los niños que se porten bien. Aprendió de nosotros.

En Pascua de Reyes por la tarde llegó corriendo. Me dijo que sus zapatos estaban por demás viejos y que tenía miedo de que Papá Noel no le pusiera nada.



En una canasta de trapos encontró un par de medias de color negro. Estaban muy apollilladas. Una tenía más huecos que la otra. La Pascualina las cosió con hilo blanco. Las medias negras quedaron con chispas blancas. Daban mal aspecto. Todavía estaban despintadas. Yo le dije que Papá Noel le diría: "Esa chica será muy majadera cuando ha destrozado así sus medias".

Las colgó en la ventana con la abertura preparada para poner algo. Yo le dije, Papá Noel, qué iba a ponerle algo. Ella empezó a llorar. Eso me dio pena: hacer llorar a una criatura. Desesperada corrí donde mi mamá para pedirle plata. Mamá me negó y me resonó, diciéndome que esa gente no sabía nada del Papá Noel. Por último, que Papá Noel nunca ponía nada a nadie. Que a esa chica sus padres qué le iban a comprar ningún juguete. Que no volviera a fastidiarla más.

Yo no sabía qué hacer para conseguir algún regalo. Me encaminé a la población, a pesar de la tarde, para ver si conseguía algo. Llegué donde mi tía Mercedes. Yendo por el corredor encontré una muñeca. Estaba tan sucia que mi primita la había olvidado. La recogí y me la llevé a mi casa. La arreglé. Le cosí partes descosidas. La lavé. La hice secar en el fogón. Al poco rato estaba casi nueva.

Ya eran como las diez de la noche en la víspera de Pascua. Contenta estaba yo de haber metido la muñeca en la media para la pobre Pascualina. Y ella feliz de haberla encontrado. Cómo se arrodillaba agradecida, mirando sobre los árboles.

Pasó esa fiesta y la gente de su laya tenía envidia. Hablaba:

—A qué carga de agua le habrán comprado esa muñeca. Tendrán bastante plata.

—Hacerle creer que Papá Noel le ha puesto cuando ni Papá Noel ni Papa Dios se acuerdan de los pobres.

De esa vez la chica paraba con nosotros haciendo los mandados de la casa, la gente hablaba más. Todo lo que renegaban decían. Yo quería contarles que yo, Casimira, le conseguí la muñeca para ponerle a nombre de Papá Noel, después del chasco que le pasó a mi hermanito.

Una mañana, nuestra Catacha, gallina cenicienta, parándose a la puerta del dormitorio, cantó para que la viéramos. Nosotros no creíamos en esas supersticiones, pero vivía mamá Bartola, una viejita. Cuando se sentaba a lavar los platos parecía una lechuza. Tenía la cara dema-





crada, la nariz larga aguileña. Su cabeza estaba atada con un pañuelo blanco. A más de eso era piel y hueso. Ella fue la que dijo que alguien iba a morir en la casa. Yo en mis adentros dije que ella moriría. Quién más habría de ser. Con lo fea que estaba de puro vieja.

Un día yo estaba entregada en el juego cuando llegó la chiquita Almin-da. Atontada, dijo que Pascualina había muerto. Se había caído de la acequia grande, a la altura de la chacra de doña Marcelita.

Corrí a su casa y me encontré con mucha gente. Cuando me hallé con sus padres me dijeron en mi cara que yo tenía la culpa para que se muriera su hija.

"Esa niña tiene la culpa", oía yo a cada rato.

La Pascualina estaba lavando su muñeca. En una de esas resbaló. Como había mucha agua, época de lluvias, no pudo salir y fue arrastrada. A unas cuerdas, allí la encontraron. Más abajo salvaron la muñeca.

Con la culpa que me dieron yo me asusté. Tomé la muñeca y me la llevé. En el camino le preguntaba por la Pascualina sin que me contestara. Entré a la casa, pasé por la huerta y me puse a llorar. Dije: "Yo tuve la culpa para que muera Pascualina. Yo le regalé ese trapo que no habla. Qué pensará ella de mí".

Luego, ya consolada, pero no tanto, le conté a mamá Bartola. Quería que me hiciera comprender lo que había hecho. Que me dijera alguna cosa que me contentara. Ella me dijo que Pascualina ya no pensaba en nada y que estaba feliz en el cielo.

Yo me fui a buscarla, a ver si la veía. Me subí a los altos. La buscaba por el cielo y nada. Allí me di cuenta lo que es ser nada. Entonces, agarré la muñeca. Le eché la culpa a gritos. La llevé a la huerta donde lloré y la quemé. La quemé con cólera y pena. Su ceniza la boté al río. Y volví sin llorar, casi contenta, no sé por qué.

Al entrar a la casa, mamá Bartola muerta estaba sentada en el patio con los ojos mirando al cielo como viendo a la Pascualina.

Eleodoro Vargas Vicuña



# Misa de Gallo

El pequeño Tito Mamani nunca era llevado a la Misa de Gallo porque su patrona decía: "No quiero ver indios dormilones en la iglesia". Entonces Tito se dormía con su perro en un lecho de pieles de carnero. Con otros chicuelos, armaba livianas trampas de carrizo para cazar pájaros, nadaba en la retozona quebrada, arrojaba piedras con su honda de colores, deambulaba por los campos recogiendo agridulces moras o pulposas callampas. Así iba creciendo.

Cierta vez que llevó a la patrona una canasta repleta de grandes setas brotadas con las primeras lluvias, ella le prometió, al fin, llevarlo a la Misa de Gallo.

Tarde ya, empezó a caminar la gente rumbo a la vieja iglesia. En uno de los grupos iban los hacendados seguidos de Tito y su madre, sirvienta de la patrona.

Junto a la puerta, un coro de indios tocaba arpas y violines. Medio arrastrado por su madre, quien lo conducía de la mano, Tito miraba boquiabierto a los músicos. Así no se dio cuenta de que ya estaban entrando a la iglesia y debía sacarse el sombrero. Su madre se lo arrebató, dándole además un coscorrón. "¡Zonzo!", le dijo.

Tito estaba absorto. Preguntaba en voz baja y le respondía su madre, señalando con el índice: "La Virgen... San José... El Niño Dios... la mula... el güey".

Tito dormía con su perro, pero nunca había visto un lecho con mula y buey. Como se asombró, su madre le dijo: "El Niño Dios nació en un pesebre". Tito aun se preguntó: "¿Eran pobres como nosotros?". Y su madre respondió: "Sí, san José era carpintero".

La gente rezaba formando un rumor profundo. Unos muchachos provistos de silbatos de hojalata llenos de agua soplaron simulando una melodía de pájaros matinales.



Unas muchachas llamadas "pastoras" cantaron dulces canciones:

Gloria a Dios en las alturas  
y en la tierra, paz y unión,  
hoy los ángeles entonan  
esta divina canción.

Gloria a Dios en las alturas  
y en la tierra, paz y calma,  
porque en Belén ha nacido  
El Redentor de las almas.

Todo era hermoso y sorprendente, pero nada impresionaba tanto a Tito como el Niño, que era Dios y era pobre, nacido en ese lecho de paja sobre el cual resplandecía una estrella.

En la casa-hacienda, de regreso, la patrona dio a su sirvienta y a Tito una abundosa ración de buñuelos. Después de comerlos, no tardaron en dormirse. Y de pronto el propio Niño Dios entró al cuarto de Tito. Vestía túnica celeste y llevaba la argentada estrella en la mano. "¡Tito!", llamó el Niño con voz cantarina. "¡Ven, Tito, aquí está la estrella! ¡Tómala!". Tito se incorporó para atraparla, pero fue despertado por el frío viento andino que colaba las rendijas. "¡Mamá, mamá!", llamó Tito explicando luego: "Vino el Niño Dios, pero ya no está". Su madre comprendió. "Ya regresará, hijito mío", le aseguró. "El Niño Dios siempre vuelve".

Lleno de confianza, Tito Mamani tornó a dormirse.

Ciro Alegría



## La venganza del cóndor

**N**unca he sabido despertar a un indio a puntapiés. En un puerto del Perú, el capitán Gonzales quiso enseñarme esta triste habilidad.

El indio dormía a la intemperie con la cabeza sobre una vieja silla de montar. Al primer contacto del pie, se irguió en vilo, desperezándose. Nunca he sabido si bajo el castigo miran con ira o con acatamiento. Mas como él tardara un tanto en despertar a este mundo de su dolor cotidiano, el militar le rasgó la frente de un latigazo. El indio y yo nos estremecimos; él por la sangre que goteaba en su rostro con lágrimas, yo porque llevaba todavía en el espíritu prejuicios sentimentales de bachiller en leyes. Detuve del brazo a este hombre enérgico y evité la segunda hemorragia.

—Hacemos juntos el viaje hasta Huaraz, mi doctorcito —me dijo guardando el látigo,

Ya verá usted cómo se divierte con mi palurdo, un indio bellaco que en todas las chozas tiene comadres. Estuvo el año pasado a mi servicio, y ahora el prefecto, amigo mío, acaba de mandármelo para que sea mi ordenanza. ¡Le tiene un miedo a este chicotillo!

—¿Y el pellón negro, so canalla? Si no te apuras vas a probar cosa rica.

—Ya trayendo, taita.

El indio ingresó al pesebre en busca del pellón, pero no vino jamás, por lo cual el capitán Gonzales se marchó solo, anunciando para su regreso castigos y desastres.

"No se vaya con el capitán. Es un bárbaro", me había aconsejado el posadero; y demoré mi partida pretextando algunas compras. Dos horas después, al ensillar mi soberbia mula andariega, un pellejo de carnero vino a mi encuentro y de su pelambre polvoriento salió una cabeza despeinada que murmuró:



—Si quieres voy contigo, taita.

¡Vaya si quería! Era el indio castigado y perdido. Asentí sin fijar precio. Y sin hablar, sin más tratos, aquel guía providencial comenzó a prece-derme por atajos y montes, trayéndome, cuando el sol quemaba las entrañas, un poco de chicha refrigerante o el maíz reventado al fuego, aquella tierna cancha algonada.

Pero al siguiente día el viaje fue más singular. Servicial y humilde, como siempre, mi compañero se detenía con demasiada frecuencia en la puerta de cada choza del camino, como pidiendo noticias en su dulce lengua quechua. Las indias, al alcanzarme el porongo de chicha, me miraban atentamente, y pareciome advertir en sus ojos una simpatía inesperada.

¡Pero quién puede adivinar lo que ocurre en el alma de estas siervas adoloridas! Dos o tres veces el guía salió de su mutismo para contarme esas historias que espeluznan al caminante. Cuentos ingenuos de viajeros que ruedan al abismo porque una piedra se desgaja súbitamente de la montaña andina.

Sin querer confesarlo, yo comenzaba a estar impresionado. Los Andes son en la tarde extraños montes grises, y la bruma que asciende de las punas violetas a los picachos nevados me estremecía como una melancolía visible.

Una hora de marcha así pone los nervios al desnudo y el viento afilado en las rocas parece aconsejar el vértigo. Ya los cóndores, familiares de los altos picachos, pasaban tan cerca de mí que el aire desplazado por las alas me quemaba el rostro, y vi sus ojos iracundos.

Llegábamos a un estrecho desfiladero.

—Tú esperando, taita —murmuró de pronto el guía y se alejó rápidamente. Le aguardé en vano, con la carne erizada.

Un ruido profundo retendió en la montaña; algo rodaba de la altura. De pronto a quince metros pasó un vuelo oblicuo de cóndores. Vi rebotar con estruendo y polvo en la altura inmediata una masa oscura, un hombre, un caballo tal vez, que fue sangrando en las aristas de las penas hasta teñir el río espumante, allá abajo.



Estremecido de horror, esperé; mientras las montañas enviaron cuatro o cinco veces el eco de aquella catarata mortal.

Más agachado que nunca, deslizándose con el paso furtivo de las vizcachas, el guía cogió a mi mula del cabestro y murmuró con voz doliente, como si suspirara:

—¿Tú viendo, taita, al capitán?

—¿El capitán? Abrí los ojos entontecidos. El indio me espiaba con su mirada indescifrable; y como si yo quisiera saber muchas cosas a la vez, me explicó en su media lengua que, a veces, los insolentes cóndores rozan con el ala el hombro del viajero en un precipicio. Se pierde el equilibrio y se rueda al abismo. Así había ocurrido con el capitán Gonzales.

—¡Pobrecito, ayayay!

Se santiguó quitándose el ancho sombrero de fieltro para probarme que solo decía la verdad.

Yo no pregunté más, porque estos son secretos de mi tierra que los hombres de su raza no saben explicar al hombre blanco. Tal vez entre ellos y los cóndores existe un pacto oscuro para vengarse de los intrusos que somos nosotros... Y parte de ese pacto podría ser el tratar de equilibrar un poco la balanza de la justicia.

Ventura García Calderón



# Calixto Garmendia

**D**éjame contarte —le pidió un hombre llamado Remigio Garmendia a otro llamado Anselmo, levantando la cara—. Todos estos días, anoche, esta mañana, aun esta tarde, he recordado mucho... Hay momentos en que a uno se le agolpa la vida... Además, debes aprender. La vida, corta o larga, no es de uno solamente.

Sus ojos diáfanos parecían fijos en el tiempo. La voz se le fraguaba hondo y tenía un rudo timbre de emoción. Blandíanse a ratos las manos encallecidas.

—Yo nací arriba, en un pueblito de los Andes. Mi padre era carpintero, y me mandó a la escuela. Hasta segundo año de primaria era todo lo que había. Y eso que tuve suerte de nacer en el pueblo, porque los niños del campo se quedaban sin escuela. Fuera de su carpintería, mi padre tenía un terrenito al lado del pueblo, pasando la quebrada, y lo cultivaba con la ayuda de algunos indios a los que pagaba en plata o con obritas de carpintería: que el cabo de una lampa o de hacha, que una mesita, en fin. Desde un extremo del corredor de mi casa, veíamos amarillear el trigo, verdear el maíz, azulear las habas en nuestra pequeña tierra. Daba gusto. Con la comida y la carpintería teníamos bastante, considerando nuestra pobreza. A causa de tener algo y también por su carácter, mi padre no agachaba la cabeza ante nadie. Su banco de carpintero estaba en el corredor de la casa, dando a la calle. Pasaba el alcalde. "Buenos días, señor", decía mi padre, y se acabó. Pasaba el subprefecto. "Buenos días, señor", y asunto concluido. Pasaba el alférez de gendarmes. "Buenos días, alférez", y nada más. Pasaba el juez y lo mismo. Así era mi padre con los mandones. Ellos hubieran querido que les tuviera miedo o les pidiese o les debiera algo. Se acostumbran a todo eso los que mandan. Mi padre les disgustaba. Y no acababa ahí la cosa. De repente venía gente del pueblo, ya sea indios, cholos o blancos pobres. De a diez, de a veinte o también en poblada llegaban. "Don Calixto, encabécenos para hacer ese reclamo". Mi padre se llamaba Calixto. Oía de lo que se trataba, si le parecía



bien aceptaba y salía a la cabeza de la gente, que daba vivas y metía harta bulla, para hacer el reclamo. Hablaba con buena palabra. A veces hacía ganar a los reclamadores y otras perdía, pero el pueblo siempre le tenía confianza. Abuso que se cometía, ahí estaba mi padre para reclamar al frente de los perjudicados. Las autoridades y los ricos del pueblo, dueños de haciendas y fundos, le tenían echado el ojo para partirlo en la primera ocasión. Consideraban altanero a mi padre, quien no los dejaba tranquilos. Él ni se daba cuenta, y vivía como si nada le pudiera pasar. Había hecho un sillón grande, que ponía en el corredor. Ahí solía sentarse, por las tardes, a conversar con los amigos. "Lo que necesitamos es justicia", decía. "El día que el Perú tenga justicia será grande". No dudaba de que la habría, y se torcía los mostachos con satisfacción, predicando: "No debemos consentir abusos".

Sucedió que vino una epidemia de tifo, y el panteón del pueblo se llenó con los muertos del propio pueblo y los que traían del campo. Entonces las autoridades echaron mano de nuestro terrenito para panteón. Mi padre protestó diciendo que tomaran tierra de los ricos, cuyas haciendas llegaban hasta la propia salida del pueblo. Dieron de pretexto que el terreno de mi padre estaba ya cercado, pusieron gendarmes y comenzó el entierro de muertos. Quedaron a darle una indemnización de setecientos soles, que era algo en esos años, pero que autorización, que requisitos, que papeleo, que no hay plata en este momento... Se la estaban cobrando a mi padre, para ejemplo de reclamadores. Un día, después de discutir con el alcalde, mi viejo se puso a afilar una cuchilla y, para ir a lo seguro, también un formón. Mi madre algo le veía en la cara, y se le prendió del cogote y le lloró diciéndole que nada sacaba con ir a la cárcel y dejarnos a nosotros más desamparados. Mi padre se contuvo como quebrándose. Yo era niño entonces, y me acuerdo de todo eso como si hubiera pasado esta tarde.

Mi padre no era hombre que renunciara a su derecho. Comenzó a escribir cartas exponiendo la injusticia. Quería conseguir que al menos le pagaran. Un escribano le hacía las cartas y le cobraba dos soles por cada una. Mi pobre escritura no valía para eso. El escribano ponía al final: "A ruego de Calixto Garmendia, que no sabe firmar, fulano". El caso fue que mi padre despachó dos o tres cartas al diputado por la provincia. Silencio. Otras al senador por el departamento. Silencio. Otra al mismo Presidente de la República. Silencio. Por último mandó cartas a los periódicos de Trujillo y a los de Lima. Nada, señor.



El postillón llegaba al pueblo una vez por semana, jalando una mula cargada con la valija del correo. Pasaba por la puerta de la casa, y mi padre se iba detrás y esperaba en la oficina del despacho hasta que clasificaban la correspondencia. A veces, yo también iba. "¿Carta para Calixto Garmendia?", preguntaba mi padre. El interventor, que era un viejito flaco y bonachón, tomaba las cartas que estaban en la casilla de la G, las iba viendo y al final decía: "Nada, amigo". Mi padre salía comentando que la próxima vez habría carta. Con los años, afirmaba que al menos los periódicos responderían. Un estudiante me ha dicho que, por lo regular, los periódicos creen que asuntos como esos carecen de interés general. Esto en el caso de que los mismos no estén en favor del Gobierno y sus autoridades, y callen cuanto pueda perjudicarles. Mi padre tardó en desengañarse de reclamar lejos y estar yéndose por las alturas, varios años.

Un día, a la desesperada, fue a sembrar la parte del panteón que aún no tenía cadáveres, para afirmar su propiedad. Lo tomaron preso los gendarmes, mandados por el subprefecto en persona, y estuvo dos días en la cárcel. Los trámites estaban ultimados y el terreno era de propiedad municipal legalmente. Cuando mi padre iba a hablar con el síndico de gastos del Municipio, el tipo abría el cajón del escritorio y decía como si ahí debiera estar la plata: "No hay dinero, no hay nada ahora. Cálmate, Garmendia. Con el tiempo se te pagará". Mi padre presentó dos recursos al juez. Le costaron diez soles cada uno. El juez los declaró sin lugar. Mi padre ya no pensaba en afilar la cuchilla y el formón. "Es triste tener que hablar así —dijo una vez—, pero no me darían tiempo de matar a todos los que debía". El dinerito que mi madre había ahorrado y estaba en una ollita escondida en el terrado de la casa, se fue en cartas y en papeleo.

A los seis o siete años del despojo, mi padre se cansó hasta de cobrar. Envejeció mucho en aquellos tiempos. Lo que más le dolía era el atropello. Alguna vez pensó en irse a Trujillo o a Lima a reclamar, pero no tenía dinero para eso. Y cayó también en cuenta de que, viéndolo pobre y solo, sin influencias ni nada, no le harían caso. ¿De quién y cómo valerse? El terrenito seguía de panteón, recibiendo muertos. Mi padre no quería ni verlo, pero cuando por casualidad llegaba a mirarlo, decía: "¡Algo mío han enterrado ahí también! ¡Crea usted en la justicia!". Siempre se había ocupado de que le hicieran justicia a los demás, y, al final, no la había podido obtener ni para él mismo. Otras veces se



quejaba de carecer de instrucción, y siempre despotricaba contra los tiranos, gamonales, tagarotes y mandones.

Yo fui creciendo en medio de esa lucha. A mi padre no le quedó otra cosa que su modesta carpintería. Apenas tuve fuerzas, me puse a ayudarlo en el trabajo. Era muy escaso. En ese pueblito sedentario, casas nuevas se levantarían una cada dos años. Las puertas de las otras duraban. Mesas y sillas casi nadie usaba. Los ricos del pueblo se enterraban en cajón, pero eran pocos y no morían con frecuencia. Los indios enterraban a sus muertos envueltos en mantas sujetas con cordel. Igual que aquí en la costa entierran a cualquier peón de caña, sea indio o no. La verdad era que cuando nos llegaba la noticia de un rico difunto y el encargo de un cajón, mi padre se ponía contento. Se alegraba de tener trabajo y también de ver irse al hoyo a uno de la pandilla que lo despojó. ¿A qué hombre, tratado así, no se le daña el corazón? Mi madre creía que no estaba bueno alegrarse debido a la muerte de un cristiano, y encomendaba el alma del finado rezando unos cuantos padrenuestros y avemarías. Duro le dábamos al serrucho, al cepillo, a la lija y a la clavada mi padre y yo, que un cajón de muerto debe hacerse luego. Lo hacíamos por lo común de aliso, y quedaba blanco. Algunos lo querían así y otros que pintado de color caoba o negro y encima charolado. De todos modos, el muerto se iba a podrir lo mismo bajo la tierra, pero aun para eso hay gustos.

Una vez hubo un acontecimiento grande en mi casa y en el pueblo. Un forastero abrió una nueva tienda, que resultó mejor que las otras cuatro que había. Mi viejo y yo trabajamos dos meses haciendo el mostrador y los andamios para los géneros y abarrotos. Se inauguró con banda de música, y la gente hablaba del progreso. En mi casa hubo ropa nueva para todos. Mi padre me dio para que lo gastara en lo que quisiera, así, en lo que quisiera, la mayor cantidad de plata que había visto en mis manos: dos soles. Con el tiempo, la tienda no hizo otra cosa que mermar el negocio de las otras cuatro, nuestra ropa envejeció y todo fue olvidado. Lo único bueno fue que yo gasté los dos soles en una muchacha llamada Eutimia, así era el nombre, que una noche se dejó coger entre los alisos de la quebrada. Eso me duró. En adelante no me cobró ya nada, y si antes me recibió los dos soles fue de pobre que era.

En la carpintería, las cosas siguieron como siempre. A veces hacíamos un baúl o una mesita o tres sillas en un mes. Como siempre, es un decir. Mi padre trabajaba a disgusto. Antes lo había visto yo gozarse



puliendo y charolando cualquier obrita, y le quedaba muy vistosa. Después ya no le importó, y como que salían del paso con un poco de lija. Hasta que al fin llegaba el encargo de otro cajón de muerto, que era plato fuerte. Cobrábamos generalmente diez soles. Dele otra vez a alegrarse mi padre, que solía decir: "¡Se fregó otro bandido, diez soles!" A trabajar duro él y yo; a rezar mi madre, y a sentir alivio hasta por las virutas. Pero ahí acababa todo. ¿Eso es vida? Como muchacho que era, me disgustaba que en esa vida estuviera mezclada tanto la muerte.

La cosa fue más triste cada vez. En las noches, a eso de las tres o cuatro de la madrugada, mi padre se echaba unas cuantas piedras bastante grandes a los bolsillos, se sacaba los zapatos para no hacer bulla y caminaba medio agazapado hacia la casa del alcalde. Tiraba las piedras, rápidamente, a diferentes partes del techo, rompiendo las tejas. Luego volvía a la carrera, y ya dentro de la casa, a oscuras, pues no encendía luz para evitar sospechas, se reía. Su risa parecía a ratos el graznido de un animal. A ratos era tan humana, tan desastrosamente humana, que me daba más pena todavía. Se calmaba unos cuantos días con eso. Por otra parte, en la casa del alcalde solían vigilar. Como había hecho incontables chanchadas, no sabían a quién echarle la culpa de las piedras. Cuando mi padre deducía que se habían cansado de vigilar, volvía a romper tejas. Llegó a ser un experto en la materia. Luego rompió tejas en la casa del juez, del subprefecto, del alférez de gendarmes, del síndico de gastos. Calculadamente, rompió las de las casas de otros notables, para que, si querían deducir, se confundieran. Los ocho gendarmes del pueblo salieron en ronda muchas noches, en grupos y solos, y nunca pudieron atrapar a mi padre. Se había vuelto un artista de la rotura de tejas. De mañana salía a pasear por el pueblo para darse el gusto de ver que los sirvientes de las casas que atacaba subían con tejas nuevas a reemplazar las rotas. Si llovía era mejor para mi padre. Entonces atacaba la casa de quien odiaba más, el alcalde, para que el agua le dañara o, al caerles, los molestara a él y su familia. Llegó a decir que les metía el agua a los dormitorios, de lo bien que calculaba las pedradas. Era poco probable que pudiese calcular tan exactamente en la oscuridad, pero él pensaba que lo hacía, por darse el gusto de pensarlo.

El alcalde murió de un momento a otro. Unos decían que de un atracción de carne de choncho y otros que de las cóleras que le daban sus enemigos. Mi padre fue llamado para que hiciera el cajón, y me llevó



a tomar las medidas con un cordel. El cadáver era grande y gordo. Había que verle la cara a mi padre contemplando al muerto. Él parecía la muerte. Cobró cincuenta soles adelantados, uno sobre otro. Como le reclamaron el precio, dijo que el cajón tenía que ser muy grande, pues el cadáver también lo era, y además gordo, lo cual demostraba que el alcalde comió bien. Hicimos el cajón a la diabla. A la hora del entierro, mi padre contemplaba desde el corredor cuando metían el cajón al hoyo, y decía: "Come la tierra que me quitaste, condenado; come, come". Y reía con esa su risa horrible. En adelante, dio preferencia en la rotura de tejas a la casa del juez, y decía que esperaba verlo entrar al hoyo también, lo mismo que a los otros mandones. Su vida era odiar y pensar en la muerte. Mi madre se consolaba rezando. Yo, tomando a Eutimia en el alisar de la quebrada. Pero me dolía muy hondo que hubieran derrumbado así a mi padre. Antes de que lo despojaran, su vida era amar a su mujer y su hijo, servir a sus amigos y defender a quien lo necesitara. Quería a su patria. A fuerza de injusticia y desamparo, lo habían derrumbado.

Mi madre le dio esperanza con el nuevo alcalde. Fue como si mi padre sanara de pronto. Eso duró dos días. El nuevo alcalde le dijo también que no había plata para pagarle. Además, que abusó cobrando cincuenta soles por un cajón de muerto, y que era un agitador del pueblo. Esto ya no tenía ni apariencia de verdad. Hacía años que las gentes, sabiendo a mi padre en desgracia con las autoridades, no iban por la casa para que las defendiera. Con este motivo ni se asomaban. Mi padre le gritó al nuevo alcalde, se puso furioso y lo metieron quince días en la cárcel por desacato. Cuando salió, le aconsejaron que fuera con mi madre a darle satisfacciones al alcalde, que le lloraran ambos y le suplicaran el pago. Mi padre se puso a clamar:

—¡Eso nunca! ¿Por qué quieren humillarme? La justicia no es limosna ¡Pido justicia!.

Al poco tiempo, mi padre murió.

Ciro Alegría



# El barranco

**E**n el barranco de K'ello-k'ello se encontraron la tropa de caballos de don Garayar y los becerros de la señora Grimalda. Nicacha y Pablucha gritaron desde la entrada del barranco:

—¡Sujetaychis! ¡Sujetaychis! (¡Sujetad!).

Pero la piara atropelló. En el camino que cruza el barranco, se revolviéron los becerros, llorando.

—¡Sujetaychis!

Los makt'illos Nicacha y Pablucha subieron, camino arriba, arañando la tierra.

Las mulas se animaron en el camino, sacudiendo sus cabezas; resoplando las narices, entraron a carrera en la quebrada, las madrineras atropellaron por delante. Atorándose con el polvo, los becerritos se arrimaron al cerro, algunos pudieron volverse y corrieron entre la piara. La mula nazqueña de don Garayar levantó sus dos patas y clavó sus cascos en la frente del “Pringo”. El “Pringo” cayó al barranco, rebotó varias veces entre los peñascos y llegó hasta el fondo del abismo. Boqueando sangre murió a la orilla del riachuelo.

La piara siguió, quebrada adentro, levantando polvo.

—¡Antes, uno nomás ha muerto! ¡Hubiera gritado, pues, más fuerte!  
—hablando, el mulero de don Garayar se agachó en el canto del camino para mirar el barranco.

—¡Ay, señorcito! ¡La señora nos latiguará; seguro nos colgará en el trojal!

—¡Pringuchallaya! ¡Pringucha!



Mirando el barranco, los makt'illos llamaron a gritos al becerrito muerto.

La Ene, madre del “Pringo”, era la vaca más lechera de la señora Grimalda. Un balde lleno le ordeñaban todos los días. La llamaba Ene, porque sobre el lomo negro tenía dibujada una letra N, en piel blanca. La Ene era alta y robusta, ya había dado a la patrona varios novillos grandes y varias lecheras. La patrona la miraba todos los días, contenta:

—¡Es mi vaca! ¡Mi mamacha! (¡Mi madrecita!).

Le hacían cariño, palmeándole en el cuello.

Esta vez, su cría era el “Pringo”. La vaquera lo bautizó con ese nombre desde el primer día. “El Pringo”, porque era blanco entero. El mayordomo quería llamarlo “Misti”, porque era el más fino y el más grande de todas las crías de su edad.

—Parece extranjero —decía.

Pero todos los concertados de la señora, los makt'illos y la gente del pueblo lo llamaron “Pringo”. Es un nombre más cariñoso, más de indios, por eso quedó.

Los makt'illos entraron llorando a la casa de la señora. Doña Grimalda salió al corredor para saber. Entonces los becerreros subieron las gradas, atropellándose; se arrodillaron en el suelo del corredor; y sin decir nada todavía, besaron el traje de la patrona; se taparon la cara con la falda de su dueña, y gimieron, atorándose con su saliva y con sus lágrimas.

—¡Mamitay!

—¡No pues! ¡Mamitay!

Doña Grimalda gritó, empujando con los pies a los muchachos.

—¡Caray! ¿Qué pasa?

—“Pringo” pues, mamitay. En K'ello-k'ello, empujando mulas de don Garayar.

—¡“Pringo” pues! ¡Muriendo ya, mamitay!



Ganándose, ganándose, los makt'illos abrazaron los pies de doña Grimalda, uno más que otro; querían besar los pies de la patrona.

—¡Ay, dios mío! ¡Mi becerrito! ¡Santusa, Federico, Antonio...!

Bajó las gradas y llamó a sus concertados desde el patio.

—¡Corran a K'ello-k'ello! ¡Se ha desbarrancado el "Pringo"! ¿Qué hacen esos, amontonados allí? ¡Vayan, por delante!

Los makt'illos saltaron las gradas y pasaron al zaguán, arrastrando sus ponchos. Toda la gente de la señora salió tras de ellos.

Trajeron cargado al "Pringo". Lo tendieron sobre un poncho, en el corredor. Doña Grimalda lloró largo rato, de cuclillas junto al becerrito muerto. Pero la vaquera y los makt'illos lloraron todo el día, hasta que entró el sol.

—¡Mi papacito! ¡Pringuchallaya!

—¡Ay, niño, súnak'wawacha! (¡Criatura hermosa!).

—¡Súnak'wawacha!

Mientras el mayordomo le abría el cuerpo con su cuchillo grande; mientras le sacaba el cuerito; mientras hundía sus puños en la carne, para separar el cuero, la vaquera y los makt'illos, seguían llamando:

—¡Niñucha! ¡Por qué pues!

—¡Por qué pues, súnak'wawacha!

Al día siguiente, temprano, la Ene bajaría el cerro bramando en el camino. Guiando a las lecheras vendría como siempre. Llamaría primero desde el zaguán. A esa hora, ya goteaba leche de sus pezones hinchados.

Pero el mayordomo le dio un consejo a la señora.

—Así he hecho yo también, mamita, en mi chacra de las punas —le dijo.

Y la señora aceptó.

Rayando la aurora, don Fermín clavó dos estacas en el patio de ordeñar, y sobre las estacas un palo de lambras. Después trajo al patio el



cuero del “Pringo”, lo tendió sobre el palo, estirándolo y ajustando las puntas con clavos, sobre la tierra.

A la salida del sol, las vacas lecheras estaban ya en el callejón llamando a sus crías. La Ene se paraba frente al zaguán, y desde allí bramaba sin descanso, hasta que le abrían la puerta. Gritando todavía pasaba el patio y entraba al corral de ordeñar.

Esa mañana, la Ene llegó apurada; rozando su hocico en el zaguán, llamó a su “Pringo”. El mismo don Fermín le abrió la puerta. La vaca pasó corriendo el patio. La señora se había levantado ya, y estaba sentada en las gradas del corredor.

La Ene entró al corral. Estirando el cuello, bramando despacito, se acercó donde su “Pringo”; empezó a lamerle, como todas las mañanas. Grande le lamía, su lengua áspera señalaba el cuero del becerrito. La vaquera le maniató bien; ordeñándole un poquito humedeció los pezones, para empezar. La leche hacía ruido sobre el balde.

—¡Mamaya! ¡Y’astá mamaya! —llamando a gritos pasó del corral al patio el Pablucha.

La señora entró al corral, y vio a su vaca. Estaba lamiendo el cuerito del “Pringo”, mirándolo tranquila, con sus ojos dulces.

Así fue, todas las mañanas, hasta que la vaquera y el mayordomo se cansaron de clavar y desclavar el cuero del “Pringo”. Cuando la leche de la Ene empezó a secarse, tiraban nomás el cuerito sobre un montón de piedras que había en el corral, al pie del muro. La vaca corría hasta el extremo del corral, buscando a su hijo; se paraba junto al cerco, mirando el cuero del becerrito. Todas las mañanas lavaba con su lengua el cuero del “Pringo”. Y la vaquera la ordeñaba, hasta la última gota.

Como todas las vacas, la Ene también, acabado el ordeño, empezaba a rumiar, después se echaba en el suelo, junto al cuerito seco del “Pringo”, y seguía, con los ojos medio cerrados. Mientras, el sol alto despejaba las nubes, alumbraba fuerte y caldeaba la gran quebrada.

José María Arguedas



# La huachua y el zorro

Un zorro muy hermoso, de poblada cola y afiladas uñas, con más astucia que un gavilán, hurtó quinua y trigo de un tendal, con el que armó una buena trampa, en cuyas redes cayeron innumerables avecillas. Introdujo a todas dentro de un costal de jerga y se las llevó vivitas a su prole, para adiestrarla en el arte de la cacería.

Caminaba taciturno y encorvado por tanto peso, hasta que no pudiendo más, a media jornada, resolvió dejar la carga en casa de su comadre espiritual, una señora alta y bien parecida, de plumaje blanco y pata colorada, moradora a orillas de una gran laguna.

Entablóse entonces el siguiente diálogo:

—Comadre huachua, te dejo esta carga para que me hagas el favor de guardármela hasta mi regreso; pero sin tocarla; será un favor que te lo agradeceré en el alma.

—Compadre zorro, no tengo inconveniente en servir a un tan apuesto e inteligente caballero.

Dio las gracias el zorro y partió alegre, dejando el saco. Sola la huachua, curiosa como buena mujer, desata el nudo que aseguraba el saco y izas...!

¡Oh, sorpresa! Empluman un gran fraileSCO, gaviotas, zorzales y gorriones, y toman vuelo.

Desaforada la huachua, a aletazos pretendía impedir la fuga; pero fue en vano, porque ninguna quedó. Jamás huachua alguna se vio en trance tan amargo. Daba graznidos lastimeros y extendiendo sus pesadas alas corría desalentada de un sitio a otro, lamentando su desgracia y pensando a la vez en la venganza que tomaría el astuto de su compadre.



Pasado su aturdimiento le vino una feliz inspiración, y se decidió a ponerla en práctica, llenando el saco de espinas, que cuidadosamente cubrió con yerbas y otras malezas.

Al crepúsculo, cuando el sol majestuosamente comenzaba su descenso tras las colinas, regresó el zorro, y como no estuviera presente la comadre, se echa a cuestras su carga y marcha en dirección a su cueva.

Mas, siente sumamente pesado el saco, y sobre todo que le pinchan los lomos; pero soporta impasible los hincos, con la ilusión de que poco le falta para llegar a la casa, donde tomará suculenta cena en unión de la señora y sus cachorritos.

Caminaba corcoveando con su carga y exclamando: "¡Ay!, cómo me hincan las uñas de los pajaritos. ¡Ay!, cómo me punzan las patas de los pajaritos". Impaciente por su tardanza, le esperaban en el dintel de la cueva la zorra y sus hijuelos, que al verle, locos de contento saltan, brincan, se aparragan, se revuelcan y la muy señorona muellemente recostada lamía y relamía llena de satisfacción su afilado hocico.

El fatigado zorro siempre gruñendo exclamaba: "¡Ay!, cómo me punzan las patas de los pajaritos". Llegó a la feliz morada, y cual una avalancha se precipitan sobre el magnífico presente, madre e hijos, para aligerar tamaña carga; pero retroceden cariacontecidos al contacto de las uñas de los pajaritos.

El zorro ensangrentado y muerto de cansancio arrojó su carga al suelo ordenando antes se coloquen en acecho en la entrada para evitar la fuga de las palomitas y gorriones, y se abalanzan a su voz de mando.

Vacía el saco y a la voz de orden se lanzan sobre la yerba que lo cubría, pero, ¡oh, dolor!, ¡iqué chasco!, no había tales zorzales ni palomitas, solo enormes matas de espinas llevan prendidas en el hocico y manos.

Quedaron desconcertados, dando aullidos lastimosos y enternecedores. Pasaron la noche hambrientos, doloridos y heridos, relamiéndose el hocico, lamentándose de su mala fortuna y de su negra suerte.

Caviloso el zorro, pensó en vengarse; mas no regresa en el momento temeroso de no poder dar caza a la comadre para castigar tan inicua broma, sino que, pasados dos días, se presentó en las cercanías de la casa de la comadre, jurando interiormente comérsela en unión del ahijado. Pero esta no bien distingue al compadre, de un vuelo se precipita



a la laguna, en la que, tal era su miedo, no se creía todavía segura y dando zambullones se internaba hacia adentro.

El muy resabido del compadre le decía a gritos que había regresado con otro encargo para suplicarle se lo guardase y le juraba, por el santo bautismo de su hijo, no le guardaba rencor ni tomaría venganza por la broma que le había jugado.

La huachua, que en más de una ocasión había escapado con vida de las caricias apetitosas del compadre, no dio crédito al tono hipócrita de su socarronazo compadre, sino que seguía nadando y zambulléndose, y cada vez más adentro.

Desconcertado y violento el zorro, se propuso desaguar la laguna, y dio comienzo a su tarea: con patas y hocico rasguñaba el suelo, resuelto a abrir una zanja; pero pronto hubo de renunciar a su temerario empeño porque se le gastaron las uñas y le acometió el cansancio.

Piensa en otro medio, y como la cólera lo ciega, resuelve beberse toda el agua de la laguna, y bebe; pero bien pronto se convence de que el agua se le salía del mismo modo que entraba, así que se decide a taparse el ano, para lo que coge una coronta y se taponea. Obstruido el canal de salida, loco de furia, con más ardor bebe y bebe el agua, sin meditar que esta nueva zorrada le va a ocasionar la muerte, porque inflándosele el vientre revienta como una vejiga llena de aire.

En sus agonías prorrumpía en lastimeros ayes y tiernas imprecaciones, que el eco repetía: "¡Huachua, huachua de pata colorada!, todavía me hincan las uñitas de los pajaritos, ¡ay, ay!, ¡me punzan las patas de los pajaritos!".

Adolfo Vienrich



## El vaso simbólico

Gobernaba el imperio del Tahuantinsuyo el inca Viracocha. Más allá del Cusco, hacia el sur vivían los Collas, pueblo aguerrido y audaz.

Desde los tiempos legendarios se sabía que los Collas habían venido del sur guerreando con todos los pobladores de las tierras por donde atravesaban. Por fin se establecieron en el altiplano del Titicaca.

Muchos años tuvieron que pasar para que estas tribus dispersas pudieran unificarse y reconocer jefes más o menos valerosos.

En época de Viracocha, dos naciones se disputaban la hegemonía del Collao: los Chucuito y los Atuncolla. A los primeros capitaneaba Cari, y a los segundos Sapana. Era una eterna y sangrienta lucha entre sus poderíos.

Los incas tuvieron noticias de esta discordia, y aprovechando de ella, trataron de conquistar el Collao. Los antecesores de Viracocha ya habían intentado hacerlo, pero se estrellaron sus esfuerzos ante la resistencia de los Canas.

Viracocha era un hábil político. Después de vencer a los Canas en una sangrienta batalla en los campos de Ayaviri, invadió la tierra de los Collas, donde Cari y Sapana se disputaban el poder.

Cuando estos caudillos supieron de la invasión de los Quechuas, cada cual quiso ponerse junto a Viracocha para concluir con el rival.

Pero mientras Viracocha se encontraba en camino, Cari venció a Sapana. Vencedor Cari, ofreció su amistad a Viracocha, quien llegó a Chucuito un tanto descontento por el triunfo de Cari, porque, como príncipe ambicioso y político, hubiera deseado que la lucha siguiese entre los dos caudillos, pues así la conquista habría sido más fácil y su hegemonía más absoluta.



Cari recibió a Viracocha en Chucuito, con grandes homenajes. Muchos fueron los días en que los Collas se regocijaron por la visita del inca venido de las comarcas del norte.

Viracocha, temeroso y mucho más conocedor de la soberbia de los Collas, quiso sellar la amistad con Cari ofreciéndole una de sus hijas.

Cari, muy agradecido, respondió “que era viejo y cansado, que la casase con un mancebo, pues había tantos que en cuanto a él sería buen servidor y le tendría por señor y amigo y le serviría en la guerra”. No se sabe si Viracocha accedió a esa demanda de Cari, lo cierto es que mientras se encontraban en Chucuito grandes fueron los homenajes que se le tributaron.

Antes de separarse Viracocha y Cari hicieron el pleno homenaje a su amistad y a la confederación de los Collas y los Quechuas, realizando con tal motivo una gran fiesta.

Las mujeres, las más hermosas de la comarca, acudieron al pueblo de Chucuito. Grandes comparsas de bailes y de músicos las acompañaban. Los sacerdotes con sus vistosos trajes se preparaban para sacrificar la llama, animal sagrado de los Collas.

Reunidos todos, comenzó la fiesta. Las mujeres llevaban un gran vaso de oro con vino. Se lo ofrecieron a beber al inca, quien después de haber bebido un gran rato tomó el vaso y poniéndolo sobre una piedra dijo: “Este vaso que está aquí, que yo no lo mueva ni tú lo toques, en señal de ser cierto lo concertado”, y besando la tierra hicieron reverencia al Sol.

Y en medio de la música y del baile los sacerdotes llevaron este vaso simbólico de la amistad a los pueblos, a la cumbre de una colina próxima. Allí colocáronlo, y mientras no desapareciese, sería símbolo de paz. Cuando dejara de brillar a la luz del sol, entonces la guerra y el exterminio comenzarían.

J.A. Encinas



# Melgarejo, el caballo

El maestro observó su reloj, luego participó a los niños que Héctor contaría algo muy interesante mientras duraba la clase de dibujo. Los demás niños recibieron con palmadas el anuncio. Y luego empezó:

—Papá tenía hace tiempo un caballo grande, muy grande. Le llamábamos Melgarejo. Papá decía que le había puesto ese nombre porque era muy brioso, loco como aquel general boliviano. Y tenía un color raro, color ceniza, casi verde. Una sola mancha blanca tenía sobre la cabeza.

Cuando aprendí a montar, Melgarejo ya estaba envejeciendo y había perdido mucho sus bríos de antes; por esto se le había dedicado para sillonera de mamá, ella lo quería mucho. Era el único caballo que podía montar, sin que se espantara de sus enormes faldas y llevándome abrazado.

Un día mamá se murió, y desde entonces el caballo no se dejaba montar con nadie. Cada vez que alguien quería ensillarlo, se entorpecía y no cedía, aunque papá lo estropeará hasta cansarse.

Pero una cosa rara pasaba con aquel animal; mientras todos los de la casa le tenían miedo, yo me andaba por entre sus patas sin que se espantara y lo montaba como a un burro manso. Me conocía muy bien, hasta mis silbidos los conocía, y sin necesidad de cabestro podía pescarlo en cualquier campo.

Pasaron los años, durante los cuales Melgarejo solo se entendía conmigo. Después me vine al colegio. Y aquel viejo animal, como si sintiera pena de no verme, no quiso volver más a la casa, entregándose a una vida cerrera y abandonado a su suerte.

Todos los moradores del pueblo lo perseguían por los daños que ocasionaba en sus chacras. Hasta papá, cansado de tantas y tantas quejas que recibía a diario de partes de aquellos, varias veces lo persiguió para darle un tiro de revólver; pero Melgarejo, como si su instinto le



anunciara el peligro, siempre se escapaba. Cierta vez lograron cogerlo y maniatado lo despacharon a la feria de La Paz (Bolivia) para venderlo. Y cuando papá creía que al fin había logrado deshacerse de la bestia, que siendo suya no le servía de nada, Melgarejo volvió a presentarse en los campos del pueblo, removiendo la protesta de los chacreros.

—¿Y cómo había pasado el Desaguadero? —interrumpió un niño, burlonamente.

—A nado. Sabía nadar muy bien Melgarejo. Pues, cuántas veces había salvado la vida de papá, cuando embriagado y caprichoso se metía en los ríos caudalosos que pasan por la finca, contestó enfáticamente Héctor, y siguió su relato.

Pero ahora ya estaba completamente envejecido. Y cuando llegó el invierno y los cebadales ajenos de que solía alimentarse fueron cegados, se presentó una tarde en casa, mansamente. Papá, extrañado por aquella vuelta inusitada, le examinó la dentadura y encontró que el caballo había llegado a un estado de absoluta incapacidad para alimentarse por su propio esfuerzo. Entonces ordenó que le colgaran del cuello un talego y de allí se alimentaba solamente con polvillo de arroz.

Así llegó a vivir algún tiempo más, durante el cual, como si quisiera pagar con algo el sustento diario de su decrepitud, se sometió otra vez al trabajo, en el transporte de cargas livianas.

Pero a la larga llegó a caducar completamente, hasta que un día papá ordenó que lo ahorcaran. En esas circunstancias llegó a casa un arriero y solicitó que se le proporcionara una bestia de carga para llevar su equipaje hasta alcanzar a su recua, que ya estaba unos días adelante, hacia Moquegua.

Papá vio en esa oportunidad una manera insensible de deshacerse de la vieja bestia y pensando: “Ojos que no ven, corazón no siente”, se lo ofreció al arriero.

El arriero se lo llevó consigo. Ya llevaban salvada una jornada y a medio día de la segunda, al trasmontar una de tantas cuestas de la cordillera, se asorochó Melgarejo.

El arriero le hizo sangrías y sahumeros con yerbas secas, pero el animal no pudo caminar ni un paso más. Entonces colérico y blasfemando sacó su revólver y le disparó un tiro, que solo le abrió una herida de



raspetón en la cabeza. Le iba a disparar otro tiro, cuando constató que solamente le quedaban dos balas. Previendo algún peligro por el camino, se las guardó luego de cargar su equipaje en su caballo de silla. Siguió su camino, abandonando a Melgarejo a merced de su propia suerte, moribundo.

Pasaron algunas horas, y la pobre bestia se reanimó un poco. Sintió una sed calcinante y haciendo un esfuerzo supremo bajó a la quebrada en busca de agua. Llegó a un fangal rodeado de pasto verde; en la parte central del fango se ofrecía a la vista de Melgarejo, charcos de agua color de tornasol; pero no era sino petróleo. Pugnó por llegar hasta allí, y, ¡oh desdicha!, cuando ya iba a alcanzar el ansiado líquido, sus cuatro patas se hundieron en el lodazal, como cuatro estacas clavadas por el peso de su enorme cuerpo.

En aquel mismo instante apareció sobre el cielo de la quebrada cordillerana un cóndor famélico, y planeando, planeando, bajó hasta el suelo. Melgarejo, ante la súbita presentación de la muerte, sintió que su cuerpo, acostumbrado a las rudezas del trabajo, por primera vez se le estremecía de terror. Y cuando el cóndor pretendió hincarle la vida con su pico carnicero, invocó que le escuchara unos instantes. El cóndor, compasivo, a la vez que seguro de tener en la trampa a su presa, le dejó hablar.

Melgarejo, en ese lenguaje en que solo se entienden los animales, contó su vida en pocas frases, y terminó diciendo:

—Entre todos los seres de la naturaleza, el hombre es el animal más feroz. No solamente es malo con los demás animales, sino que hasta entre ellos mismos se explotan y se matan. Nosotras, las bestias, nos asediamos también, pero de frente, mientras ellos acuden a los medios más terribles y ocultos para destruirse. Únicamente conocí a dos seres humanos, bondadosos con los animales: una madre y un niño...

Al decir estas palabras, los ojos de Melgarejo se cerraron para siempre. Y la otra bestia, el cóndor, antes que saciar sus apetitos con el cuerpo de la bestia muerta, prefirió remontarse por el aire, raudo e impetuoso, como si quisiera vengar los dolores por Melgarejo...

José Portugal Catacora



## Cómo habla la coca

**M**e había dado a la coca. No sé si al peor o al mejor de los vicios. Ni sé tampoco si por atavismo o curiosidad, o por esa condición fatal de nuestra naturaleza de tener siempre algo de qué dolerse o avergonzarse. Y, mirándolo bien, un vicio, inútil para mí; vicio de idiota, de rumiante, en que la boca del chacchador acaba por semejarse a la espumosa y buzónica del sapo, y en que el hombre parece recobrar su ancestral parentesco con la bestia.

Durante el día la labor del papel sellado me absorbía por completo la voluntad. Todo eran decretos, autos y sentencias. Vivía sumergido en un mar de considerandos legales; filtrando el espíritu de la ley en la retorta del pensamiento; dándole pellizcos, con escrupulosidad de asceta, a los resobados y elásticos artículos de los códigos, para tapar con ellos el hueco de una débil razón; acallando la voz de los hondos y humanos sentimientos; poniendo debajo de la letra inexorable de la ley todo el humano espíritu de justicia de que me sentía capaz, aunque temeroso del dogal disciplinario, y secando, por otra parte, la fuente de mis inspiraciones con la esponja de la rutina judicial.

Bajo el peso de este fardo de responsabilidades, el vicio, como el murciélago, solo se desprendía de las grietas de mi voluntad y echábase a volar a la hora del crepúsculo. Era entonces cuando a la esclavitud razonable sucedía la esclavitud envilecedora. Comenzaba por sentir sed de algo, una sed ficticia, angustiosa. Daba veinte vueltas por las habitaciones, sin objeto, como las que da el perro antes de acostarse. Tomaba un periódico y lo dejaba inmediatamente. Me levantaba y me sentaba en seguida. Y el reloj, con su palpitar isócrono, parecía decirme: chac... chac... chac... chac... chac... chac... Y la boca comenzaba a hacerseme agua.

Un día intenté rebelarme. ¿Para qué es uno hombre si no para rebelarse? “Hoy no habrá coca —me dije—. Basta ya de esta porquería que me corrompe el aliento y deja en mi alma pasividades de indio”.



Y poniéndome el sombrero salí y me eché a andar por esas lóbregas calles como un noctámbulo.

Pero el vicio, que en las cosas del hombre sabe más que el hombre, al verme salir, hipócrita, socarrón, sonrió de esa fuga. ¿Y qué creen ustedes que hizo? Pues no me cerró el paso; no imploró el auxilio del deseo para que viniese a ayudarme a convencerme de la necesidad de no romper con la ley respetable del hábito; no me despertó el recuerdo de las sensaciones experimentadas al lento chacchar de una cosa fresca y jugosa; ni siquiera me agitó el señuelo de una catipa evocadora del porvenir, en las que tantas veces había pensado. “Anda —pareció decirme—, anda, que ya volverás más sometido que nunca”. Y comencé a andar, desorientado, rozándome indiferente con los hombres y las cosas, devorando cuadradas y cuadradas, saltando acequias, desafiando el furioso tartamudeo de los perros, lleno de rabia sorda contra mí mismo y procurando edificar, sobre la base de una rebeldía, el baluarte de una resolución inquebrantable.

Y, cuando más libre parecía sentirme de la horrible sugestión, una fuerza venida de no sé dónde, imperiosa, irresistible, me hizo volver sobre mis pasos, al mismo tiempo que una voz tenue, musitante, comenzó a vaciar sobre la fragua de mis protestas, un chorro inagotable de razonamientos, interrogándose y respondiéndose todo.

—¿Has caminado mucho? ¿Te sientes fatigado? ¿Sí? ¿No hay nada como una chaccha para la fatiga; nada. La coca hace recobrar las fuerzas exhaustas, devuelve en un instante lo que el trabajo se ha robado en un día. Di la verdad, ¿no quisieras hacer una chacchita, una ligera chacchita?... Parece que mi pregunta no te ha disgustado. Pero para eso es indispensable sentarse, y en la calle esto no sería posible. El cargo y el traje te lo impiden. Si estuvieras de poncho... ¿Qué? ¿No quieres volver a tu casa todavía? ¡Una tontería! Porque para lo que hay que ver lo tienes ya visto, y lo que no has visto es porque no lo debes ver. Vamos, cede un poco. La intransigencia es una camisa que debe mudarse lo menos dos veces por semana, para evitar el riesgo de que huelga mal. No hay cosa que haga fracasar más en la vida que la intransigencia. Y si no, fíjate en todos nuestros grandes políticos triunfadores. Cuando han ido por el riel de la intransigencia, descarrilamiento seguro. Cuando han ido por la carretera de las condescendencias y de las claudicaciones, han llegado. Y en la vida lo primero es llegar. No te empieces, regrésate. A no ser que prefieras una chaccha sobre andando. Porque



lo que es coca no te ha de faltar. Busca, busca. ¿Estás buscando en el bolsillo de la izquierda? En ese no; en el de la derecha. ¿Ves? Son dos hojitas que escaparon de la chaccha devoradora de anoche. Dos, nada más que dos. ¿Cómo?... ¿Vas a botarlas? ¡Qué crimen! Un rasgo de soberbia, de cobardía, que no sienta bien en un hombre fuerte como tú. ¿Tanto le temes a ese par de hojitas que tienes en la mano? ¡Ni que fueras fumador de opio!

Mira, el opio es fiebre, delirio, ictericia, envilecimiento. El opio tiene la voracidad del vampiro y la malignidad de la tarántula. Carne que cae entre sus garras la aprieta, la tortura, la succiona, la estruja, la exprime, la diseca, la aniquila... Es un alquimista falaz, que, envuelto en la púrpura de su prestigio oriental, va por el mundo escanciando en la imaginación de los tristes, de los adoloridos, de los derrotados, de los descontentos, de los insaciables, de los neuróticos, un poco de felicidad por gotas. Pero felicidad de ilusión, de ensueño, de nube, que pasa dejando sobre la placa sensible del goce fugaz el negativo del dolor.

La coca no es así. Tú lo sabes. La coca no es opio, no es tabaco, no es café, no es éter, no es morfina, no es hachisch, no es vino, no es licor... Y, sin embargo, es todo esto junto. Estimula, abstrae, alegra, entristece, embriaga, ilusiona, alucina, impasibiliza... Pero, sobre todos aquellos cortesanos del vicio, tiene la sinceridad de no disfrazarse, tiene la virtud de su fortaleza y la gloria de no ser vicio. ¿Que sí lo es? Bueno, quiero que lo sea. Pero será, en todo caso, un vicio nacional, un vicio del que deberías enorgullecerte. ¿No eres peruano? Hay que ser patriota hasta en el vicio. No solo las virtudes salvan a los pueblos sino también los vicios. Por eso todos los grandes pueblos tienen sus vicios. Los ingleses tienen el suyo: el whisky. Una estupidez destilada de un tubérculo. ¿Y los franceses? También tienen su vicio: el ajenjo. Fíjate: el ajenjo, que en la paz le ha hecho a Francia más estragos que Napoleón en la guerra. ¿Y los rusos? Tienen el vodka; y los japoneses, tienen el sake; y los mejicanos el pulque. Y los yanquis ginjoismo, que también es un vicio. Hasta los alemanes no escapan a esta ley universal. Son tan viciosos como los ingleses y los franceses juntos. ¿Qué sería de Alemania sin cerveza? Pregúntale a la cebada y al lúpulo, y ellos te contarán la historia de Alemania. La cerveza es la madre de sus teorías enrevesadas y acres, como arenque ahumado, y de su militarismo férreo, militarismo frío, rudo, mastodóntico, geófago, que ve la gloria a través de las usinas y de los cascos guerreros. Sí. Según lo que se come y lo que se bebe es lo que se hace y se piensa. El pensamiento es hijo del estómago. Por eso



nuestro indio es lento, impenetrable, triste, huraño, fatalista, desconfiado, sórdido, implacable, vengativo y cruel. ¿Cruel he dicho? Sí; cruel sobre todo. Y la crueldad es una fruición, una sed de goce, una reminiscencia trágica de la selva. Y muchas de esas cualidades se las debe a la coca. La coca es superior al trigo, a la cebada, a la papa, a la avena, a la uva, a la carne... Todas estas cosas, desde que el mundo existe, viven engañando el hambre del hombre. ¿Qué cosa es un pan, o un tasajo, o un bock de cerveza, o una copa de vino ante un hombre triste, ante una boca hambrienta? La bebida engendra tristezas pensativas de elefante o alegrías ruidosas de mono. Y el pan no es más que el símbolo de la esclavitud. Un puñado de coca es más que todo eso. Es la simplicidad del goce al alcance de la mano; una simplicidad sin manipulación, ni adulteraciones, ni fraudes. En la ciudad el vino deja de ser vino y el pan deja de ser pan. Y para que el pobre consiga comer realmente pan y beber realmente vino, es necesario que primero sacrifique en la capilla siniestra de la fábrica un poco de alegría, de inteligencia, de sudor, de músculo, de salud... La coca no exige estos sacrificios. La coca da y no quita. ¿Te ríes? Ya sé por qué. Porque has oído decir a nuestros sabios de biblioteca que la coca es el peor enemigo de la célula cerebral, del fluido nervioso. ¿La han probado ellos como la has probado tú?... Te pones serio. ¿Crees tú que la coca usada hasta el vicio sea un problema digno de nuestros pedagogos? Tal vez así lo piensen los fisiólogos. Tal vez así lo crean los médicos. Pero tú bien puedes reírte de los médicos, de los químicos y de los fisiólogos...

Y es que la coca no es vicio sino virtud. La coca es la hostia del campo. No hay día en que el indio no comulgue con ella. ¡Y con qué religiosidad abre su huallqui, y con qué unción va sacando la coca a puñaditos, escogiéndola lentamente, prolijamente, para en seguida hacer con ella su santa comunión! Y para augurar también. La coca habla por medio del sabor. Cuando dulce, buen éxito, triunfo, felicidad, alegría... Cuando amarga, peligros, desdichas, calamidades, pérdidas, muerte... No sonrías. Es que tú nunca has querido consultarla. Te has burlado de su poder evocador. Te has limitado a mascarla por diletantismo. No bebes, no fumas, no te eteromanizas, ni te quedas estático, como cerdo ahíto, bajo las sugerencias diabólicas del opio. Tenías hasta hace poco el orgullo de tu temperancia; de que tu inspiración fuese obra de tu carne, de tu espíritu, de ti mismo. Pero aquello no era propio de un artista. El arte y el vicio son hermanos. Hermandad eterna, satánica. Lazo de dolor... Nudo de pecado. Los imbéciles no tienen vicios; tienen



apetitos, manías, costumbres. ¿Una herejía? ¡Una verdad!... El vicio es para el cuerpo lo que el estiércol para las plantas. Tenías por esto que tener un vicio: tu vicio. Como todos. Poe lo tuvo; Baudelaire lo tuvo... Y Cervantes también: tuvo el vicio de las armas, el más tonto de los vicios.

¡Bah!, debes estar contento de tener tú también tu vicio. Ahora, si dudas de la virtud pronosticadora de la coca, nada más fácil: vuélvete a tu casa y consúltala. Pruébala aunque sea una vez, una sola vez. Una vez es ninguna, como dice el adagio. Mira, llegas a tu casa, entras al despacho, te encierras con cualquier pretexto, para no alarmar a tu mujer, finges que trabajas y luego del cajón que ya tú sabes, levemente, furtivamente, como quien condesciende con la debilidad de un camarada viejo y simpático, sacas un aptay, no un purash, como el indio glotón, nada más que un aptay de eso; y en seguida te repantigas, y, después de prometerte que será la última vez que vas a hacerlo, la última —hasta podrías jurarlo para dejar a salvo conciencia de hombre fuerte—, comienzas a masticar unas cuantas hojitas. No por vicio, por supuesto. Puedes prescindir del vicio en esta vez.

Lo harás por observación. Tú eres el observador, y hay que observar in corpore sane los efectos de la hoja alcalina. Y, sobre todo, consultarla, es decir, hacer una catipa. ¿Qué perderías con ello?... Si te irá bien en el viaje que piensas hacer a la montaña... Si tu próximo vástago será varón o hembra... Si estás en la judicatura firme, tan firme que un empujón político no te podrá tumbar. (Porque en este país, como tú sabes, ni los jueces están libres de las zancadillas políticas.) O si estás en peligro de que los señores de la Corte te cojan cualquier día de las orejas y te apliquen una azotaña disciplinaria. Y al hacer tu catipa debes hacerla con fe, con toda la fe india de que tu alma mestiza es capaz. Te ruego que no sonrías. Tú crees que la palabra es solamente un don del bípedo humano, o que solo con sonidos articulados se habla. También hablan las cosas. Las piedras hablan. Las montañas hablan. Las plantas hablan. Y los vientos, y los ríos y las nubes... ¿Por qué la coca —esa hada bendita— no ha de hablar también?

¿No has visto al indio bajo las chozas, tras de las tapias, en los caminos, junto a los templos, dentro de las cárceles, sentado impasiblemente, con el huallqui sobre las piernas, en quietud de fakir, masticando y masticando horas enteras, mientras la vida gira y zumba en torno suyo, cual siniestro enjambre? ¿Qué crees tú que está haciendo entonces?



Está orando, está haciendo su derroche de fe en el altar de su alma. Está haciendo de sacerdote y de creyente a la vez. Está confortando su cuerpo y elevando su alma bajo el imperio invencible del hábito. La coca viene a ser entonces como el rito de una religión, como la plegaria de un alma sencilla, que busca en la simplicidad de las cosas la necesidad de una satisfacción espiritual. Y así como el hombre civilizado tiende a la complicación, al refinamiento por medio de la ciencia, el indio tiende a la simplicidad, a la sencillez, por medio de la chaccha. El hombre civilizado tiene la superstición complicada de los oráculos, de los esoterismos orientales; el indio, la superstición del cocaísmo, a la que somete todo y todo lo pospone.

Una chaccha es un goce; una catipa, una oración. En la chaccha el indio es una bestia que rumia; en la catipa, un alma que cree. Prescinde tú de la chaccha, si quieres, pero catipa de cuando en cuando, y así serás hombre de fe. La fe es la sal de la vida. Por eso el indio cree y espera. Por eso el indio soporta todas las rudezas y amarguras de la labor montañesa, todos los rigores de las marchas accidentadas y zigzagueantes, bajo el peso del fardo abrumador, todas las exacciones que inventa contra él la rapacidad del blanco y del mestizo.

Posiblemente la coca es la que hace que el indio se parezca al asno; pero es la que hace también que ese asno humano labore en silencio nuestras minas; cultive resignado nuestras montañas antropófagas; transporte la carga por allí por donde la máquina y las bestias no han podido pasar todavía; que sea el más noble y durable motor del progreso andino. Un asno así es merecedor de pasar a la categoría de hombre y de participar de todas las ventajas de la ciudadanía. Y todo, por obra de la coca. Sí, a pesar de tu incrédula sonrisa. ¿Qué te crees tú? Si hubiera un gobierno que prescribiera el uso de la coca en las oficinas públicas, no habrían allí despotismos de lacayo, ni tratamientos de sabandija. Porque la coca —ya te lo he dicho— comienza primero por crear sensaciones y después, por matarlas. Y donde no hay sensaciones los nervios están de más. Y tú sabes también que los nervios son el mayor enemigo del hombre. ¡Cuántos cambios ha sufrido la historia por culpa de los nervios! La fatiga, el hambre, el horror, el dolor, el miedo, la nostalgia, son los heraldos de la derrota. Y la derrota es un producto de la sensibilidad. ¡Ah!, si se le pudiera castrar al hombre la sensibilidad —la sensibilidad moral siquiera— la fórmula de la vida sería una simple fórmula algebraica. Y quién sabe si con el álgebra el hombre viviría mejor que con la ética.



¿Has meditado alguna vez sobre la quietud brahmánica? Ser y no ser en un momento dado es su ideal: ser por la forma, no ser por la sensibilidad. Lo que, según la vieja sabiduría indostánica, es la perfección, el desprendimiento del karma, la liberación del ego. ¡La liberación! ¿Has oído? Y la coca es un inapreciable medio de abstracción, de liberación. Es lo que hace el indio: nirvanizarse cuatro o seis veces al día. Verdad es que en estas nirvanizaciones no entra para nada el propósito moral, ningún deseo de perfeccionamiento. Él sabe, por propia experiencia, que la vida es dolor, angustia, necesidad, esfuerzo, desgaste, y también deseos y apetitos; y como la satisfacción o neutralización de todo esto exige una serie de actos volitivos, más o menos penosos, una contribución intelectual, más o menos enérgica, un ensayo continuo de experiencias y rectificaciones, el indio, que ama el yugo de la rutina, que odia la esclavitud de la comodidad, prefiere, a todos los goces del mundo, esquivos, fugaces y traidores, la realidad de una chaccha humilde, pero al alcance de su mano. El indio, sin saberlo, es schopenhauerista. Schopenhauer y el indio tienen un punto de contacto: el pesimismo, con esta diferencia: que el pesimismo del filósofo es teoría y vanidad, y el pesimismo del indio, experiencia y desdén. Si para el uno la vida es un mal, para el otro no es mal ni bien, es una triste realidad, y tiene la profunda sabiduría de tomarla como es. ¿De dónde ha sacado esta filosofía el indio? ¿No lo sabes tú, doctor de la ley? ¿No lo sabes tú, repartidor de justicia por libras, buceador de conciencias pecadoras, sicólogo del crimen, químico jubilado del amor, héroe anónimo de las batallas nauseabundas del papel sellado? ¡Parece mentira! ¿Pues de dónde había de sacarla sino del huallqui...? Del huallqui, arca sagrada de su felicidad. ¿Y hay nada más cómodo, más perfecto, que sentarse en cualquier parte, sacar a puñados la filosofía y luego, con simples movimientos de mandíbula, extraer de ella un poco de ataraxia, de suprema quietud? ¡Ah!, si Schopenhauer hubiera conocido la coca habría dicho cosas más ciertas sobre la voluntad del mundo. Y si Hindenburg hubiera catipado después del triunfo de los Lagos Manzurianos, la coca le habría dicho que detrás de las estepas de la Rusia estaba la inexpugnable Verdún y la insalvable barrera del Marne.

Sí, mi querido repartidor de justicia por libras; la coca habla. La coca revela verdades insospechadas, venidas de mundos desconocidos. Es la Casandra de una raza vencida y doliente; es una Biblia verde de millares de hojas, en cada una de las cuales duerme un salmo de paz. La coca, vuelvo a repetirlo, es virtud, no es vicio, como no es vicio la



copa de vino que diariamente consume el sacerdote de la misa. Y catipar es celebrar, es ponerse el hombre en comunión con el misterio de la vida. La coca es la ofrenda más preciada del jirca, ese dios fatídico y caprichoso, que en las noches sale a platicar en las cumbres andinas y a distribuir el bien y el mal entre los hombres. La coca es para el indio el sello de todos sus pactos, el auto sacramental de todas sus fiestas, el manjar de todas sus bodas, el consuelo de todos sus duelos y tristezas, la salve de todas sus alegrías, el incienso de todas sus supersticiones, el tributo de todos sus fetichismos, el remedio de todas sus enfermedades, la hostia de todos sus cultos...

Después de haberme oído todo esto, ¿no querrías hacer una catipa? ¿Estás seguro de tu porvenir? ¿No querrías saber algo de tu porvenir? ¿Te molesta mi invitación? ¡Ingrato!... Ya estás cerca de tu casa. Apura un poco más el paso. Así... así. Has subido a trancos las escaleras. Buena señal. Ya estás en el despacho. Siéntate. ¿Para qué te descubres? La catipa puede hacerse encasquetado. Es un rito absolutamente plebeyo. El respeto es convencionalismo. ¿Qué cosa ha crujido? ¡Ah!, es el cajón que ya tú sabes. ¡Y cómo cruje también lo que hay adentro! Parece que se rebela contra los codiciosos garfios de tu diestra. La coca es así; cuando se entrega parece que huye. Como la mujer... como la sombra... como la dicha... Pero no importa que cruja. Ya la has cogido. ¿Quisieras ahora catipar? ¿Sí? ¡Muy bien! Pero pon fe, mucha fe. Escoge aquella de pintas blancas; es la más alcalina y la que mejor dice la verdad del misterio. ¿La sientes dulce? No. No te sabe a nada todavía. Solo vas sintiendo un poco de torpor en la lengua; es la anestesia, hada de la quietud y del silencio, que comienza a inyectar en tu carne la insensibilidad. ¡Cuidado con que llegues a sentirla amarga! ¡Cuidado! ¿Qué? ¿Te has estremecido? ¿Sientes en la punta de la lengua una sensación? ¿Te está pareciendo amarga? ¿No te equivocas? Es que le has preguntado algo. ¿Qué le has preguntado?... Callas, la escupes. ¿Te ha dado asco? No. Es que la has sentido amarga, muy amarga. ¡Perdóname! Yo habría querido que la sintieras dulce, pero muy dulce.

Cuarentiocho horas después, a la caída de una tarde, llena de electricidad y melancolía, vi un rostro, bastante conocido, aparecer entre la penumbra de mi despacho. ¿Un telegrama? Me asaltó un presentimiento. No sé por qué los telegramas me azoran, me disgustan, me irritan. Ni cuando los espero los recibo bien. No son como las cartas, que sugieren tantas cosas, aun cuando nada digan. Las cartas son amigos



cariñosos, expansivos, discretos. Los telegramas me parecen gendarmes que vinieran por mí.

Abrí el que me traía en ese instante el mozo, y casi de un golpe leí esta lacónica y ruda noticia: “Suprema suspendido usted ayer por tres meses motivo sentencia juicio Roca-Pérez. Pida reposición”.

¡Un hachazo brutal, el más brutal de los que había recibido en mi vida!

Enrique López Albújar



# El aguatero-estudiante

“Cuando surja mi raza que es la raza más rara, nacerá el superhombre de progenie más pura para que sepa el mundo lo que vale el aimara”.

Dante Nava.

Una mañana vaporosa de marzo, cuando los niños llenaban todos los ámbitos de la escuela con sus juegos bullangueros, se presentó el aguatero Ruano en la Dirección del plantel.

Los maestros que allí se encontraban se imaginaron que algún vecino del pueblo lo habría mandado portando un recado; pero no era así. El aguatero, aquel hombre de hercúlea contextura física, sucio y andrajoso, que vivía surtiendo de agua a la mayor parte de casas del pueblo, aquel hombre sin hogar y sin familia, que era amigo de todos y que pernoctaba en cualquier parte; aquel mismo hombre que no demostraba sino una rudimentaria mentalidad, y sin embargo era modelo de honradez, pese a su arrastrada miseria, se presentaba ahora en la escuela solicitando ser alumno. Y qué se proponía aquel hombre ante esa pretensión —noble i contundente pretensión—. Los maestros sonrieron burlonamente; pero el Director, tras de meditar breve i hondamente, lo admitió, aunque su nombre nunca figuró en los registros escolares.

Desde entonces concurrió a la escuela con la misma prolijidad de un niño, i las gentes del pueblo le apodaron: “Aguatero-estudiante”.

Pronto adquirió hábitos de trabajo, de higiene i de orden, siendo entre sus compañeros modelo de disciplina. Nunca faltaba a las labores de la escuela i cumplía sus deberes sistemáticamente.

En las noches, hasta horas avanzadas, cargaba agua para ganarse el sustento diario, i en las mañanas, era el primero en presentarse en la escuela.

Mientras llegara la hora inicial de las labores escolares, se entretenía en narrar a los chicos extrañas leyendas míticas o pasajes de su vida, llenos de curiosa atracción. A veces llegaba a cautivar a todo el alumnado.



Durante los recreos solamente jugaba con los niños más pequeños. No gustaba de jugar con los mayores. Diríase que era un retrasado mental, pero no lo era. Su espíritu ingenuo, sin mancilla como el de un niño, volvía hacia la infancia con sencilla espontaneidad.

Así se hizo célebre en la escuela, mientras los niños le colmaban no solo de sus afecciones, sino hasta de sus propinas que nunca aceptaba el Aguatero, sí más bien frutas i golosinas. Los maestros se disputaban por llevarle a su clase, para que contara a los niños las leyendas míticas que él sabía.

## II

Un día en la clase del tercer año, cuando el maestro discurría acerca de las teorías sobre el origen del lago Titikaka, solicitó que se le oyera, i contó la siguiente leyenda, tan rica en imágenes i perfecta como pocas:

—Hace miles de años de esto. Apu, el Dios de las cumbres, había prohibido a los hombres que escalaran los cerros, permitiéndoles vivir solamente en las quebras i las hondonadas. Pero un día se presentó entre los hombres el Aukka<sup>1</sup> y les obligó a quebrantar la prohibición, haciéndoles consentir que si lograban alcanzar la cúspide de las cumbres, llegarían a tener el mismo poder de los dioses.

Cuando los hombres intentaron escalar la cumbre cercana, Apu, encolerizado, movilizó un gran ejército de pumas i mandó a que los devorasen. Entonces, los hombres pidieron protección al Aukka. Este los internó en las profundidades de la tierra, y allí siguen viviendo convertidos en “anchanchos”<sup>2</sup>.

Al contemplar la confabulación de los hombres con el espíritu del mal, Inti, el supremo dios de los incas, sintió pesar grande i eclipsó su luz al mismo tiempo que todos los seres celestiales se sumieron en amargo llanto. Las lágrimas invadieron la Tierra en forma de tormentas terribles, inundando las quebras i las hondonadas.

En este diluvio murieron la mayor parte de los animales. Solamente una pareja de seres humanos, asidos de un haz de juncos i resignados a morir en el amor de Dios, antes que escapar con los demás hombres, lograron flotar sobre las aguas.

Cuando el Dios Inti volvió los ojos a la tierra i cesó el llanto celestial, la pareja sobreviviente por obra divina, contempló con gran asombro que



los pumas (titis) habían perecido también i flotaban a millares sobre las aguas, mostrando sus vientres grises (kkakkas).

He aquí el origen del lago de que nos habláis i de su nombre— terminó diciendo el “Aguatero”.

### III

Legendas como estas, en que el cóndor, el puma, el zorro, la vicuña, los topos, las hormigas i hasta las arañas se personificaban como seres míticos, sabía por centenares el “Aguatero”; i con ellas se habrían podido llenar las páginas de varios volúmenes. I otros tantos se habría podido escribir con las anécdotas de su vida, pues tan lleno de pasajes pintorescos como dolorosos era su pasado i su mísero presente; i tanto había corrido por nuestras tres regiones cósmicas.

### IV

Al terminar las labores del primer semestre, leía i escribía el “Aguatero” con la mayor corrección. Pero al iniciarse el semestre siguiente, no volvió a la escuela.

Aquel hombre-niño, que cuando se dejaba estropear en el suelo con los pequeñuelos, experimentando una gran satisfacción en ello, evocaba al gigante de las fábulas, rodeado por los hombres de Liliput, a Tolstoi, durante los eternos recreos de su escuela de Yasnaia Poliana; i cuando narraba sus leyendas míticas, saturadas de una honda filosofía, semejaba a Cristo, esparciendo verdades divinas, o a Gandhi, predicando los métodos pasivos de la liberación de su raza, había desaparecido. Su desaparición fue extrañada por todo el pueblo i mucho más por los niños. Pero como todo pasa i se esfuma, pronto quedó olvidado.

### V

En el mes de marzo del año siguiente, se presentó de nuevo. La escuela tuvo un día de fiesta. Pero grande fue el pesar de los niños cuando el “Aguatero” expresó que pronto los dejaría.

Habíase ido a una parcialidad perdida entre las escabrosidades de los Andes allí había instalado una escuelita para los yokallas<sup>3</sup> de la Punta Perdida.

Ahora venía a solicitar un certificado de estudios para revalidar su



capacidad de maestro i oficializar su escuela, además, a invocar el obsequio de algunos útiles escolares. Los niños le obsequiaron muchos libros, cuadernos, lápices, lapiceros y cuanto material escolar encontraron a su alcance. Llevándose estos obsequios, i luego de encargar al director del plantel las gestiones necesarias para la oficialización de su escuelita, se marchó.

Los niños lo despidieron cariñosamente. Los maestros se quedaron contemplándolo hasta que se perdió de vista, con los ojos preñados de esperanzas; de esas esperanzas que todos abrigamos de ver redimida nuestra estirpe nativa, i que a través de aquel indio vagabundo miserable convertido en amawta de los tiempos nuevos, se ofrecía como una pequeña racha de realidad<sup>4</sup>.

Vocabulario:

1. Auka. Espíritu del mal, que equivale a decir diablo.
2. Anchanchos. Espíritus malignos que se cree que habitan las reconditeces de la tierra.
3. Yokalla. En aymara equivale a niño.
4. Amawta. Voz keswa con que se nombraba al maestro en el inkario.

Sebastián Salazar Bondy



# El Hijo Solo

Llegaban por bandadas las torcazas a la hacienda, y el ruido de sus alas azotaba el techo de calamina. En cambio las calandrias llegaban solas, exhibiendo sus alas; se posaban lentamente sobre los lúcumos, en las más altas ramas, y cantaban.

A esa hora descansaba un rato Singu, el pequeño sirviente de la hacienda. Subía a la piedra amarilla que había frente a la puerta falsa de la casa y miraba la quebrada, el espectáculo del río al anochecer. Veía pasar las aves que venían del sur hacia la huerta de árboles frutales.

La velocidad de las palomas le oprimía el corazón; en cambio, el vuelo de las calandrias se retrataba en su alma, vivamente, lo regocijaba. Los otros pájaros comunes no le atraían. Las calandrias cantaban cerca, en los árboles próximos. A ratos, desde el fondo del bosque, llegaba la luz tibia de las palomas. Creía Singu que de ese canto invisible brotaba la noche porque el canto de la calandria ilumina como la luz, vibra como ella, como el rayo de un espejo. Singu se sentaba sobre la piedra. Le extrañaba que precisamente al anochecer se destacara tanto la flor de los duraznos. Le parecía que el sonido del río movía los árboles y mostraba las pequeñas flores blancas y rosadas, aun los resplandores internos, de tonos oscuros, de las flores rosadas.

Estaba mirando el camino de la huerta, cuando vio entrar en el callejón empedrado del caserío un perro escuálido, de color amarillo. Andaba husmeando, con el rabo metido entre las piernas. Tenía “anteojos”, unas manchas redondas de color claro arriba de los ojos.

Se detuvo frente a la puerta falsa. Empezó a lamer el suelo donde la cocinera había echado el agua con que lavó las ollas. Inclínó el cuerpo hacia atrás; alcanzaba el agua sucia estirando el cuello. Se agazapó un poco. Estaba atento, para saltar y echarse a correr si alguien abría la puerta. Se hundieron aún más los costados de su vientre; resaltaban los huesos de las piernas, sus orejas se recogieron hacia atrás; eran oscuras por las puntas.



Singu buscaba un nombre. Recordaba febrilmente nombres de perros.

—¡Hijo Solo! —le dijo cariñosamente—. ¡Hijo Solo! ¡Papacito! ¡Amari-  
llo! ¡Niñito! ¡Niñito!

Como no huyó, sino que lo miró sorprendido, alzando la cabeza, du-  
dando, Singuncha siguió hablándole en quechua, con tono cada vez  
más familiar.

—¿Has venido por fin a tu dueño? ¿Dónde has estado, en qué pueblo,  
con quién?

Se bajó de la piedra, sonriendo. El perro no se espantó, siguió mirán-  
dolo. Sus ojos también eran de color amarillo, el iris se contraía sin  
decidirse.

—Yo, pues, soy Singuncha. Tu dueño de la otra vida. Juntos hemos  
estado. Tú me has lamido, yo te daba queso fresco, leche también;  
harto. ¿Por qué te fuiste?

Abrió la puerta. De la leche que había para los señores echó apresura-  
damente bastante, en un plato hondo, y corrió. Estaba aún ahí el perro,  
sorprendido, dudando. Puso el plato en el suelo. Hijo Solo se acercó  
casi temblando. Y bebió la leche. Mientras lamía haciendo ruido con  
las fauces, sus orejitas se recogieron nuevamente hacia arriba; cerró  
un poco los ojos. Su hocico, como las puntas de las orejas, era negro.  
Singuncha puso los dedos de sus dos manos sobre la cabeza del pe-  
rro, conteniendo la respiración, tratando de no parecer siquiera un ser  
vivo. No huyó el perro, cesó un instante de lamer el plato. También él  
paralizó su aliento, pero se decidió a seguir. Entonces Singuncha pudo  
acariciarle las orejas.

Jamás había visto un animal más desvalido; casi sin vientre y sin mús-  
culos. “¿No habrá vuelto de acompañar a su dueño, desde la otra  
vida?”, pensó. Pero viéndole la barriga, y la forma de las patas, com-  
prendió que era aún muy joven. Solo los perros maduros pueden guiar  
a sus dueños, cuando mueren en pecado y necesitan los ojos del perro  
para caminar en la oscuridad de la otra vida.

Se abrazó al cuello de Hijo Solo. Todavía pasaban bandadas de palo-  
mas por el aire; y algunas calandrias, brillando.

Hacía tiempo que Singu no sentía el tierno olor de un perro, la suavi-  
dad del cuello y de su hocico. Si el señor no lo admitía en la casa, él se  
iría, fugaría a cualquier pueblo o estancia de la altura, donde podían



necesitar pastores. No lo iban a separar del compañero que Dios le había mandado hasta esa profunda quebrada escondida. Debía ser cierto que Hijo Solo fue su perro en el mundo incierto de donde vienen los niños. Le había dicho eso al perro, solo para engañarlo, pero si él había oído, si le había entendido, era porque así tenía que suceder; porque debían encontrarse allí, en Lucas Huayk'ó, la hacienda temida y odiada en cien pueblos. ¿Cómo, por qué mandato Hijo Solo había llegado hasta ese infierno odioso? ¿Por qué no se había ido, de frente, por el puente, y había escapado de Lucas Huayk'ó?

—¡Gringo! ¡Aquí sufriremos! Pero no será de hambre —le dijo—. Comida hay, harto. Los patrones pelean, matan sus animales; por eso dicen que Lucas Huayk'ó es infierno. Pero tú eres de Singuncha, “endio” sirviente. ¡Jajay! ¡Todo tranquilo para mí! ¡Vuela, torcacita! ¡Canta tuyay, tuyacha! ¡Todo tranquilo!

Abrazó al perro más estrechamente, lo levantó un poco en peso. Hizo que la cabeza triste de Hijo Solo se apoyara en su pecho. Luego lo miró a los ojos. Estaba aún desconcertado. Sonriendo, Singuncha alzó con una mano el hocico del perro, para mirarlo más detenidamente, e infundirle confianza.

Vio que el iris de los ojos del perro clareaba. Él conocía cómo era eso. El agua de los remansos renace así, cuando la tierra de los aluviones va asentándose. Aparecen los colores de las piedras del fondo y de los costados, las yerbas acuáticas ondean sus ramas en la luz del agua que va clareando; los peces cruzan sus rayos. Hijo Solo movió el rabo, despacio, casi como un gato; abrió la boca, no mucho; chasqueó la lengua, también despacio. Y sus ojos se hicieron transparentes. No deseaba ver más el Singuncha; no esperaba más del mundo.

Le siguió el perro. Quedó tranquilo, echado sobre los pellejos en que el cholito dormía, junto a la despensa, en una habitación fría y húmeda, debajo del muro de la huerta. Cuando llovía o regaban, rezumaba agua por ese muro.

Quizá los perros conocen mejor al hombre que nosotros a ellos. Hijo Solo comprendió cuál era la condición de sus dueños. No salió durante días y semanas del cuarto. ¿Sabía también que los dueños de la hacienda, los que vivían en esta y en la otra banda se odiaban a muerte? ¿Había oído las historias y rumores que corrían en los pueblos sobre los señores de Lucas Huayk'ó?



—¿Viven aún los dos? —se preguntaban en las aldeas—. ¿Qué han derumbado esta semana? ¿Los cercos, las tomas de agua, los andenes?

—Dicen que don Adalberto ha desbarrancado en la noche doce vacas lecheras de su hermano. Con veinte peones las robó y las espantó al abismo. Ni la carne han aprovechado. Cayeron hasta el río. Los pumas y los cóndores están despedazando a los animales finos.

—¡Anticristos!

—¡Y su padre vive!

—¡Se emborracha! ¡Predica como diablo contra sus hijos! Se aloca.

—¿De dónde, de quién vendrá la maldición?

No criaban ya animales caseros ninguno de los dos señores. No criaban perros. Podían ser objetos de venganza fáciles.

—Lucas Huayk'o arde. Dicen que el sol es allí peor. ¡Se enciende! ¿Cómo vivirá la gente? Los viajeros pasan corriendo el puente.

Sin embargo, Hijo Solo conquistó su derecho a vivir en la hacienda. Él y su dueño procedieron con sabiduría. Un perro allí era necesario más que en otros sitios y hogares. Pero los habían matado a balazos, con veneno o ahorcándolos en los árboles, a todos los que ambos señores criaron, en esta y en la otra banda.

Los primeros ladridos de Hijo Solo fueron escuchados en toda la quebrada. Desde lo alto del corredor, hijo Solo ladró al descubrir una piara de mulas que se acercaban al puente. Se alarmó el patrón. Salió a verlo. Singu corrió a defenderlo.

—¿Es tuyo? ¿Desde cuándo?

—Desde la otra vida, señor —contestó apresuradamente el sirviente.

—¿Qué?

—Juntos, pues, habremos nacido, señor. Aquí nos hemos encontrado. Ha venido solito. En el callejón se ha quedado, oliendo. Nos hemos conocido. Don Adalberto no le va a hacer caso. De “endio” es, no es de werak'ocha. Tranquilo va a cuidar la hacienda.

—¿Contra quién? ¿Contra el criminal de mi hermano? ¿No sabes que don Adalberto come sangre?

—Perro de mí es, pues, señor. Tranquilo va a ladrar. No contra don Alberto.

Hijo Solo los escuchaba inquieto. Miraba al dueño de la hacienda, con esa cristalina luz que tenía en los ojos, desde la tarde en que fue ali-



mentado y saciado por Singuncha, junto a la puerta falsa de la casa grande.

—Es simpático; chusco. Lo matarán sin duda —dijo don Ángel—. Se desprecia a los perros. Se les mata fácil. No hay condena por eso. Que se quede, pues, Singuncha. No te separes de él. Que ladre poco. Te cuidará cuando riegues de noche la alfalfa. Enséñale que no ladre fuerte. Le beberá la sangre siempre, ese Caín. ¿Cómo se llama? Su ladrar ha traído recuerdos a la quebrada.

—Hijo Solo, patrón.

Movió el rabo. Miró al dueño con alegría. Sus ojos amarillos tenían la placidez de la luz, no del crepúsculo, sino del sol declinante, que se posaba sobre las cumbres ya sin ardor, dulcemente, mientras las calandrias cantaban desde los grandes árboles de la huerta.

“Más fácil es ver aquí un perro muerto. Ya no tengo costumbre de verlos vivos. Allá él. Quizá mi hermano los despache a los dos juntos. Volverán al otro mundo, rápido”.

El dueño de la hacienda bajó al patio, hablando en voz baja. No se dieron cuenta durante mucho tiempo. El perro exploró toda la hacienda por la banda izquierda, que pertenecía a don Ángel. No escandalizaba. Jugaba en el campo con el pequeño sirviente. Se perdía en la alfalfa floreada, corría a saltos, levantando la cabeza para mirar a su dueño. Su cuerpo amarillo, lustroso ya por el buen trato, resaltaba entre el verde feliz de la alfalfa y las flores moradas. Singuncha reía.

—¡Hijos de Dios en medio de la maldición! —decía de ellos la cocinera.

El perro pretendía atrapar a los chihuillos que vivían en los bosques de retama de los pequeños abismos. El chihuillo tiene vuelo lento y bajo; da la impresión de que va a caer, que está cansado. El perro se lanzaba anhelante tras de los chihuillos cuando cruzaban los campos de alfalfa, buscando los árboles que orillaban las acequias. El Singuncha reía a carcajadas. La misma absurda pretensión hacía saltar al perro la orilla del río cuando veía pasar a los patos, que eran raros en Lucas Huayk'ó.

Singu era becerrero, ayudante de cocina, guía de las yuntas de aradores, vigilante de los riegos, espantador de pájaros, mandadero. Todo lo hacía con entusiasmo, y desde que encontró a su perro Hijo Solo fue aún más diligente. Había trabajado siempre. Huérfano recogido, recibió órdenes desde que pudo caminar.



Lo alimentaron bien, con suero, leche, desperdicios de la comida, huesos, papas y cuajada. El patrón lo dejó al cuidado de las cocineras. Le tuvieron lástima. Era sanguíneo, de ojos vivos. No era tonto. Entendía bien las órdenes. No lloraba. Cuando lo enviaban al campo, le llenaban la bolsa con mote y queso. Regresaba cantando y silbando. Los señores peleaban, procuraban quitarse peones. Los trataban bien por eso. El otro, don Adalberto, tenía los molinos, los campos de cebada y trigo, las aldeas de la hacienda y las minas. Don Ángel, los alfalfares, la huerta, el ganado, el trapiche.

Singu no tomaba parte aún en la guerra. La matanza de los animales, los incendios de los campos de trigo, las peleas se producían de repente. Corrían; el patrón daba órdenes, traía los caballos. Se armaban de látigos y lanzas. El patrón se ponía un cinturón con dos fundas de pistolas. Partían al galope. La quebrada pesaba, el aire parecía caliente. La cocinera lloraba. Los árboles se mecían con el viento; se inclinaban mucho, como si estuvieran condenados a derrumbarse; las sombras vibraban sobre el agua. Singuncha bajaba hasta el puente. El tropel de los caballos, los insultos en quechua de los jinetes, su huida por el camino angosto; todo le confirmaba que en Lucas Huayk'o, de veras, el demonio salía a desplegar sus alas negras y a batir el viento desde las cumbres.

Hubo un periodo de calma en la quebrada; coincidió con la llegada de Hijo Solo.

—Este perro puede ser más de lo que parece —comentó don Ángel semanas después.

Pero sorprendieron a Hijo Solo en medio del puente, al mediodía.

Singuncha gritó, pidió auxilio. Lo envolvieron con un poncho, le dieron de puntapiés.

Oyó que el perro caía al río. El sonido fue hondo, no como el de un pequeño animal que golpeará con su desigual cuerpo la superficie del remanso. A él lo dejaron con un costal sucio amarrado al cuello.

Mientras se arrancaba el costal de la cabeza, huyeron los emisarios de don Adalberto. Los pudo ver aún en el recodo del camino, sobre la tierra roja del barranco.

Nadie había oído los gritos del becerrero. El remanso brillaba, tenía espuma en el centro, donde se percibía la corriente.



Singu miró el agua. Era transparente pero honda. Cantaba con voz profunda; no solo ella, sino también los árboles y el abismo de rocas de la orilla, y los loros altísimos que viajaban por el espacio. Singu no alcanzaría jamás a Hijo Solo. Iba a lanzarse al agua. Dudó y corrió después, sacudiendo su pantalón remendado, su ponchito de ovejas. Pasó a la otra banda, a la del demonio don Adalberto; bajó el remanso. Era profundo pero corto. Saltando sobre las piedras como un pájaro, más líbero que las cabras, siguió por la orilla, mirando el agua, sin llorar. Su rostro brillaba, parecía sorber el río.

¡Era cierto! Hijo Solo luchaba a media agua. El Singuncha se lanzó a la corriente, en la zona del vado. Pudo sumergirse. Siempre llevaba, a manera de cuchillo, un trozo de fleje que él había afilado en las piedras. Pero el perro estaba ya aturdido, boqueando. El río los llevó lejos, golpeándolos en las cascadas. Cerca del recodo, tras el que aparecían los molinos de don Adalberto, Singuncha pudo agarrarse de las ramas de un sauce que caían a la corriente. Luchó fuerte, y salió a la orilla, arrastrando al perro.

Se tendieron en la arena. Hijo Solo boqueaba, vomitaba agua como un odre.

Singuncha empezó a temblar, a rechinar los dientes. Tartamudeando maldecía a don Adalberto, en quechua: “Excremento del infierno, posma del demonio. Que el sol te derrita como a las velas que los condenados llevan a los nevados. ¡Te clavarán con cadenas en la cima de Aukimana; Hijo Solo comerá tus ojos, tu lengua, y vomitará tu pestilencia, ¡como ahora! ¡Vamos a vivir, pues!”.

Se calentó en la arena el perro; puso su cabeza sobre el cuerpo del Singuncha; moviendo sus “anteojos” lo miraba. Entonces lloró Singu.

—¡Papacito! ¡Flor! ¡Amarillito! ¡Jilguero!

Le tocaba las manchas redondas que tenía en la frente, sus “anteojos”.

—¡Vamos a matar a don Adalberto! ¡Dice Dios quiere! —le dijo.

Sabía que en los bosques de retama y lambras de Los Molinos cantaban las torcazas más hermosas del mundo. Desde centenares de pueblos venían los forasteros a hacer moler su trigo a Lucas Huayk’o, porque se afirmaba que esas palomas eran la voz del Señor, sus criaturas. Hacían turnos que duraban meses, y don Adalberto tenía peones de sobra. Se reía de su hermano.



—¡Para mí cantan, por orden del cielo, estas palomas! —decía—. Me traen gente de cinco provincias.

Escondido, Singuncha rezó toda la tarde. Oyó, llorando, el canto de las torcazas que se posaron en el bosque, a tomar sombra.

Al anoecer se encaminó hacia Los Molinos. Pasó frente al recodo del río; iba escondiéndose tras los arbustos y las piedras. Llegó frente al caserío donde residía don Adalberto; pudo ver los techos de calamina del primer molino, del más alto.

Cortó un retazo de su camisa, y lo deshizo, hilo tras hilo. Escarmenándolas con las uñas formó una mota con las hilachas, las convirtió en una mecha suave.

Había escogido las piedras, las había probado. Hicieron buenas chispas; prendieron fuerte aun a plena luz del sol.

Más tarde vendrían concertados, a la orilla del río, a vigilar armados de escopetas. Anochecía. Los patitos volaban a poca altura del agua. Singu los vio de cerca; pudo gozar contemplando las manchas rojas de sus alas y las ondas azules, brillantes, que adornaban sus ojos y la cabeza.

—¡Adiós, niñitas! —les dijo en voz alta.

Sabía que el sonido del río apagaría su voz. Pero agarró del hocico al Hijo Solo para que no ladrase. El ladrido de los perros corta todos los sonidos que brotan de la tierra.

Tupidas matas de retama seca escalaban la ladera desde el río. No las quemaban ni las tumbaban porque vivían allí las torcazas.

Llegaron palomas en grandes bandadas y empezaron a cantar.

Singuncha escogió hojas secas de yerbas y las cubrió con ramas viejas de k'opayso y retama. No oía el canto. Su corazón ardía. Hizo chocar los pedernales junto a la mecha. Varios trozos de fuego cayeron sobre el trapo deshilachado y lo prendieron. Se agachó de rodillas; mientras con un brazo tenía al perro por el cuello, sopló. Y casi de pronto se alzó el fuego. Se retorcieron las ramas. Una llamarada pura empezó a lamer el bosque, a devorarlo.

—¡Señorcito Dios! ¡Levanta fuego! ¡Levanta fuego! ¡Dale la vuelta! ¡Cuida! —gritó alejándose y volvió a arrodillarse sobre la arena.

Se quedó un buen rato en el río. Oyó gritos, y tiros de carabina y dinamita.



Volvió hacia el remanso. Más allá del recodo, cerca del vado, se lanzó al río. Hijo Solo aulló un poco y lo siguió. Llegaban las palomas a esta banda, a la de don Ángel, volando descarriadas, cayendo a los alfalfares, tonteando por los aires.

Pero Singu se iba ya; no prestaba oído ni atención verdaderos a la quebrada; subía hacia los pueblos de altura. Con su perro, lo tomarían de pastor en cualquier estancia, o el Señor Dios lo haría llamar con algún mensajero, el Jakakllu o el Patrón de Santiago. Entonces seguiría de frente, hasta las cumbres; y por algún arco iris escalaría al cielo, cantando a dúo con el Hijo Solo.

—¡Amarillito! ¡Jilguero! —iba diciéndole en voz alta, mientras cruzaban los campos de alfalfa, a la luz de las llamas que devoraban la otra banda de la hacienda.

En la quebrada se avivó más ferozmente la guerra de los hermanos Caínes, porque don Adalberto no murió en el incendio.

José María Arguedas



# Querencia

**A**marrado al tronco de un corpulento sapote —viejo hermano de la choza de don Juan Chalcahuana—, devora el mohíno su porción de fresca grama. Don Juan —ivalga Dios!— cortó del borde de la acequia las plantas más verdes y lozanas.

—Llévelo, pues, don Nemesio. Trato es trato. Ya sabe que todo de bueno tiene: manso, fuerte, bien avenido. En esta choza, señor, ¿quién podrá olvidarlo? Algo me consuela saber que pasa a buen “cristiano”.

Don Nemesio Garrido se apresura a desatar el lazo del macizo tronco.

—Ojalá que todo sea cierto, don Juan.

La mujer y los hijos de este se van tras el burro hasta la tranca, que al abrirse y volver a cerrarse, cruje extrañamente...

El vocerío alegre de seis chicuelos y la bulla jubilosa de tres hermosos canes reciben una tarde a don Nemesio Garrido. Tras muchos días, vuelve de nuevo a casa.

Todos reparan inmediatamente en el burro mohíno.

—Es un magnífico burro, hijos míos.

Dos largas jornadas, atravesando la cuenca del Marañón, le han probado suficientemente a don Nemesio Garrido que, en efecto, dijo verdad don Juan Chalcahuana.

Luego se abre la tranca del extenso potrero para dar paso al burro de suave pelambre y bonachonas orejas. Allí se entropará con un caballo huaicho, un burro paclo, una vaca condorilla y un toro casullo. Y la cena humeante, junto al fuego rezongón, espera a don Nemesio Garrido.

Corrían los días. El gran burro mohíno soñaba en las tierras distantes y buenas... al tiempo que iba reconociendo todos los paraderos y todos los portillos.



Y la oportunidad no se hizo esperar demasiado. Una mañana, por el portillo más fácil, el burro mohíno saltó afuera del potrero.

Cuando don Nemesio Garrido, tras larga y afanosa búsqueda, encontró los rastros que hablaban, exclamó colérico:

—Ah, era volvedor...

Tres días después llega don Nemesio Garrido a casa de don Juan Chalchahuana. Junto al gallardo sapote está el ínclito volvedor.

—No me advirtió usted, don Juan, de tan fea maña...

Y don Juan responde con firmeza:

—No tuve ocasión de saberlo, don Nemesio. Era la primera vez que dejaba su querencia. Y quién iba a adivinar lo que había en sus adentros...

“devora el mohíno su porción de fresca grama...”

Con lentos giros mueve la cola el inefable burro.

—Me lo llevaré siempre. Antes, sin embargo, tendremos que “sacarle” la querencia. ¿Usted “sabe” eso, don Juan?

—No... Pero ya me lo imagino... —responde afligido el viejo Chalchahuana.

Y en efecto, al otro día, junto a la tranca, le “sacaron” la querencia al desventurado burro. Por los belfos, por los ijares, por las ancas, se la “sacaron” sangrante.

—Fuerte mal este de la querencia, don Juan. Mas con “esto” no hay burro que no sane... y hasta la vista, don Juan.

Y partió don Nemesio, tirando de la ensangrentada sogá, diríase que no un burro, sino una tragedia.

Dos días después, el caballo huaicho, el burro paclo, la vaca condorilla, y el toro casullo reciben de nuevo al burro mohíno. Se llenó de jubilosos gritos el extenso potrero.

Por si acaso, don Nemesio Garrido reparó todos los portillos. Todo hacía presumir que el burro mohíno ya no tendría más remedio que aceptar su suerte.



Don Nemesio habló a sus hijos de su gran terapéutica contra el mal de la querencia.

Mas nadie estuvo en lo cierto... Ocurrió la noche de San Juan... Había en el cielo extraños resplandores. Por los cerros distantes, veíanse las fogatas litúrgicas y el viento hablaba de raros sortilegios.

En una contracción maravillosa de sus carnes, dio el gran mohíno un salto elástico, magnífico.

Desde el otro lado del cerco, las viejas heridas sonrieron triunfalmente y una tarde tibia, de un claro día, se oyó de pronto, frente a la tranca de don Juan Chalcahuana, un largo y alborozado rebuzno.

Alfonso Peláez Bazán  
Celendín, Cajamarca



# Las momias de Tinajani

**A**ntes de que las sombras nocherniegas se disiparan, i apenas el alba roja se insinuó sobre las encrespadas cumbres cercanas, se sintió por las calles los sonos estridentes de unas cornetas echadas al vuelo. Eran los niños escolares que así despertaban a sus compañeros para emprender una excursión.

Las pasivas gentes del pueblo se estremecieron de terror al pensar en que tal vez se repetía la sublevación indígena de hace diez años, o en la llegada de algún batallón revolucionario, pues tan frecuentes eran las revoluciones. Pero cuando se percataron de la verdad, se dijeron para sí:

—Qué no han de hacer esos chiquillos del Centro Escolar.

A las seis de la mañana ya estuvieron reunidos en el local escolar más de un centenar de niños, i minutos después, al mismo tiempo que el sol se elevaba en el horizonte a grandes saltos, como una perla de plateados destellos, abandonamos el pueblo todavía soñoliento. Solamente las gentes matinales i algunos noctámbulos nos vieron partir.

Los niños mayores iban a pie, equipados como andinistas, i los menores iban montados en unos pequeños caballos, de esos que en la sierra llamamos chojjchis<sup>1</sup> que venían muy bien al tamaño de los niños más chicos. I todos, en suma —maestros i alumnos— íbamos poseídos de una alegría radiante, a tono con las horas fulgurantes de la madrugada.

Una suave brisa pampera nos inyectó de fuertes energías; la caravana inició su caminata por en medio de una pampa cubierta de pajonal dorado.

El camino semejaba a un haz de pequeñas víboras en marcha hacia las cumbres milenarias.

A poco, en una hondonada de pasto esmeralda, una majada de vacas lecheras pacía como una floración de muttiphatas gigantesas.



Más allá, una manada de ovejas, blancas como los cirros del cielo andino, serpeaba por una ladera amarillante. Luego, por cimas empinadas pastaban llamas, alpacas, huanacos, vicuñas solitarias, que movían la cabeza cual si quisieran saludarnos con profundas reverencias.

Llegamos al pie de la primera cumbre, i cuando nos disponíamos a tomar un ligero refrigerio, las notas de un charango, de esos charangos que ríen, lloran, cantan las miserias de la raza andina, hirieron dulcemente nuestros sentidos. Todos los niños aguzaron el oído, i como si estuvieran al frente de un escenario, aplaudieron frenéticamente; mientras el indio que rasgaba los bordones de su alma hecho cuerdas de charango, hacía su aparición sobre la apacheta<sup>3</sup>, un cóndor gigantesco hendía los aires, como si con su soberbio pico quisiera descorrer el telón amatista de aquel escenario majestuoso.

Tras el descanso, la caravana continuó su caminata. Trasmontamos la primera cumbre, luego otra i otra, hasta el fin.

## II

El mediodía nos sorprendió precisamente al final de la excursión. Un sol reverberante, un panorama majestuosamente cerrero, nos dieron la buena llegada.

—¡Tinajani<sup>4</sup>! —fue la exclamación lanzada por la muchedumbre de niños. I antes de entregarnos a la reparación de la fatigosa marcha, nos quedamos de pie, extasiados e inmóviles en la contemplación de aquella naturaleza infinitamente agreste.

Innumerables picachos que rasgan el cielo en girones, con sus blondas melenas desgreñadas a los cuatro vientos, se levantaban por doquier. Torreones gigantes que se elevan como atalayas cósmicos, cual si quisieran ofrendar sus misterios milenarios al sol, poderoso gestor de la vida. Cortes de roca rojiza que se levantan como inmensos paredones de fastuosos templos arcaicos.

Hundimientos, depresiones profundas que semejan las solitarias calles de urbes fantásticas, pavimentadas de oro, esmeraldas. Peñascos que se sostienen en las pendientes como dioses momificados.

Un torrentoso riachuelo de aguas cristalinas, que al correr entre las grietas ha cavado artísticas tinas de piedra. Un lagunar límpido, orillado de los más variados matices de pasto verde, sobre este enmarañado



escenario, papales florecientes, quinuales, cañiwuales cebadales madurados, con fondo de paja brava i césped saturado de frescor i verdura, tapizan las hondonadas i las altas planicies, que se elevan como pedestales floridos.

Finalmente, unas chujllas<sup>5</sup> indígenas que anidan vidas de hombres de la puna actual, i una necrópolis que guarda con avaricia restos de hombres que fueron hace más de cuatro siglos completan el panorama de esta belleza andina.

### III

Los niños dejaron sus caballos, los unos a los otros, sus pesados morrales, provistos solo de lo necesario (picos, sogas, etc.) nos escurrimos por entre las quebradas, enfilados de uno sobre las estrechas sendas casi inaccesibles. Escalamos las alturas, llegamos a las altas explanadas. Sobre aquellas solemnes farralosas cumbres sentimos, como nunca, la pequeñez del hombre frente a la Naturaleza.

Alcanzamos las primeras wakas, i<sup>6</sup> la necrópolis sagrada de los que fueron, tal vez, nobles Wiris del antiguo Melgar, o quizás aguerridos generales del inkanato, que sucumbieron en la conquista de los indomables Kollas, fue profanada.

Los niños rodearon a las wakas, como las abejas rodean a su panal, movidos por esa curiosidad instintiva, propia de la infancia. Excavaron, las momias fueron extraídas de sus tumbas.

Ningún niño denotó la menor señal de miedo. Todos manipularon aquellos cuerpos esqueletizados, con la naturalidad de quienes arrancan a la tierra sus misterios científicos.

### IV

Por la noche, a la vuelta de la excursión, seis momias fueron paseadas en procesión, en medio de estruendosos hurras i vivas de entusiasmo infantil.

Las gentes pensaron en que seguramente los niños se habrían tropezado con la aparición de alguna efigie milagrosa, como era frecuente por aquellos tiempos; pero cuando la noticia de las momias llegó hasta ellas, un murmullo fatídico corrió por toda la población.



Maldiciones, protestas, blasfemias recibieron los maestros que habían permitido la extracción de las momias. Los brujos tuvieron buen trabajo en sus aquelarres, durante veladas íntegras, en los que se dedicaron a aplacar las iras de la Pachamama —la madre tierra— por el sacrilegio cometido por los niños.

—Se mueren los niños, “agarrados” por la tierra —decían las gentes. I hubo festín de kkoa<sup>7</sup> llampu<sup>8</sup> i coca. Venta abundante para los mercachifles.

Los niños fueron también contagiados de los prejuicios de sus padres, i aun aquellos que se habían disputado en ser el portador de las momias el día de la excursión ahora sentían terror por ellas. En vano los maestros lucharon por convencerlos.

En los días sucesivos cesaron las lluvias, i esto alarmó mucho más al vecindario.

—Las momias soplan la lluvia. La tierra, ávida de agua para fructificar, clama venganza al cielo, i el cielo está resentido. Las momias deben ser devueltas a la tierra.

Tales eran las voces que corrían de boca en boca.

## V

Un día invadieron a la escuela más de un centenar de indios i solicitaron a gritos la devolución de las momias.

Los maestros i los niños, creyendo ser víctimas de la multitud enfurecida, nos encerramos en nuestras clases, mientras los indios golpeaban las puertas con los puños crispados i las indias blasfemaban a voces destempladas.

Las autoridades i la escasa policía, compuesta de media docena de hombres, anoticiados de la invasión, acudieron en socorro nuestro i trataron de persuadir a los indios para que dejaran las momias, en provecho de la instrucción de los niños; mas no hubo razones para convencerlos.

Los indígenas amotinados amenazaron con incendiar la casa escolar, las momias tuvieron que volver a su morada primitiva. En la misma noche del rescate de las momias se desencadenó una furiosa tormenta.

“La tierra estaba desagraviada i el cielo lloró de alegría”.



Luego los cultivos reverdecieron y el alma del pueblo tornó a su tranquilidad consuetudinaria.

Vocabulario:

1. Chojjchis. Caballos farrutos, pero muy resistentes.
2. Muttiphatas. Plantas herbácea de las punas que se distingue por sus flores vistosas de color rojo-amarillento.
3. Apachetas. Las partes más elevadas de los cerros por donde cruzan los caminos y en los que los indígenas rinden culto a sus antepasados.
4. Tinajani. Lugar situado en la provincia de Melgar, que es un verdadero laboratorio geológico i arqueológico. Cada descripción es auténtica.
5. Chujjillas. Pequeñas viviendas indígenas.
6. Huacas. Tumbas inkaikas que difieren de las chullpas por su forma ovoidea.
7. Koa. Planta cordillerana usada por los brujos, porque se le atribuyen poderes misteriosos.
8. Llampu. Sebo de llama, al que también se le atribuye propiedades curativas.

José Portugal Catacora.



# El muerto

**E**n Tayén, ciudad serrana del Perú, vivía hace algún tiempo un hombre muy amigo de la holganza como la cigarra de la fábula. Su mujer día y noche tejía mantas de lana. No tenían hijos.

Aquel hombre era barbudo, y usaba siempre poncho bayo terciado al pecho, sombrero de paja alón a la pedrada y toscas botas.

Al influjo de copas ligeras recorría la ciudad pronunciando discursos en las esquinas y plazuelas, bailando huaynos y marineras, diciendo versos galantes a las mozas, o se sentaba en el poyo de un corredor a imitar con la boca y las manos un fogoso bordoneo de guitarra. Recorría también la ciudad en su caballejo blanco y crinado, dándose ínfulas de consumado chalán.

Agotaba todos los temas de la historia del Perú en sus discursos.

Esta clase de vida, por supuesto, no era del agrado de su consorte, sentimiento que, sin embargo, no preocupaba en lo más mínimo al atorrante de don Lucas, que así se llamaba nuestro personaje. “La vida no es para estar con enojos, linda palomita”, le decía graciosamente a su mujer.

—¡Eres peor que el shiuín! —le reprochaba aquella, aludiendo al pájaro holgazán de ese nombre, que no tiene nido, que vive andando en la noche y durmiendo durante el día en cualquier parte.

El viejo Lucas, por toda respuesta, le decía una galantería o un verso. Y se salía a su mundo: la calle.

Un día decidió comprobar si le amaba o no le amaba su mujer. Cuando ella fue al mercado, se proveyó de cuatro grandes cirios y un crucifijo, tendió al medio de la sala una manta, a cuya cabecera ubicó el crucifijo, encendió los cirios, los colocó en los extremos superiores e inferiores



de la manta, y calculando que su mujer ya iba a llegar se acostó en el cobertor, haciéndose el muerto. En verdad, entre los cirios llameantes y el Cristo, parecía un cadáver el viejo.

Doña Liboria, que así se llamaba su mujer, al abrir la puerta de la casa se dio de bruces con el lúgubre cuadro; lanzó un grito, arrojó su cesta de vituallas, se abalanzó sobre su marido y cogiéndole de la barbilla le dijo llorando: “Luquitas, Luquitas de mi vida. ¡Por qué te has muerto! ¡Ahora qué será de mí!”. “No te aflijas, mujercita. ¡Estoy vivo!”, le habló el socarrón, levantándose y corriendo, a saltos como un cabro, a la calle.

Francisco Izquierdo Ríos



## El killinchu y el waychaw

Un día al encontrarse el “waychaw” y el “killinchu” discutieron acaloradamente porque no le había saludado el uno al otro.

El señor waychaw increpándole al señor killinchu, le decía: “¡Por qué no me saluda!”.

El señor killinchu muy cauto y sereno se sentó a su lado y mirándole fijamente de pies a cabeza le dijo: “Oiga usted, minucia, familia de los “tuna suwas” (ladrón de tunas), qué te has creído, para obligarme a saludarte”.

El waychaw colérico, silbando con su voz melancólica y característica, le gritó: “Oiga, idiotón, caza ratas, come sabandijas. ¿Te has olvidado que soy el amo de este pueblo, que soy el mismísimo mago que te puede convertir en gusano? Y luego te atreves a no saludarme. Aquí todos tienen que respetarme, no solo saludarme sino también venerarme”.

El killinchu, en un tono burlón le dijo: “¿O sea que usted es el señor mago, el que pronostica las desgracias, el que sabe de todo lo que va a suceder? ¿Puedes decirme qué sucederá dentro de poco? Pero eso no me obliga a que yo le reverencie a usted”.

—¡Claro, claro! —dijo el waychaw.

—¡Está usted equivocado! —dijo el killinchu.

Reprochando de este modo, el killinchu propone una apuesta en estos términos:

—Bueno, señor mago, te propongo una apuesta. Allá vienen muchos caminantes, vamos a presentarnos, quién saluda a quién.

—¡Aceptado! —dijo el waychaw.

Creencia es de los campesinos que el killinchu es de buen augurio cuando se encuentra con los campesinos; en cambio el waychaw es un



pájaro malagüero, por lo que lo odian y detestan al encontrarse en el camino.

Tan luego hacen la apuesta y en ese preciso momento aparecen unos arrieros por el camino, arreando sus mulas, observando el largo camino que tienen que recorrer y las distancias tan largas que tienen que cruzar hasta llegar a su destino.

Para cumplir con la apuesta, muy orgulloso y petulante, el waychaw alza el vuelo para presentarse muy arrogante delante de los arrieros para anunciarle su presencia con su silbido característico de “waychaw”, “way-chaw”.

Entonces uno de los arrieros, conocedor del mal designio de este pájaro, cogió con disimulo una piedra y la lanzó acertadamente, destrozándole una de las uñas, por lo que pesadamente levantó el vuelo, desfalleciente.

Pasados unos minutos aparecen otros caminantes, y tan luego estuvieron cerca, el killinchu voló por delante de los caminantes, entonces estos se sacaron el sombrero y con las dos manos expresaron:

—¡Gracias a Dios! Tenemos buen camino. ¡Buenos días, papá killinchu!  
—y diciendo esto siguieron su camino.

Mientras tanto, después de este suceso inesperado, el killinchu con mucha humildad se sentó al lado de waychaw, quien ya estaba agonizando con la uña quebrada, que sangraba demasiado.

Luego dijo el waychaw. “Perdóname hermano killinchu, he cometido una imprudencia, sabiendo que tú eres el más respetado de estos lugares, y mi broma pesada ha tenido graves consecuencias”.

El killinchu, muy sencillo y cariñoso como siempre, curó las heridas del waychaw y alzó vuelo para cumplir con su quehacer diario, como lo manda su destino y la naturaleza. Desde entonces, el waychaw aprendió una de otras tantas lecciones: ser humilde y sencillo, no ser petulante ni soberbio con sus semejantes.

Luego empezó un viento fuerte, cayendo una lluvia torrencial, con que la naturaleza anuncia la paz y la tranquilidad entre los dos personajes de este mundo andino.

Aquiles Hinostrza Ayala



# La astucia de las gallinas

Las gallinas estaban muy preocupadas por el gran problema que se les había presentado. Todas ellas, acompañadas de los gallos, tenían que viajar a la ciudad para cumplir con ciertas gestiones, y el corral se quedaría abandonado durante todo un día, lo cual era un riesgo muy peligroso porque los huevos iban a quedarse a disposición del zorro, el astuto ladrón que vivía por allí cerca, y que siempre les robaba los huevos cuando había poca vigilancia, ya sea arrastrándose en las sombras de la noche o realizando una serie de trampas, como aquella vez que excavó un largo túnel que salía justo debajo de los nidos, o empleando varios disfraces, como en cierta oportunidad en que se presentó al corral disfrazado de médico veterinario y se llevó todos los huevos con el pretexto de que iba a vacunar a los pollitos contra el sarampión antes de que nacieran. Además si viajaban todos los gallos y gallinas no podían cargar con los ciento veintiocho huevos sin riesgo de que se quiebren, o, por último, dónde iban a meter una carga tan abultada.

—Y nadie puede quedarse mañana en el gallinero... —comentó el gallo Giro— ...porque todos tenemos que presentarnos juntos en la oficina...

—Y si dejamos a la gallina Clara o a la gallina Fina es como si no se quedase nadie —observó una gallina de plumas jaspeadas—... porque a ellas el zorro varias veces las ha convencido de que es el inspector municipal de gallineros.

—Sí, claro, porque... bueno, se ponía una gorra azul en la cabeza, pero a ti también te engañó, cuando te hizo salir corriendo del nido diciéndote que de un helicóptero te habían dejado una carta en el maizal —replicó la gallina Fina a la de plumas jaspeadas.

—Bueno, hasta a mí me ha engañado —dijo el gallo Carioco—, aquella noche en que el zorro me pidió que le abra la puerta y le dé posada, porque decía que un puma hambriento venido desde la selva de Loreto quería comerlo... ¡Y más bien fue el zorro quien nos comió los huevos!

—A mí me respeta porque yo le conozco sus mañas y no me dejo



—aclaró el gallo Carmelo—... por algo soy pariente del Caballero Carmelo. De un par de espuelazos lo hice correr el otro día... pero, como saben, no puedo quedarme a cuidar mañana, porque todos debemos ir juntos.

—Lo que pasa es que el zorro tiene la astucia que nosotros no tenemos, astucia para lo malo, para hacernos daño —dijo la gallina Gorda—... nuestro cerebro es tan chiquito, casi ni nos sirve para pensar... ¡es una lástima!

—Eso es porque cada una piensa por su lado, en forma individual —intervino la gallina Blanca—, y aunque seamos aves tan domésticas tenemos que conocer ese refrán que dice: varias cabezas piensan más que una, por más chiquitas que sean. ¿Por qué no nos reunimos para cambiar ideas y dar sugerencias sobre este problema?

Todos aceptaron la propuesta y se pusieron a cacarear en voz baja.

Al día siguiente, por la mañana, el zorro se frotaba los ojos porque no podía creer lo que veía. Se metió a su madriguera y sacó un viejo largavistas, retornando a su escondite dentro de un matorral: era cierto, los gallos con sombrero y maletines y las gallinas con pantalones de colores y pañuelos de seda en la cabeza parecía que se iban de viaje, paso a paso, pata a pata, tomando el camino real. ¿A dónde se iban?

—¡Gggeerrrr! ¡Chau, amigos! ¡Que les vaya bien en la ciudad! ¡En la noche cuando regresen me contarán! ¡Felizmente no lo sabe el zorro! ¡Rrruaaaacc! ¡Rrruaaaacc! —les gritó un lorito asomando el pico amarillo desde una mazorca de choclo.

Pero el zorro entonces lo supo todo, y se dio cuenta inmediatamente de la oportuna situación. Todos los gallos y gallinas se iban de viaje, y tenía todo ese día por delante para robar unos cuantos huevos, sin disfrazarse, sin cavar huecos, sin sufrir los picotazos y espuelazos de los gallos. Además últimamente estaba en una situación muy crítica. ¿Unos cuántos huevos? ¿Y por qué no todos de una vez? En el corral tras la reja debería haber más de cien huevos, porque él mismo había escuchado bastantes cacareos de las gallinas al ponerlos.

Se acercó rápidamente hasta el corral y trepó a las ramas de una higuera. Desde allí hizo una detenida inspección. Nadie. No había absolutamente nadie.

Regresó a su madriguera, y tomó las cosas con mucha calma. ¿Para qué apurarse, como en otras veces, si tenía todo el día por delante?



Arrastrando un costal con la boca, retornó hasta el corral, cuidándose de no ser visto ni por algunas hormigas solitarias. Vio la puerta y su gancho con candado. "... Gallinas zonzas, ¿candados a mí? Se han ido creyendo que yo no lo iba a saber...", pensó subiéndose a la higuera, de donde saltó hasta un rincón del corral silencioso. Se puso a revisar los nidos, pero no encontró huevo alguno. "...Caramba... qué pasa, ¿dónde los habrán metido? ¿Dónde los habrán escondido?", pensó muy preocupado. Comenzó a registrar cajones, tercios de cañas, rollos de alambre viejo, ruinas de ladrillos rotos, latas vacías ... "De pronto los han dejado en el techo... o en los nidos de los árboles", reflexionó. Trepó entonces a la higuera que lucía gordos higos, y no encontró nidos ni huevos entre las tupidas ramas. Pasó a unos árboles de guayaba, con sus frutos amarillos y redondos, luego revisó las berenjenas, el florido follaje de los poroporos, los tallos de la pomarrosa luciendo sus frutos rosados y todos los demás árboles vecinos, y nada, volviendo el zorro al corral, ya bastante cansado y acezando con la lengua afuera. "Si no están en los techos ni en los árboles, seguro que los han enterrado", se dijo en silencio. Y empezó a cavar desesperadamente por aquí y por allá en el terreno del corral, bajo los nidos, junto a la reja, en los rincones de tierra fofa y escarbada. Era el mediodía cuando ya había removido todo el piso dentro y fuera del amplio corral, y, sin encontrar huevo alguno, se dejó caer sudando, cansadísimo, con los brazos extenuados. Al poner su cabeza sobre la tierra, ya decepcionado por su fracaso, se fijó en unas viejas cajas de cartón que estaban sobre un andamio de palo. Con escasas fuerzas se dirigió a ellas y, metiendo el hocico puntiagudo en las cajas, ¡qué maravilla!, allí estaban los huevos amontonados, protegidos por papeles de periódicos y revistas, grandes, chicos, blancos, rosados, itodos a su entera disposición! Le volvió el ánimo al cuerpo. Luego empezó a desenvolver los huevos con todo cuidado metiéndoselos al costal: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce... no había que llenar mucho el costal para que no se quiebren, y para poder trepar la reja por el lado de la higuera. ¿Comería uno? No, mejor no. Mejor más tarde, en la oscura tranquilidad de su madriguera, una vez terminada toda la recolección de ese tesoro, se comería varios con sal, pimienta y ají. El pensar en ello le hizo relamerse y apurar el trabajo.

Caía ya la tarde cuando llegó con su última carga a la madriguera. Y ya por el camino real volvían los gallos y las gallinas. Uno de ellos abrió el candado, y todos los viajeros entraron al corral.



—¡El zorro estuvo aquí! ¡Fíjense cómo ha dejado todo esto! ¡Parece que hubiera habido un terremoto o que hubieran arado! —exclamó la gallina Fina.

—¡Y se llevó toditos los huevos que dejamos en las cajas!... Que tenga buen provecho —observó el gallo Carioco al ver los cartones tirados.

—Más bien vamos a los árboles para terminar nuestra tarea antes de que se haga la noche —ordenó el gallo Carmelo.

Todas las aves volvieron a salir del corral. El zorro, que las miraba escondido y soñoliento pero satisfecho de su fechoría, las vio subirse a la higuera, a los guayabos, a las pomarrosas, al poroporo, a las berenjenas, de donde bajaban cuidadosamente con frutos. Luego los llevaban al charco de agua, y allí los lavaban. Pero ¿qué cosa? Todos los frutos redondos, morados, amarillos, anaranjados, verdes, rosados, se despintaban y se convertían en blancos, auténticos y sabrosos huevos de gallina.

—¡Listo! ¡Aquí están todos! ¡Ya no falta ningún huevo, vengan ya para irnos a dormir! —gritó la gallina Gorda.

El zorro había estado buscando precisamente por esos árboles, pero ni se imaginó la trampa. Pero que importaba, él ya tenía suficientes huevos dentro de su propia casa. Cuando cogió un huevo y le metió el diente, sintió un sabor rarísimo que le hizo escupir varias veces: ¡aaajjj! ¡aaajjj! ¡aaaaajjjjj!

¿Qué había pasado? La noche anterior las gallinas y los gallos habían acordado pintar todos los ciento veintiocho huevos a semejanza de higos, guayabas, berenjenas, pomarrosas y poroporos para luego amarrarlos en sus respectivas plantas. A continuación, hicieron huevos falsos empleando una mezcla de barro con harto rocoto, que fueron pulidos y pintados de blanco con toda fidelidad.

A los pocos días, todavía carraspeando ¡aaajjj! ¡aaajjj!, el zorro se fue con el rabo entre las piernas a otros lugares. Y las gallinas, celebrando su éxito con pastel de maíz morocho y trigo tostado con chancaca, se convencieron de que la astucia puede servir también para lo bueno, y que varias cabezas juntas, por más pequeñas que sean, piensan mejor que una sola.

Manuel Ibáñez Rosazza



## Apu Suparaura

**D**urante dos años sufrí lo indecible por la desaparición de mi caballo negro, tan ágil y brioso, tan fiel e inteligente, tan sufrido y audaz. Una noche, la menos pensada, como por milagro del cielo, el noble animal se presentó en el patio de mi casa. Mi sobrino Segundino Qawana, después de haberle echado lazo, me llamó:

—¡Tío Jacinto, ha aparecido “El Campeón”!, ¡El mismo que fue robado en este nuestro pueblo durante la celebración de las festividades carnavalescas! En la misma forma que desapareció también aparece en el interior del corral, confundido con burros, yeguas, otros caballos, etc. Para evitar lamentables equivocaciones, tío Jacinto, comprobemos sus piezas dentales. Si encontramos una que es completamente ennegrecida, con toda seguridad, es caballo de este corral; caso contrario es caballo ajeno.

—Tienes mucha razón, Segundino; esta es la pieza dental clave a la que te referías. Además, es un hermoso e inteligente animal que nos ha reconocido inmediatamente como a sus dueños legítimos —le confirmé.

Al día siguiente de la llegada de nuestro “Campeón”, se presentó en mi domicilio, haciéndose pasar como dueño del animal, Julián Román, argumentando haberlo comprado de Pinchi Camargo en Kimsa Cruz.

Entre Julián Román y mi persona surgió una discusión acalorada y de nunca acabar. Estuvimos por pasar a las manos; en esos momentos, mi sobrino Segundino, en compañía del juez de paz del pueblo, se presentó en la puerta de mi casa. Los ánimos de mi oponente y míos se calmaron al momento. El representante de la ley actuó con mucha sagacidad, porque nos citó para el día siguiente: a Julián Román y, por su intermedio, también a Pinchi Camargo, así como a mi persona.

—Pinchi Camargo, ¿es cierto que tú vendiste este caballo a Julián Román en Kimsa Cruz? —interrogó a boca de jarro el juez de paz.



—Sí, señor Juez, yo le vendí, porque era caballo de mi propiedad, caballo que lo compré en el monto de cuarenta soles en Cotabambas —respondió el aludido.

—Creo que estás mintiendo, Pinchi Camargo, porque Jacinto Huayasamin afirma que él es el único y legítimo dueño del animal. Jacinto nunca miente, por algo ha sido uno de los mejores jueces que tuvo este pueblo en toda su historia. Como todos sabemos, es un hombre de bien —replicó el juez de paz.

—No, señor juez, yo soy el dueño del caballo, y no hay por qué estar discutiendo tanto sobre este punto. En último caso, para salir de dudas, propongo que se tome los servicios del niño pongo Mariano Willka, natural de Wichiwa —replicó con firmeza Pinchi Camargo.

El juez de paz, sin dilación de tiempo, ordenó a su ayudante Abel Palomeque para que, utilizando el caballo en disputa, se trasladara a Wichiwa. A las dos horas, el hábil jinete se presentó en la puerta del juez, cabalgando el brioso corcel negro, portando en la grupa al niño Marianito Willka.

El niño indio, en una intervención escueta, manifestó:

—Kunan tutan mesata mastakunkinchis. Taitanchis Suparauran willawasun kaqlata pipan yana caballu kasqanta. Rantikamunkichis t'antata, gallitasta. Mishkikunata, t'ikaka pisqa colorchata. Qonqawaqchistaq incincuita, pichuwirata...<sup>1</sup>

Por orden del juez de paz, Jacinto Huayasamin, Pinchi Carmargo y Julián Román prorrataron los gastos que ocasionó tender la mesa. Entre todos solicitaron, bajo súplica, la casa de Pablo Chanka, donde se llevaría a cabo el contacto con tayta Suparaura.

A las nueve de la noche, la sesión nocturna se dio por iniciada con la siguiente secuencia: Había una teja enterita, colocada exprofesamente en el andamio de la casa, de donde salía abundante humo de la quena de la pichuwira, del incienso, del maíz amarillo y del llampu<sup>2</sup>. Mientras tanto, el niño indígena, haciendo gala de una fe y un sentimiento profundos, llamaba a tayta Suparaura por medio de cánticos ejecutados en un lenguaje desconocido, acompañándose, de rato en rato, por unos silbidos finos, silbidos sutiles, silbidos gratos y variados a imagen y semejanza de los pájaros que tienen su hábitat en el interior de Mall manya<sup>3</sup>.



En un momento dado, Marianito anunció que tayta Suparaura ya se encontraba en camino y próximo a llegar a la casa. También anticipaba que todos mantuvieran el buen humor, la serenidad y el recogimiento. Si alguien intentara alterar la completa lobreguez de la habitación, prendiendo el fósforo o la linterna, en el acto perdería la visión por el resto de su existencia.

Cerca a la única ventana de la casa, con toda nitidez, todos percibieron la presencia de un ave gigantesca, como el mismo chuchi<sup>4</sup> que batía formidablemente las alas. Por fin, Apu Suparaura ingresó al ambiente, luciendo una voz fina, muy fina, que correspondía a un caballero sabio, desenvuelto y refinado, profiriendo:

—Ave María purísima.

Todos los presentes, en coro, respondieron:

—Sin pecado concebida.

—¿Qué se le ofrece, señor juez? —preguntó Apu Suparaura.

—Se armó una completa confusión en torno al dueño legítimo del caballo negro que se encuentra en estos momentos en el corral de esta casa. Jacinto Huayasamin afirma ser el dueño legítimo y único del animal; por otro lado, Pinchi Camargo se obstina de ser el auténtico dueño del caballo negro —informó el representante de la ley.

Sin pérdida de tiempo, Apu Suparaura habló:

—El único y legítimo dueño del corcel negro es Jacinto Huayasamin. Este Pinchicha Camargo es un avezado ladrón que quiere confundirlos con sus falaces argumentos. Este es el último robo de este bribón; si volviera a cometer la misma falta u otra similar en contra de alguna persona inocente y honrada, yo le voy a sajar los huerfanitos<sup>5</sup> y después le cegaré la vida en la travesía de uno de los desfiladeros, por donde suele transitar constantemente de noche y nada más que de noche, porque es nictálope, un nictálope consumado. Quiere igualarse con Vivucha<sup>6</sup> y Atoqcha<sup>7</sup>.

Para tu conocimiento, señor juez, el caballo negro, después de haber sido robado, fue llevado por este sujeto marrullero en la compañía de tres yeguas y seis machorras con destino al río Pampas, donde unos comerciantes huamanguinos se interesaron por las yeguas y las machorras, menos por el caballo negro, a pesar de que el animal era hermoso, de aire distinguido y brioso; los comerciantes huamanguinos sintieron



desconfianza y temor para comprar el corcel, por las marcas que aquel llevaba en ambos muslos con las iniciales J. H.

El regreso de Pinchicha hacia Ancobamba fue de noche; se encontró con Julián Román en Kunturgasa<sup>8</sup> donde el primero entregó el caballo al segundo. Este, para evitarse complicaciones con el dueño legítimo del caballo y con las autoridades, se largó a las alturas de Caywachawa, directamente a la cabaña de su hermana mayor, donde retuvieron el animal durante mucho tiempo.

En la creencia de que la gente se había olvidado del caballo negro, Julián Román volvió a traer el animal a este lugar, sin prever que el destino le haría una mala pasada. El caballo negro posee, aunque a Pinchicha y a Juliancha no les guste, una asombrosa memoria; por eso, volvió a la casa de su primer y legítimo dueño.

El caballo será entregado a su dueño, o sea, a Jacinto. Como reparación a favor de Jacinto voy a fallar en la forma siguiente: Pinchicha entregará en estos precisos instantes los cincuenta soles que tiene en su bolsillo del saco. En cambio, Juliancha le va a recompensar a Jacinto con el toro ahumado que es arador, y que se encuentra en poder de Pablo Chanka.

Marianito, alcánzame el zurriago de Pablo Chanka que se encuentra debajo de la mesa que estás utilizando; Pinchicha y Juliancha recibirán el correctivo que se han ganado. Tienen que arrepentirse de las calaveradas que cometieron en contra de personas honorables e inocentes. Se acabarán los embrollos y los cambalaches.

—iAchakallao taytallay, wasachallayta kiricharpariwanki, manan suakusaqñachu astawanqa!<sup>9</sup> —gritaba hasta en siete oportunidades Pinchi Camargo.

—iAchakachallao taytallay, yayallay, yayallay, sikichallayta fatarparichiwanki, manan suakunawan tupasaqñachu, manan suakunawan tinkusaqñachu!<sup>10</sup> —aullaba hasta por cinco veces Julián Román.

También conozco al dedillo la historia personal de todos vosotros. La vida que merece la pena que trate brevemente en esta ocasión es la de Jacinto:

«Las primeras letras aprendió aquí en Pampallacta con el profesor Palacios. Al segundo año de primaria, su padre lo llevó a Tintay, donde fue discípulo del profesor apodado “Naranjón”. Enterado de la notable



predisposición para el estudio por parte del muchacho, su padre nuevamente se lo llevó a la capital del departamento, el año veintisiete.

En Abancay, sus maestros fueron Manuel Gustavo Manrique y José Huerta, quienes realmente no solo le transmitieron sus sabias enseñanzas, sino que le formaron su personalidad y le inculcaron que el hombre vale no tanto por lo mucho que puede saber, sino por sus nobles sentimientos, que deben estar dirigidos a la construcción de un mundo solidario y justo.

¿Recuerdas, Jacinto, cuando llegaste en 1930 al cuartel Maruri en el Cusco? Tu deseo de ser soldadito se frustró por la mala jugada que te hizo el mayor Mosquito, al que no le caíste en simpatía. Ni tu llanto de María Magdalena pudo conmovier al engréido oficial.

En esos momentos difíciles para ti, dos caballeros cusqueños sugirieron que te presentaras en la Escuela Militar de Chorrillos, que hacía llamamiento para oficiales. Por descuido tuyo perdiste una brillante oportunidad, que hubiera permitido que ostentes con el paso de los años el grado de general, porque cualidades y méritos los tenías suficientemente.

Al enrolarte como guardia republicano, en condición de contratado, se decidió tu viaje a Puerto Maldonado y luego a Iberia, ganando un sueldo de veinte soles mensuales por el tiempo de dos años. Al fenecer el convenio fuiste atraído por Acre, cuya capital Río Branco siempre fue fascinador para ti. ¿No sabes? Esta ciudad te brindó la segunda brillante oportunidad en la vida, con ocasión de tu asunción por apenas dos meses en el papel de explorador. El comportamiento inestable y febril operó en tu contra y aperturó otra estrella. Con posterioridad recorriste todo el Perú, palmo a palmo, que permitió que en 1950 tomaras la firme decisión de echar raíces en Abancay.

Ya son las cuatro de la mañana, afuera me esperan mis vicuñas, que son mis caballos, para que me trasladen a mi palacio real. Me despido cariñosamente de todos ustedes hasta una próxima ocasión. No se olviden de mí, de implorarme en el momento de brindar la chicha y el aguardiente. Vivan como hermanos y en la mejor armonía. ¡Ave María Purísima!



1. Llampu. Tiendan la mesa esta noche. El Dios Suparaura nos dirá la verdad acerca de quién es el dueño del caballo negro. Provéanse de pan, galleta, dulce...; no se olviden de las flores de cinco clases, de incienso, la grasa de llama...
2. Mallmanya. Polvillo que resulta de raspar dos clases de conchas marinas.
3. Uno de los nevados más elevados del departamento de Apurímac, que posee en su interior un microclima especial.
4. Chuchi. El jefe de los cóndores.
5. Huerfanitos. Testículos.
6. Vivucha. Criminal profesional que utiliza el machete en su trabajo.
7. Atoqcha. Otro personaje similar al anterior, muy temido en el departamento.
8. Nevado donde se puede ubicar al cóndor.
9. ¡Ay, qué dolor siento en la espalda, padre mío! ¡Me provocaste una herida! Juro que nunca más robaré a mis semejantes.
10. ¡Ay, padre mío!, me reventaste la piel en la sentadera. ¡Prometo no tener más contacto con los delincuentes, ya no congeniaré con ellos!

Federico Latorre Ormachea



## ¡Yo no quiero pues casarme, compadre!

**D**on Diego escapa del tormento que le tenían preparado, engañando a don Antonio, que resulta inocentemente atormentado en su lugar...

El infortunado don Diguillo Hucucha, convertido en una pelota dentro de la redcilla, se balanceaba en la rama del duraznero en flor, mientras el hortelano y sus tres hijos decidían el destino que iban a darle.

Y he aquí que, como en sueños, venía a presentársele su compadre don Antonio Atoj, que acababa de caer en la huerta, transponiendo en ágil salto la cerca cubierta de pencas de tuna.

No cabía duda alguna. Era él. Le cubría el enflaquecido cuerpo su inconfundible poncho color nogal, muy largo, y traía cubierta la cabeza con su estropeado sombrero de oveja, cuyas alas llevaba ligeramente levantadas a todo el contorno. Vestía, además, el mismo maltratado pantalón de jerga lleno de remiendos.

Don Diego lo miraba, tensa la atención, cuando con paso tranquilo y arrastrando levemente las ojotas de cuero de chivo, don Antonio vino a situarse justamente debajo del duraznero donde su compadre estaba colgado.

Y viendo al Diguillo en tan extraña situación, no tardó en exclamar lleno de asombro:

—¡Uyyy, cumpadre dun Diego! ¿Y quicosa tas haciendo allí?...

El Diguillo suspiró:

—Aquí pues, cumpadritoy... Aquistoy pues...

—¡Ave María Purísima, cumpadre! ¿Quicosa te ha socedido?

Y como por toda respuesta don Diego Hucucha no hizo sino suspirar otra vez, don Antonio volvió a inquirir con creciente estupor.

—¿Quicosa?... ¿Porquestas, cumpadre, colgando en ese dorazno?



¿Quién te ha metido su adentro la redecilla?

Tampoco pronunció palabra alguna don Diego. Entonces el zorro, meneando la cabeza, dijo:

—Uy, cumpadre Diego... ¡Achachau!... ¿Acaso eres dorazno?

Recién el Hucucha respondió con voz quejumbrosa:

—¡Ay, cumpadre dun Antonio. ¡Tú nu sabes pues, por quicosa m' está pasando estas cosas! —y gimió— ¡Ay, disgracia!...

—¿Cómo “disgracia”, cumpadre?

Don Diego suspiró hondamente por tercera vez y agregó:

—¡Ay, cumpadre! Es que nu quiero casarme pues con su hija del hortelano. Y por eso numas m'esta socediendo esta disgracia

—¿Quicosa, cumpadre? ... —inquirió mucho más intrigado aún don Antonio.

Y don Diego clamó:

—¡Yo nu quiero casarme pues, cumpadre! ... ¡A mí nu me gusta vida de casado!

—¿Quicosa?

—¡Claro pues! Yo nu quiero vivir boca arriba numás, metido la casa, servido por la mojer numás... A mí más bien me gusta andar cumo la pajaritos el monte, campo, chacras, caminando aquí p'alta todol tiempo.

Sin comprender un ápice de tan extrañas palabras del Hucucha, don Antonio volvió a exclamar:

—¿Quicosa? ¿Quicosa tas diciendo, dun Diego?

A lo que el ratón respondió con fingida cólera.

—¡Uy, cumpadre, cabeza de olla! ¡T'estoy diciendo “nu quiero casarme con su hija del hortelano”!

—¿Nu quieres casarte?

—¡Nu pues! ¡Por eso me ha colgau en este dorazno!

Don Antonio, al oír eso, quedose mudo. Y el Hucucha añadió suspirando y con resignación conmovedora:

—Ay!..., pero ¿qui voy a hacer pues? ¡Así sera pues mi suerte!



Entonces el Atoj, sintiéndose como iluminado de repente, dijo a gritos:  
—¡Jarai, dun Diego! ¡Qué disparate! ¿Y por qué nu quieres casarte?

—¡Yo nu quiero pues! ¡Nu quiero, cumpadre! —replicó violentamente el Diguillo.

Pero don Antonio meneó la cabeza sonriendo, e insistió.

—¡Qué disparate! ¿Quicosa mas pues quisieras tú estar casado, dun Diego? ¿Vivir tranquilo tu casa, echado boca arriba numás, sirviéndote la mujer?... Jaral, dun Diego, isonseras tas pensando!

—¡Nu quiero casarme pues!

Volvió a menear la cabeza el Atoj y luego prorrumpió en tono de franco reproche.

—¡Tché! ¡Dun Diego malagradecido!

—¿Cómo malagradecido, cumpadre?

—Claro pues —replicó el Atoj añadiendo enseguida:— ¡Yo ya también cómo quisiera estar tu lugar!

El Diguillo chilló entonces, hablando en quechua, con sinceridad convincente.

—¡Manaya munanichu! (¡Yo no quiero, pues!).

Don Antonio quedó un momento en silencio. Pero luego, francamente envidioso, exclamó otra vez en áspero tono de reproche:

—¡Ay, dun Diego! ¡Tas pensando sonseras! ¡Cumpadre, piensay alreves! —y añadió:— ¡Cómo ya quisiera estar más bien yo en tu lugar!

Pues, a juicio de don Antonio, no era para menos ver la suerte de don Diego. Y sin poder comprender la actitud del ratón, pensaba lleno de asombro: ¿cómo podía concebirse que aquel ingrato esperara todavía que le obligaran a casarse, metiéndolo en una redecilla, en lugar de correr a la boda, agradeciendo al hortelano por ponerle tan cerca la felicidad?

El Atoj no podía encontrar, por mucho que se esforzaba, ninguna explicación a tamaño acto de ingratitud, pensando en cómo él, en cambio, tenía que ambular sin descanso en busca del sustento, sorteando toda clase de peligros, hondazos de indios y escopetazos de mestizos, ladridos de perros e injurias de cholas. Y aquí, este su compadre Diguillo, tan torpe y desagradecido, despreciando una hermosa oportunidad de



vivir por siempre feliz. Francamente, don Antonio no podía sino sentirse envidioso, ya que a él jamás le había sonreído así la suerte, ni esperaba que lo hiciera.

Estaba don Antonio Atoj sumido en estas cavilaciones, cuando de repente le vino una idea. ¿Y si le propusiera a don Diego reemplazarlo en su afortunada situación? ¡Claro, pues! ¿Y por qué no? Él, don Antonio, aceptaría muy de plácemes casarse con la hija del hortelano, que seguramente era una chola buenamoza y trabajadora. Ya que si se casaba con ella, viviría en adelante tranquilo, descansando todo el día en un rincón de la casa, servido por su mujer, sin sobresaltos, ni tener que volver a vagar hambriento.

Animándosele súbitamente el rostro como iluminado por dentro, don Antonio gritó lleno de alborozo.

—¡Yastá! ¡Cumpadre don Diego! ¡Yo, yo me voy a casarme con su hija del hortelano!

Al oír esto, Diguillo estuvo a punto de estallar de alegría. Porque esta actitud de don Antonio y no otra cosa venía buscando mañosamente. ¡Pues esa era su única posibilidad de salvación! Y sin poder contenerse más, chilló:

—¡Claro pues, cumpadre don Antonio! ¡Ojala sería!

Y apenas oyó esto el zorro, temeroso de que fuera a escapársele tan bonita oportunidad, se apresuró a decir:

—¡Claro! ¡Y ahura, más bien hay que aporarse! Te voy a sacarte de su adentro la redecilla y tú ya también amarramé, tu lugar...

¡Yo me voy a casarme con su hija del hortelano!

El Diguillo suspiró aliviado.

—¡Ay, cumpadritoy dun Antonio! ¡Dius pagarasunqui! (Dios te lo pagará)

Entonces, y sin esperar más, don Antonio se puso en dos patas, descolgó del árbol la redecilla y liberó en un santiamén al Diguillo. Y apenas salió este de su encierro, fue a ubicarse de un salto dentro de la red, encogiéndose cuanto podía para que don Diego la cerrara fácilmente sobre él.



Así lo hizo el Hucucha, izando en el acto a don Antonio, y ató concienzudamente al duraznero en flor la sogá de que pendía la red.

Después de esto, don Diego Hucucha, sin pronunciar palabra, hizo una reverencia a su compadre, agitó una mano como toda despedida y se alejó rápidamente del lugar.

A todo esto, el hortelano y sus tres hijos acababan de acordar, tras larga deliberación, que el Diguillo debía ser apaleado hasta sacar la lengua. Y como era necesario señalar la hora de ejecución de la sentencia, el hortelano propuso que fuera después del paijo, o sea la primera comida indígena, a las nueve de la mañana, pues consideraba que tendrían que estar bien alimentados para zurrar convenientemente a don Diego. La propuesta del hortelano fue aprobada por unanimidad.

—¡Moy bien! —vociferaron todos a una—. ¡Paijo pasariyta! (¡Después del paijo!).

Y levantaron la sesión.

Dos horas más tarde, después de comer el paijo, consistente en suculento chupe de calabaza con carne de carnero, papas nuevas, habitas verdes y huacatay, servido en grandes escudillas de madera, el hortelano y los tres Juanes, armados de fuertes garrotes, se encaminaron hacia donde habían dejado al Diguillo colgado en la red.

Pero al llegar allí, esperando encontrar la figura breve y temblorosa de don Diego, el hortelano y los tres Juanes se dieron con tremenda sorpresa. Porque aquello que había en lugar del diminuto pernicioso, era un bulto grande de pelambre hirsuta que escapaba por los huecos de la redcilla y unas orejas descomunales empujando para arriba las ramas del duraznero.

El hortelano, que iba delante, abrió desmesuradamente la boca, y sus ojos estuvieron a punto de zafarse. No menos espantados, Juan Mayor, Juan Mediano y Juan Chico quedaron inmóviles. Hasta que por fin ulularon todos a una, dejando caer los garrotes.

—¡Uuuuuuu! ilmátaj huajri! (¡Y qué es aquello!).

El pobre hortelano llevaba la desorbitada mirada del bulto a sus hijos y de estos al bulto, musitando confundido:

—Pero... Si al Diguillo pues, hei dejau yo... ¿Y quicosa es aquello?... Todos estaban sumidos en profundo silencio.



De repente, Juan Mayor, hablando en voz que parecía salir de una tumba, guturó:

—¿O habrá crecido la cumpadre Diego?

—Capaz... —farfulló entonces Juan Mediano. Y Juan Chico no hacía sino taparse la boca.

Hasta que por fin, repuestos poco a poco de la impresión y animándose unos a otros, fueron acercándose cautelosamente a examinar el extraño bulto. Pero lo que consiguieron con ello fue solo aumentar su estupor hasta lo indecible. Porque el extraño aquel, metido en la redecilla, ino era otro que don Antonio Atoji!, pero en una actitud por demás extraña, todo humilde y compungido, aunque en sus ojos parecía resplandecer cierta alegría.

El cómo don Antonio había ido a parar allí en lugar de don Diego era cosa que el hortelano y sus tres hijos tenían que atribuírselo al diablo. Pero, como lo reconocían del todo, recogieron en el acto los garrotes y avanzaron resueltamente hacia él, gritando los cuatro a la vez.

—¡Condenau! ¡Y quicosa tas haciendo allí tú!

Don Antonio, que no esperaba gesto tan poco amistoso, tembló como azogue.

—¡Condenau! —volvieron a gritar el hortelano y sus hijos. Y le aplicaron la primera tanda de garrotes.

Ante tal proceder el Atoj, pensando que sus agresores seguramente creían que se iba a negar a casarse con la hija del hortelano, y dispuesto por lo tanto a poner cuanto antes término a tan innecesaria y algo tosca manera de convencerle a ir a una boda, gritó a plenos pulmones:

—¡Yo, yo me voy a casarme con tu hija, siñorcito dun hortelano.

—¿Quicosa? —aulló indignado el hortelano.

Don Antonio repitió, en quechua, con toda entereza.

—¡Casarasájmi ususiyquíhuan! (¡Me voy a casar con tu hija!)



—¡Quicosa, atrivido, opa! —aulló otra vez el viejo.

Y simultáneamente nueva lluvia de garrotes cayó sobre don Antonio. El desdichado volvió a clamar con la mayor inocencia.

—¡Si, señorcito dun hortelano! ¡Sí... ¡Yo me voy a casarme pues con tu hija!

Considerando entonces como excesiva insolencia tamañas palabras en boca del Atoj y dichas a gritos desaforados, el cholo hortelano, demudado por la cólera, hubiera querido mascar al osado. Porque, según pensaba, evidentemente aquel vagabundo, vulgar ladrón de gallinas, tenía el propósito de burlarse de él.

—¿Quicosa has dicho, so disgraciau? —inquirió por tercera vez, con mezcla de incredulidad y furor.

Pero don Antonio, emitiendo un lastimero gemido, insistió:

—¡Casarasájmi ususiyquíhuan! ¡Pur Dios! ¡Ya nu me pegues más, entonces, papacito!...

—¿Quicosa?...

—¡Cierto numás pues, t'estoy diciendo! ¡Yo me voy a casarme con tu hija!

Al oírle decir esto, ya no podía caberle al hortelano duda de que el bellaco se había propuesto mofarse de sus canas. Por lo tanto, furioso y resoplante, reinició la paliza, aplicando al pobre don Antonio tantos garrotazos como podía, eficazmente secundado por sus tres hijos.

Concienzuda fue la zurra y muy justificados los aullidos de dolor del desventurado Atoj, hasta que afortunadamente para él se rompió la red a causa de la cantidad y reciedumbre de los garrotazos, permitiéndole escapar del tormento.

Don Antonio dio en el suelo estrepitosamente. Se puso en pie en el acto y zafó, en precipitada fuga, perdiéndose por encima de la barda de tunas, sin que pudieran ya alcanzarlo piedras, ni juramentos.

Despavorido, apenas transpuso los límites de la huerta, se lanzó a campo traviesa, volviéndose apenas a mirar atrás, y solo para asegurarse de que sus improvisados enemigos no le seguían.



Jadeante, adolorido, con las costillas quebradas, se detuvo por fin en una despoblada colina, desde donde podía divisar como difuso rectángulo verde oscuro la huerta de su triste aventura.

Agobiado por la cólera y la impotencia, pues de pronto se daba cuenta de haber sido malamente engañado por don Diego Hucucha, tragó saliva para refrescarse la garganta y abatió la cerviz. ¿Qué otra cosa podía hacer? Porque en su ignorancia no se daba cuenta de una cosa: tanto ayudan la mentira y el engaño a las almas pequeñas que se ven en desgracia como de nada sirven la astucia y el aprovecharse de las circunstancias a gentes que obran por envidia o por ambición.

Habría podido tenderse bajo una ancha cabuya que tenía a su lado. Pero no lo hizo, porque prefería estar de pie, para maldecir al culpable del terrible percance que acababa de ocurrirle, jurar de pie que castigaría cualquier día a su desleal compadre don Diego.

¡Ay! ¡Malvado, malvado compadre Diguillo —gimió fuera de sí.

Y enjugándose el sudor con una punta del poncho, añadió amenazador, hablando en quechua:

—¡Jaiii! Tupaytája tupallasunchismi, dun Diego! (¡De volvernós a encontrar, tenemos que encontrarnos, don Diego!).

Y, juró, lagrimeando, echarse a buscar desde ese momento al Hucucha, hasta encontrarlo, aunque estuviera escondido en el último hueco del mundo, para castigarle por lo que le había hecho.

Pensando en ello y en lo que haría con don Diego, sacudía vigorosamente la cabeza, diciéndose a sí mismo:

—¡Ay! ¡Pero, cuando lo encuentre sí, tendré que comermelo numás ya!...

Y echando una última mirada hacia aquella odiosa huerta de su amarga aventura, tomó por un atajo alejándose, todo cabizbajo y el rabo entre las piernas.

Manuel Robles Alarcón



## Por una letra

**E**ran los exámenes de fin de año. Con la solemnidad que demandaba la ocasión, instalose el severo y exigente jurado, compuesto por el señor director, el profesor del año superior y mi maestro de primeras letras. Lucían impecables en su majestuoso pupitre; abajo, los niños curioseábamos nerviosos; no podíamos espantar ese nudo abusivo que nos oprimía la garganta, y nuestros ojitos se llenaban de preguntas sin respuestas.

Nos dieron muchas instrucciones y recomendaciones, que entendíamos y no entendíamos, pero que teníamos que decir que sí habíamos comprendido. Y comenzaron los exámenes.

Después de varios compañeros llegó mi turno. Saqué la balota, y, conforme a su contenido, me preguntaron de esto y de aquello. Como había respondido con mucha seguridad, tenía la confianza absoluta de que sería aprobado y que pasaría al siguiente año. Casi me sentía feliz. ¡Qué contentos se pondrían en casa! Mi padre se tomaría unos cuantos tragos de puro gusto con los amigos. Las vacaciones ya nos aguardaban impacientes a la vuelta de diciembre.

Efectivamente, el jurado pareció satisfecho con mis respuestas; pero, antes del fallo final, interpúsose mi maestra, afanada en una prueba adicional, la de lectura oral, que yo, en realidad, no la temía, porque desde los albores del abecedario fue mi inseparable compañera. Claro que por entonces todos los pequeños de la “Transición” nos enfrentábamos a las barreras de algunas pronunciaciones difíciles, pero no había por qué preocuparse. Después de todo, el calificativo de la lectura no tenía por qué influir en el promedio final.

—¡Aquí tiene usted el libro! ¡Abra la página número tanto! —resonó la voz estentórea e imponente de mi maestra en la inmensidad del aula.

Confiados y tersos, mis ojos y labios deslizaronse por la cadena sugestiva de la lectura. Amorosamente iba retirando el cendal de la forma, saboreando, una por una, las palabras galanas y sonoras, tiernas y dul-



ces, como recién nacidas con el canto auroral de la mañana solariega. Rápido y rítmico, avancé, pues, cuatro o cinco renglones. Mis miradas solazábanse en los senderos de la página multicolor. Todas las letras se me rendían incondicionales. Ya casi me sentía un triunfador..., hasta que mis ojos vislumbraron en lontananza a esa intrusa que siempre nos ponía en aprietos y a la que la mayoría de los niños teníamos pavor. Por eso me armé de valor y avancé decidido a su conquista. Ahora o nunca, me dije... Tomé impulso, hice un esfuerzo supremo, jalé aire, vibró mi cuello, pero toda fantasmal, la terrible “erre” se diluyó, anémica y espectral, en una raquítica “ye”, y ya no pude pronunciar las demás palabras compuestas con aquella letra. Allí fue la tortura de mis ilusiones primerizas. Allí fue el triunfo sádico de mi maestra, que parecía gozar con mi derrota:

—¡Lea claro, alumno! ¡Como hombre!...

Su voz tronó en el aula. Mil silencios se acurrucaron por los resquicios, los rincones, el piso y el cielorraso cubierto de telarañas. Quedé inerme, y ya no pude seguir leyendo.

—Bien, eso es todo. Puede retirarse —agregó mi maestra.

Era descomunal la maestra de primeras letras. Agobiaba a los pequeños. Sus miradas hablaban por ella. Decían que era señora, pero le gustaba que le dijéramos señorita.

El jurado púsose a deliberar. Consumió los minutos analizando virtudes y defectos. Yo tenía a mi favor el hecho contundente de haber respondido bien a todas las preguntas; además mi lectura había sido clara, cadenciosa, llena de luz y calor; solo la “erre” era inexpugnable, pero eso ya no era cuestión de saber o no saber. Por eso, aunque sonora y amigable, también funcionaba como eficaz cómplice de la maestra cuando se trataba de desaprobar por gusto. Entonces la barbarie de las dos acababa imponiéndose en el veredicto del tribunal.

Así pues, lo que tenía que suceder llegó. Con voz de calma forzada, soltando con particular énfasis las palabras, mi maestra completó su faena y me disparó el tiro de gracia:

—Usted ya está grandecito, y es una vergüenza que no pueda leer. Lo siento mucho... Está usted desaprobado... ¡De-sa-pro-ba-do!... Hemos terminado... Puede salir...

¿Qué encontrarían sus miradas en mi cabeza cuando volteé las espal-



das, rumbo a mi carpeta?

La sentencia del honorable y sabio jurado fulminó mi resistencia de niño. La alegría de aquella mañana se evaporó por mis ansias, y lento, muy lento, abandoné el aula. El ruido de mis llanques ocultaba el zumbido apenas audible del microbio que roía carpetas, pizarra, pupitres, registros y actas de promoción con tinta azul y roja.

Cuando llegué a mi casa, ya la noticia me había ganado. Mi madre, junto al fogón de la cocinita con techo de paja, hacía como que lloraba por la leña verde. Mi padre se estuvo un largo rato con los ojos cerrados; en seguida, reanimose, sacudió violentamente la cabeza de un lado a otro, sacó de su pecho un poco de su abundante ternura y me lo dio de beber en el mate de sus manos juntas:

—¡No importa, hijo! Adelante nomás.

Y se salió a la calle para embriagarse de impotencia, de rabia y de vida.

Daniel Lozano Alvarado



# La lorera desaparecida

**H**abía una jovencita que se dedicaba a cuidar los maizales, espantando a los loros para que no se comieran los choclos. Siempre que se encontraba sola, se ponía a llorar, desesperadamente quejándose de su suerte.

Una mañana se le apareció un joven gallardo, montando un hermoso caballo, ensillado con montura y estribos de oro. La jovencita se asustó al principio, pero al oír las palabras dulces del joven recobró su serenidad.

El joven le ofreció hacerla su esposa y colmarla de riquezas, y le pidió que subiera al anca del caballo y que cerrara los ojos. El caballo tomó el camino de la laguna, y se internó poco a poco. Cuando la jovencita abrió los ojos, se encontró en un rico palacio, todo de oro. El padre de la muchacha, extrañado por la ausencia de su hija, la fue a buscar en la chacra; pero por más que la llamó, no logró descubrir su paradero.

Todos los días iba el padre a inspeccionar los “tragaderos de la laguna”, por si hubiera perdido el piso su hija y se hubiera hundido, mas no encontró ninguna huella. Una mañana de primavera el padre madrugó a “mudar el ganado” y vio a la orilla de la laguna a una señorita muy bien vestida y adornada con ricas alhajas de oro; la rara joven se peinaba en una bandeja de oro. Se acercó, y descubrió que era su hija. La quiso aprisionar, pero en cuanto notó ella la presencia del padre, se arrojó a la laguna y desapareció.

Luego que volvió al pueblo refirió lo ocurrido al cura; este le dijo:

—Lleva una soga de cerda y páséala.

Así lo hizo el padre a la mañana siguiente. En efecto, allí estaba su hija como el día anterior. Con mucho cuidado se puso cerca, y arrojando la soga de cerda la capturó. La muchacha no tuvo más remedio que seguir al padre. La presentó al cura, quien después de rezar una oración



le echó agua bendita. La muchacha estaba loca. Un día que la encerraron en la iglesia logró huir, y no la encontraron ya más; se cree que ha vuelto a su palacio dorado en el fondo de la laguna de Pomacochas.

Francisco Izquierdo Ríos



# El condenado

Un arriero que traía de Ayacucho cuatro cargas de plata a lomo de mulos, por encargo de su patrón, se alojó en las inmediaciones de Izcuchaca (Huancavelica), en un lugar denominado “Molino”, de propiedad del señor David, quien tenía su cuidador; este muy de madrugada, mientras el arriero cargaba el cuarto mulo, hizo desviar una carga y arrojó solo al animal.

Mientras el cuidador se repartía el dinero con el propietario del sitio, el arriero iba desesperado con su desventura a costas, puesto que para reparar la pérdida tenía que trabajar el resto de su vida, y tal vez hasta sus descendientes, impetraba de rodillas a los causantes quienes por la codicia del dinero tornándose indolentes y sordos al clamor el pobre indio cuyas inocentes lágrimas llegaron hasta el cielo en procura de la justicia divina.

Al poco tiempo murió el cuidador del “Molino”, su mujer y su hijo. Aquel por ser el culpable directo se condenó, es decir, arrojado “alma y cuerpo” de la vida ultraterrena, debía refugiarse por entre los montes tomando la forma de un animal con cabeza humana gritando de vez en vez: David devuelve la plata... Inclusive creen que por causa del humo don David, dueño del molino, que aún vive, sufrió de parálisis en sus piernas.

Algunos indios astutos aprovechan de esta superstición del “condenado” para llevarse, en época de cosecha, un poco de cereales de las eras.

Tradición popular



## El sapo de piedra

**S**e sabe que en un pueblecito pasqueño, hace ya muchísimos años, vivía una anciana de tétrica figura, siempre trajeada de negro, que era dueña de una chacra a las afueras del pueblo. A la llegada de cada cosecha, debido a extrañas y mágicos conjuros que realizaba diariamente, obtenía considerables cantidades de grandes y harinosas papas, en tanto que sus vecinos, solo ralas, pequeñas, aguanosas y agusanadas. Nadie comprendía el porqué de este prodigio; es más, como no habían podido arrancarle una sola palabra, vivían intrigados acerca de su identidad.

Así las cosas, a la llegada de la cosecha de aquel año, nuevamente las papas más abundantes y hermosas fueron para ella. Los vecinos, con la mirada torva e inconforme, veían cómo la anciana almacenaba las enormes papas en su gigantesca troje.

Una noche, mientras la vieja dormía, un sapo de enormes proporciones y repulsivo aspecto que había logrado introducirse en el hórreo, comenzó a devorar aquellos apetitosos tubérculos. El escandaloso ruido que hacía al comer despertó a la irascible mujer, que, al sorprenderlo, pronunció fuera de sí enérgicas y cabalísticas palabras en un extraño idioma que nadie conocía; luego se echó a soplar con todas las fuerzas que le daba su esmirriada naturaleza, abultando sus carrillos, rugosos y flácidos como un globo descomunal; al momento —clímax de sortilegio—, un silbante viento huracanado se desató sobre el poblado destechando casas y arrancando árboles desde sus raíces. El sapo, causante de la ira satánica, voló por los aires a muchísimas leguas de distancia hasta quedar colgado de una gigantesca roca, donde permanece hasta ahora, pero ya convertido en piedra. Recién las gentes comprendieron que la vieja de las negras vestiduras era una bruja malvada que poco tiempo después, al sentirse descubierta, huyó del pueblo una noche que los perros inundaron de sobrecogedores aullidos al poblado.

<https://pueblomartir.wordpress.com/2015/06/22/el-sapo-de-piedra-cuento-popular/>



# La Mama Galla

**H**oy os pongo una leyenda peruana, que según cuentan dice así: Mama Galla era una mujer que vivía en lo alto del camino de Canta a Huamantanga, y ofrecía, a todo viajero que pasaba por la puerta de su casa, comida a base de carne con la que les engañaba. Tenía la mujer una hija y dos nietos a los que cuidaba apartados del lugar donde agasajaba a los viajeros, para que no tuviesen conocimiento de sus malas artes. Pero un día en el que les faltaba la comida y hacía días que no pasaba ningún viajero, decidió matar a su hija.

Ocurrió que los nietos no la dejaban sola ni un momento, entonces les dijo que fuesen a traer agua en una cesta. Los chicos se negaron aduciendo que no se podía traer agua en una cesta. Entonces la abuela les dijo que pusieran piedras pequeñas en los agujeros de la cesta para tapparlos, con el objetivo de que tardasen más tiempo y así poder cometer su crimen.

En el momento que los chicos salieron hacia el río, la Mama Galla llamó a su hija y cuando esta se le acercó la degolló. A continuación se bebió su sangre, la descuartizó y echó los pedazos en un olla grande —una pampaña—.

Cuando los chicos regresaron y preguntaron a la abuela por su madre, esta les dijo que había ido a pastar con el ganado, y que regresaría al día siguiente, pero los trozos de la madre, desde la olla, con el calor del fuego, decían:

—Hijos del alma mía, escapad y dirigíos al cielo, que yo os ayudaré.

Los chicos, al oír la voz de su madre, se ingeniaron la manera de huir. Le dijeron a la abuela que les enseñara el truco de poner las piedras en la cesta, y durante el recorrido hacia el río se escondieron, regresaron corriendo a la casa y cogiendo los restos de su madre emprendieron la huida.



Cuando la abuela estaba a punto del alcanzarles, el arcángel san Miguel les mandó una cadena para que subieran por ella. La vieja también alcanzó a coger el extremo de la cadena, pero un pájaro —el acallo— la cortó con su pico, y la vieja comenzó a caer gritando:

—¡Compadre zorro! ¡Compadre zorro!, tiéndete en el suelo para que al caer no me haga daño.

Pero al caer al suelo la cruel abuela, se convirtió en una laguna, y la laguna la ahogó.

También dice la leyenda que la laguna existe, y que en medio de ella hay una piedra a la que llaman Mama Galla.

El final de la leyenda se produce con la huida mágica de los niños al cielo, protegidos por diversos animales.

Publicado por Juan Andrés Caballero *Cuento de Navidad*  
<http://www.eloraculodeltrisque.com/2011/04/la-mama-galla.html>



# Pleito entre el Pucupucu y el Gallo

I

**P**ucus, pucus, pucu. Cantaba el Pucupucu todas las madrugadas. Tenía la misión de dar la bienvenida al nuevo día. Rendir culto al padre universal, el Sol, a su salida, era su deber. Durante siglos, sus antepasados habían hecho lo mismo. Su vida sencilla y sobria transcurría en el campo. Buscaba sus alimentos entre los granos de la pradera. Nadie había perturbado su tranquilidad e independencia campesina.

II

Una mañana le sorprendió escuchar una voz estridente:

—¡Cocorocó! ¡Cocorocó! ¡Cocorocó!

Era el extranjero, Werajocha, que le disputaba su derecho de anunciar la llegada del nuevo día. La mañana siguiente se repitió el canto del Qoqoruchi. Ya era intolerable esta situación.

III

Pucupucu estaba en la obligación moral de hacer respetar la tradición de sus antepasados. No podía permanecer indiferente por más tiempo. Se decidió a buscar al usurpador de sus derechos. Se encaminó enseguida en busca del Gallo.

Lo encontró y le expuso el objeto de su visita:

—Mi misión es la de anunciar el amanecer de cada día. Nadie tiene derecho a hacer lo que me toca. Esa ha sido la costumbre de mis antepasados. Usted, señor Qoqoruchi, no debe cantar en las mañanas.



El gallo como única respuesta sacudió sus alas, alargó el cuello y lanzó un grito enérgico:

—¡Cocorocó!

La disputa fue acalorada. Ninguno cedía su derecho al canto mañanero. Al fin acordaron llevar su queja a conocimiento de las autoridades del pueblo más próximo.

#### IV

Pucupucu entonó la mañana siguiente su acostumbrado canto:

—Pucus, pucus, pucus...

Era el anuncio de que emprendía el viaje a la ciudad. Iba a exponer su queja ante el Juez. Estaba seguro de obtener la justicia.

El Gallo, por su parte, emprendió también el viaje, pero tuvo que hacerlo por tierra, caminando. Llevaba provisiones suficientes para algunos días. Confiaba ganar el pleito con su arrogancia y buen tono de caballero. A la vera del camino le salió al encuentro un Ratón.

—Werajocha —le interrumpió—. permítame pedirle un favor.

—Diga su demanda —repuso el Gallo.

—Tenga la bondad de favorecerme con un poco de alimento para mis hijos que sufren hambre.

—Lo siento mucho. No puedo acceder a su demanda. Voy a la ciudad a sostener un pleito, y no sé si mis provisiones me alcanzarán.

Insistió suplicante el Ratón:

—Si usted tiene asuntos judiciales yo puedo ayudarle eficazmente. Tengo experiencia y estudios especiales al respecto.

Con su insistencia y zalamería, convenció al Gallo y obtuvo un poco de cancha, pero tuvo que acompañar al nuevo amigo que consiguió.

Se presentó una dificultad en el camino. Había un río difícil de atravesar. El Gallo se quedó perplejo ante este inconveniente pero el Ratón le enseñó la manera de pasar el río. Tomó unas pajas y yerbas, formando un bulto lo empujó al río y se prendió. Pataleando consiguió ganar la orilla del frente, aunque tuvo que dejarse llevar un buen trecho. El Gallo hizo lo mismo y pasó el río. Con esta acción se ganó la confianza del Gallo.



## V

El Gallo y el Ratón llegaron al pueblo cuando el Pucupucu ya descansaba y distraía el tiempo con un amigo que le daba consejos.

Media hora después, los recién llegados, Pucupucu y el Gallo, acompañado del Ratón, estaban ante el señor juez.

—Señor juez —expuso el Pucupucu—, yo tengo el derecho de anunciar la llegada de cada nuevo día con el canto. Mis antepasados hicieron lo mismo desde tiempos inmemoriales. Ahora este señor Gallo, un extranjero recién llegado, trata de usurparme mi derecho.

—Bien, presente su demanda por escrito —dijo el juez.

El Gallo por su parte expuso:

—Señor juez, yo he adquirido el derecho de cantar al amanecer del nuevo día por los esfuerzos personales de mis padres en la conquista de este país.

—Presente su alegato por escrito —volvió a decir el juez.

Asintieron ambos y fueron a buscar a quien les haga el recurso en el respectivo papel.

## VI

Una hora más tarde, los quejosos de ambas partes volvieron al juzgado llevando sus recursos escritos. Pucupucu entregó su papel.

—...Está bien —advirtió el juez.

El Gallo, por su parte, entregó también su recurso.

—Bien, dijo el señor juez—, debo anunciarles que mañana a la hora del despacho se verá y resolverá vuestra demanda, pero es necesario que ustedes no molesten al vecindario con jaranas ni escándalos, como acostumbran hacer los que vienen del campo. Yo observaré si efectivamente son exactos en anunciar el amanecer del nuevo día. Espero que todas las señales las den a la hora exacta.

Al decir esto hizo ver su reloj.



## VII

Al retirarse, dijo el Ratón al Gallo:

—El juez tiene reloj. Es necesario que consigamos un reloj, para que cantes a las horas exactas, como ha advertido la autoridad. Si no hacemos eso, el pleito está en peligro de perderse.

En seguida buscaron el reloj, y lo consiguieron después de vencer algunas dificultades.

En el alojamiento, cuando ya era de noche, el Ratón volvió a tomar la iniciativa diciendo:

—¿Qué te parece, Gallo, si voy a sustraer el recurso del indio y lo hago desaparecer?

—¡Magnífico! —repuso el Gallo.

El tinterillo fue al juzgado, entró por un hueco, subió a la mesa, arrastró el papel hasta llevarlo detrás de unos cajones y lo ratoneó hasta hacerlo añicos. Pronto regresó y dio cuenta de lo que había realizado.

Luego volvió a proponer:

—¿Qué te parece si ahora voy y le robo la copia que Pucupucu debe tener en su equipaje?

—¡Espléndido! —dijo el caballero.

Y el Ratón fue al alojamiento del Pucupucu. Lo encontró durmiendo tranquilamente. Entonces le buscó el atado y consiguió sacar la copia y llevarla para destruirla a la vista del Gallo.

## VIII

—¡Pucus! ¡Pucus! ¡Pucus!...

Cantaba el ave del campo cada vez que despertaba, y creía que era oportuno.

Mientras tanto el Gallo y el Ratón estaban consultando el reloj. A las cuatro de la mañana en punto, el español comenzó a cantar.

—¡Cocorocó! ¡Cocorocó! ¡Cocorocó!

A las cinco y a las seis hizo lo mismo.



## IX

A la hora del despacho, como había ordenado el juez, comparecieron los litigantes sobre el derecho de hacer amanecer.

Sentado ante una mesa antigua llena de papeles, un tintero y un crucifijo encima estaba el juez.

Solemnemente, con voz firme y afectada, la autoridad requirió:

—¿Quién es el demandante?

—Yo, señor juez —dijo el Pucupucu.

—¿Dónde está su escrito? —preguntó.

—Le entregué ayer a usted. Lo puso sobre la mesa.

El juez buscó, y no lo encontró.

—No está aquí —le dijo—. ¿No tiene usted la copia?

—Sí debo tenerla —repuso con alguna esperanza el Pucupucu.

Buscó su atado, y no halló la copia. Se desesperó el indio, pero no estaba el papel.

Entonces el juez volvió al Gallo y le dijo:

—¿Dónde está su recurso?

—Debe de estar en su mesa, señor juez.

El juez encontró inmediatamente el papel y lo leyó.

—Muy bien —dijo y prosiguió— Usted ha dado las horas con exactitud y su recurso está en forma.

Y refiriéndose al Pucupucu le dijo:

—Usted ha molestado con sus cantos a toda hora, a pesar de mi advertencia. Así siempre son los indios que vienen del campo. Se emborrachan y fastidian. Además no tienen sus papeles en su lugar. Luego, declaro, a nombre de la ley, que el señor Gallo es el que tiene el derecho de dar las horas, con su canto sonoro, todas las mañanas.



## X

Así perdió el Pucupucu su derecho legal a saludar a la llegada del nuevo día.

Desde entonces, el Gallo es muy cuidadoso y engreído en la casa de los caballeros; come buenos granos de arroz, maíz, trigo, etc. Mientras el pobre Pucupucu vive en el campo, abandonado a la intemperie, sin casa, sin abrigo ni alimento seguro.

## XI

¡Pucus! ¡Pucus! ¡Pucus!. Siguen cantando ahora muchos Pucupucus en el campo. Esperan el amanecer de un nuevo día muy alegre. Acarician la esperanza de ver alumbrar el Sol de la justicia para todos. ¡Ese día ha de llegar! No lo dudan los Pucupucus del mundo.

Julián Palacios Ríos



# Malccoy

I

Si bien es cierto que el cautiverio ha hecho degenerar la raza indígena, dejando caer denso velo sobre sus facultades intelectuales, que al presente parecen adormidas en la atonía, no menos verdad es la de que en sus épocas primaverales, los indios dejan correr un tanto aquel funesto velo, y como quien vuelve a la alborada de la vida se entregan a las fiestas tradicionales de sus mayores.

Una de esas es el malccoy. ¡Traduciendo libremente al castellano esta palabra, digamos: la juventud con sus umbrales encantados de amor y de ensueño; la primera ilusión del niño trocado en hombre, la primera sonrisa intencionada después del reír de la felicidad, que no deja cuenta clara para quien se reconcentre en su examen psicológico.

¡Malccoy! Infinitas veces hemos asistido a estas fiestas campesinas, compartiendo la sencilla alegría de nuestros compatriotas, sentados sobre el surco abierto por el arado en tierra húmeda, apagando la sed, en igual vasija de barro legendario, con la chicha de maíz y cebada elaborada por la feliz madre del malccoy, allá en esas poéticas praderas del Cusco; así se llamen Calca, Urubamba o Tinta. Los nombres de aquellos indios casi los podríamos apuntar, tan frescos viven en la mente. Pero entre ellos descuellan los de una pareja que aún vive resignada y feliz tras la cima de los Andes, allá muy al otro lado de las saladas aguas del mar. Su historia no es un secreto, y narrarla voy, ofreciéndola como el fruto de nuestras observaciones.

II

Conviene saber lo que es un malccoy para la ordenada narración de esta leyenda.

Todos los jóvenes varones que frisan ya en los dieciséis años están obligados a correr la carrera del malccoy (pichón).



Los padres se afanan y los hijos llevan la mente abstraída, desde uno o dos meses antes, con la idea de la carrera.

Generalmente se elige la época de los sembríos o de la cosecha para hacer la carrera, al finalizar las labores consiguientes.

Se reúnen todos los mocetoncitos de un ayllu, entrados en la edad, y el más caracterizado de los indios, que ya está por lo regular jubilado de cargos, elige los dos que han de ser el malcco y para correr la carrera: el que la gana, ha de casarse aquel año.

Figúrese el lector los aprietos de los mancebos que ya tienen el corazón en cuerpo de alguna ñusta.

Su felicidad queda a merced de la pujanza de sus pies y pulmones.

### III

Pedro y Pituca, nacidos en chozas vecinas, desde los tres años al cuidado de las manadas de ovejas, habían crecido compartiendo el pobre fiambre de mote frío y chuño cocido al vapor, corriendo campos iguales y contándose cuentos al borde de las zanjas festonadas de matecllos y de grama. Allí, en esos bordes, aprendieron tanto los tejidos de sus hondas como el hilado de los vellones que caían en el tiempo de la trasquila.

Ya no eran niños.

Pituca, aunque la menor, entró la primera en la edad de las efervescencias del alma que suspira por otra alma. Sus negros ojos adquirieron mayor brillo y sus pupilas respiraban fuego.

Pedro, tal vez más tranquilo, comenzó a ver que solo al lado de Pituca se sentía bien, y los días de faena, en que tenía que suplir a su padre e iba al pueblo, taciturno y caviloso, respiraba por la choza, por la manada y por la zanja.

¡Pituca!, se decía al tomar la ración de coca ofrecida por su cacique, en cuyos campos labraba, sin otra recompensa. ¡Pituca!, al mirar las llicllas coloradas y de puitos verdes tramados con vicuña que lucían las esposas del alcalde o del regidor de su ayllu.



Un día, sentando a Pituca sobre su falda:

—Urpillay —le dijo—. Mi padre, mi hermano mayor, el compadre Huancachoque, todos tienen su mujercita. ¿Quieres tú ser mi palomita compañera? Yo correré el malcco y este año, ¡ay!, lo correré por ti, y si tengo tu palabra, no habrá venado que me dispute la carrera.

—Córrela, Pedrucha —contestó Pituca—, porque yo seré buena mujercita para ti, pues dormida sueño contigo, tu nombre sopla a mi oído los machulas de otra vida, y despierta, cuando te ausentas, me duele el corazón.

—Escupe al suelo —respondióle Pedro abrazándola, y aquel compromiso quedó sellado así.

Los maizales verdes esmeralda se tornaron amarillos como el oro.

El balido de las ovejas y el bufar de los bueyes, los nidos de palomitas cenizas multiplicados en las ramas de los algarrobos, las retamas y mámanos anuncian en aquellos campos que ha llegado la estación del otoño: los tendales se preparan para la cosecha, el agricultor suspira con inquietud codiciosa y las indiecitas casaderas comienzan a componer las cantatas del yaraví con el cual han de celebrar el malcco.

Es el día de la faena.

Los mayordomos, cabalgados en lomillos puestos sobre los lomos de vetusto repasiri mayordomil, que de estos hay dos o tres en las fincas, recorren al galope las cabañas. Suena la bocina del indio segunda y pronto los prados se cubren de indios que llevan la segadera y la coyunda con asa de fierro lustroso.

Son los alegres afanes de la cosecha. Terminado el recojo de las mieses, viene luego el malcco. Aquella vez eran las planicies de Hatuncolla, en la finca de mi padre, las que servían de teatro a las poéticas fiestas de esos buenos indios. Comenzaron a llegar las indias acompañadas de sus hijas. En el solar de la izquierda, llamado Tinaco, se reunieron los varones para la designación de los malccoys.

La voz unánime señaló a Pedro y a Sebastián. Este último era un indiecito de carrillos de terebinto, trenza de azabache y mirada de cernícalo. En la comarca no le designaban con otro nombre que con el de Chapacucha, y tenía como tres cosechas de más sobre la edad de Pedro.



Chapacucha llevaba el alma enferma: su dolor casi podía distinguirse a través de la indiferencia con la cual se adelantó de la fila cuando escuchó su nombre.

Toda la alegre comitiva se fue derecho al campo de Hatunccolla. Al salir, se cruzó entre Pedro y Sebastián este breve diálogo:

Sebastián: ¿Tienes tu novia aquí?

Pedro: Presente y muy hermosa. ¿La tuya?

Sebastián: Duerme en el seno de Aüpamama. Murió la pobre de pena cuando me llevaron en la leva para servir de redoblante en el batallón 6.º de línea, dispersado en las alturas de Quilinquilin.

En aquel momento llegaron al lugar donde aguardaban las mujeres. La mirada de su madre produjo ligera reacción en el semblante de Chapacucha, y con rapidez prodigiosa quedaron él y su contendor, adornados con la lliclla colorada, terciada como banda, un birrete de lana de colores y ojotas con tientos corredizos. Se midió la distancia, la señal de la bocina sonó y los dos mancebos se lanzaron al aire como gamos perseguidos por tirano cazador.

#### IV

Pituca tenía el corazón en los ojos. Llevaba pendiente del brazo una guirnalda de claveles rojos y yedra morada, como las llevan casi todas las mujeres para coronar al ganancioso.

Veinte pasos más, y Pedro traspasó el lindero. La victoria quedó por él. Chapacucha, con calmosa indiferencia, fue el primero que abrazó a su vencedor diciéndole al oído: “Tuya es, pero ime duele por mi madre”.

La algazara no tuvo límites; coronas, flores y abrazos fueron para Pedrucha, a quien preocupaba un solo pensamiento. Pituca tardaba en abrazarlo porque es usanza aguardar que lo hagan los mayores. Por fin, adelantose hermosa y risueña con la felicidad del alma, y antes que coronase las sienas de Pedrucha vio caer a sus pies todas las flores con que aquel estaba adornado, señalándola ante la asamblea y diciendo en voz alta: “Esta es la virgen que he ganado”.

Los indios tienen el corazón lleno de ternura y de generosidad, sus goces se confunden íntimamente. Chapacucha y su madre olvidaron que



formaban número en la contienda, y solo pensaron en cumplimentar a la dichosa pareja, por cuya felicidad fueron todos los yaravíes cantados en el malccoy.

Clorinda Matto de Turner



## El auquis de Pariallá

**H**abía una bella y legendaria ciudad preíncá llamada Pariallá. Sus caminos lucían llenos de flores y sus casas de piedra estaban primorosamente labradas, adornadas además con brillantes alfombras. Era la preferida por los espíritus o “auquillos” del Ande. Allí vivían trabajadores hábiles en tejer preciosas telas con hilos de oro y plata.

Un día llegó un anciano apoyado en un bastón, iba encorvado, casi doblado en dos y sus vestidos estaban hechos jirones.

Los niños que jugaban en la plaza, al verlo, empezaron a burlarse de él, imitaban su manera de andar, tiraban de sus harapos y hasta lo insultaban, mas el anciano seguía caminando sin hacer caso de los malvados chicos. Así cruzó la ciudad, y antes de marcharse extrajo de su alforja una enorme tinya o tambor, y les dio a los muchachos.

Los chiquillos lo recibieron encantados, y, dirigiéndose al cerro, comenzaron a tocar el instrumento con manos y pies. “¡Bum, bum, bum!”, sonaba el tambor, llegando a los cerros y a las casas del pueblo. “¡Viejo zonzo, regalarnos esto pese a haberlo insultado!”, decían los chicos; hasta que sintieron un estallido que los asustó. Alguien le dio tal puntapié al tambor que perforó su cuero, y empezó a expulsar abundante agua. Parecía una catarata, y velozmente anegó las calles, las casas y campo, sumergiendo luego al pueblo, a las chacras vecinas y al cerro donde jugaban los niños.

Así nació la laguna encantada de Pariamarca. Aquel anciano resultó ser un mago —auquis—, y su tinya o tambor había estado embrujado. Entró a Pariallá disfrazado de mendigo para probar si su gente tenía buen corazón.

Los viajeros que la visitan hoy admiran maravillados una laguna azul como el cielo y diáfana como el cristal, rodeada de hierba y flores. En el fondo del lago se encuentra la ciudad de Pariallá. Dicen los lugareños que las noches de luna llena de Semana Santa se abren las aguas y



aparece en el fondo la vieja ciudad, donde los pariallenses continúan tejiendo.

Fernando Grados Laos.

(Adaptación de la versión de José Santos Chocano Gastañodi)



# Tulumanya y Amalu

Tulumanya —hijo del arcoiris, corazón de colores— nada, corre, por entre la soledad de la laguna. Antes que todos los antes. En la palma de la cordillera, reflejando con su ojo inmenso, con su mano líquida el azul del cielo —cuentan—, existía un lago donde ahora el hombre vive extrayendo secretos a la tierra. Ahí en ese lago, al pie de los nevados, de extensión a extensión vivía Tulumanya. Vástago, cabeza de llama, cuerpo de murciélago.

Dueño y señor del agua, con sus brazos cortos, muy gruesos, era un animal con garras enormes que hacía tempestad por las noches. Nadie se acercaba a las orillas. Los otros seres que existían en las breñas, en el aire, en las quebradas hondas, solamente oteaban la soledad de Tulumanya.

Él junto a la roca inmensa. Tremenda roca, inmensa piedra denominada Huanca, emergiendo del seno del agua como alma dura llena de secretos, testimoniando el milenio de la naturaleza. Como vigía, él, monstruo de las alturas, hijo del dios comiendo frío.

Entonces el dios Ticse —cuentan con el fruto de la imaginación—, creador y ordenador, engendró el Amalu. Hijo del rayo ahora, chicote, relámpago, espada, fulminando en tempestad de Ande y de silencio.

Lo cuentan los campesinos del Mantaro reunidos alrededor del fogón mientras la candela de la leña seca arde chisporroteando. Los niños escuchan, imaginan lo que fue antes, solo grandes rocas y una gran extensión... ¿De agua? Sí, desde lo que hoy es Jauja, más adentro, agua clara todo el valle. No existía el Mantaro, no había hombres, todo era antes que la historia empezara.

(Aún quedan recuerdos petrificados de estrellas y conchas parecidas a las del mar, porque en aquel entonces las estrellas del cielo no se habían ido tan lejos como ahora. Existían rondando el lago y les gustaba



mucho el agua dulce de este sitio; además eran muy pretenciosas, en las noches les encantaba verse reflejadas y comparar quién de ellas tenía más fulgor. Pero esto no le gustaba a Tulumanya, y cada vez que cogía a una la amarraba en el fondo del lago hasta que muriera y se convirtiera en piedra. Es por eso que la Luna, no queriendo quedarse sin luceros, se fue más lejos de la tierra.)

Amalu era de un color más oscuro. La misma cabeza, pero cuerpo de serpiente. Y fue creciendo. Ahora habrían dos cuidadores del tesoro del dios Ticse que guardaba en el centro mismo de la piedra Huanca. No más soledad para Tulumanya. Ahora había otro como él, hijo del rayo haciéndole compañía, tan grande como él; también podía generar tempestad y olas enormes contra las orillas. Amalu creció con rugidos que hacían temblar peñas y cerros. Tulumanya escuchaba nomás sin contestar.

Un día de madrugada, los luceros quisieron bajar al lago para retratar la lumbre de sus cuerpos y empezaron acuchillando el aire, volando como frágiles mariposas amarillas. Esto despertó al Amalu. Quiso coger a una, y no pudo. Intentó con otra, tampoco. Y otro y otra, y nada.

Ya excitado por su carácter de rayo, al no poder chicotear su fuerza en los ojos de las estrellas, desde muy temprano Amalu empezó a rugir alborotando el agua en forma tal que las olas llegaban hasta casi la mitad del cerro.

Tulumanya, en un principio observó y observó, pero después se fue fastidiando, y, de un momento a otro, respondió con un grito igual. Estruendo de banda a banda. Grito de monstruo en el pecho de los Andes.

Ese día todo fue estrépito y pelear de fieras. Ya estaban por caer las jalcas, pedazo a pedazo se desgranaba la nieve.

—Esto no puede ser —dijo el padre Ticse, el dios de las alturas—, les he engendrado para que vivan en armonía, pero ellos fomentan el torbellino.

Padre Ticse llama a la lluvia. Padre Ticse llama al trueno, a la tormenta.

Las pocas gotas se tornan en diluvio. Aguacero en vendaval.

Aulit, el viento te está dando la mano, dios Ticse. Aulit, que vive en las alturas, está agitando las aguas, está subiendo la cuesta. Y de arriba



—horas y minutos y segundos— lluvia, granizo, nevada. Rebozando están las aguas.

Desbocando la laguna.

Entonces los monstruos se vieron sin dominio. Desesperados escarbaron con sus garras la tierra para que se fuera toda el agua. Y no quedó nada. Seca la laguna.

Pero Tulumanya quería vivir, y, recostándose al lado de un manantial en Xauxa, hizo la laguna de Paca. Lo mismo Amalu, con su lengua de rayo formó la laguna de Ñahuinpuquio. Ahora, los dos duermen en el seno de estas aguas cristalinas.

Así nació el gran valle del Mantaro. Por el centro corrió por primera vez el río ziczagüeante y nacieron en sus orillas las retamas. Pronto nacería el hombre huanca con sus huaynos y mulizas entre paisajes deslumbrantes.

Félix Huamán Cabrera



# El origen del Dios Pariacaca

Los hombres que vivían en aquellos tiempos no hacían otra cosa que guerrear y luchar entre sí, y reconocían como sus curacas (gobernantes) solo a los más valientes y a los ricos. A estos llamaron los purum runa.

Sabemos que en aquella época Pariacaca nació de cinco huevos en el cerro Condorcoto (un cerro ubicado entre Huarochirí y San José de Los Chorrillos, provincia de Huarochirí, departamento de Lima). Un sólo hombre, un pobre llamado Huatiacuri, que, según la tradición, era también hijo de Pariacaca, fue el primero en ver y saber de este nacimiento. Vamos a hablar de cómo supo del nacimiento de Pariacaca y de los muchos misterios que realizó. Se cuenta que la gente de aquella época lo llamaba Huatiacuri porque, siendo muy pobre, se sustentaba solo con papas huatiadas.

Había entonces un hombre llamado Tamtañamca, un muy poderoso y gran señor. Y su casa, su casa estaba enteramente cubierta de alas de pájaros de las especies llamadas casa y cancho. Poseía llamas amarillas, rojas y azules, es decir, de todas las variedades imaginables. Cuando se daba cuenta de la excelente vida de este hombre, la gente llegaba de todas las comunidades para honrarlo y venerarlo. Y él, no obstante sus conocimientos limitados, fingió ser un gran sabio y vivió engañando a muchísima gente.

Entonces, Tamtañamca, ese hombre, que se fingía adivino y dios, contrajo una enfermedad muy grave. Muchos años pasaron, y la gente se preguntaba cómo era posible que un sabio tan capaz, que transmitía la fuerza vital a la gente y a las cosas, estuviese enfermo. Entonces, así como los huiracochas recurren a sus adivinos, a sus doctores, ese hombre, que deseaba sanarse, hizo llamar a todos los doctos, los sabios. Sin embargo, ninguno supo la causa de su enfermedad.

Huatiacuri, que en aquel tiempo estaba viniendo del mar, subió al cerro que bajamos cuando vamos a Cieneguilla. Ahí se quedó dormido. Este cerro lleva hoy el nombre de Larausaco. Mientras dormía, un zorro



que subía se encontró a la mitad del camino con otro que bajaba. El primero preguntó: “Hermano, ¿cómo está la situación en la huillca de arriba?”. “Lo que está bien está bien”, le contestó el otro, “aunque un señor, un huillca de Anchicocha, que finge ser un gran sabio, un dios, está muy enfermo. Por ese motivo, todos los adivinos hacen sortilegios para descubrir el origen de una enfermedad tan grave, pero nadie llega a saberlo. He aquí por qué se enfermó. Un grano de maíz de varios colores saltó del tiesto donde su mujer estaba tostando y tocó sus vergüenzas. Después, ella lo recogió y se lo dio de comer a otro hombre. Este acto ha establecido una relación culpable entre ella y el hombre que comió el maíz. Por eso ahora se la considera adúltera. Por esta culpa una serpiente vive encima de aquella casa tan hermosa y los está consumiendo. Hay también un sapo con dos cabezas que se encuentra debajo de su batán, y nadie sospecha ahora que son estos quienes los están consumiendo”. Después de haber contado esto al zorro que venía de abajo, el de arriba le preguntó: “Hermano, ¿cómo están los hombres en la huillca de abajo?”.

Entonces, el otro le contestó a su vez: “Hay una mujer —la hija de ese gran señor— que, por causa de un pene, casi se muere” Mientras conversaban, Huatiacuri escuchaba todo lo que estaban diciendo.

Este gran señor, que estaba enfermo por haber fingido ser dios, tenía dos hijas. Había unido a la mayor con un hombre muy rico. Entonces el hombre pobre Huatiacuri llegó al lugar. Cuando estaba cerca le preguntó a todos si hubiese alguien en la comunidad que estuviese enfermo. La hija menor de Tamtañamca le respondió que su padre. Huatiacuri le dijo: “Quédate conmigo”, le dijo Huatiacuri. “Por ti voy a sanar a tu padre”. (No sabemos el nombre de esta mujer, pero se dice que más tarde, la llamaban Chaupiñamca.)

La mujer no aceptó enseguida su propuesta. Le contó a su padre que un pobre le había dicho que iba a sanarlo. Cuando escucharon sus palabras, los sabios que estaban allí se echaron a reír y dijeron: “Estaríamos acaso nosotros aquí curándolo, si hasta un pobre como ese fuera capaz de hacerlo?”. Sin embargo, el señor enfermo deseaba del todo librarse de su enfermedad, e hizo llamar a Huatiacuri. “¡No importa cuán humilde sea si es capaz de curarme!” les dijo.

Huatiacuri entró y dijo al enfermo: “Padre, si deseas, voy a curarte. Pero me tienes que dar a tu hija”. El otro, muy contento, aceptó. El marido de la hija mayor, al oír dicha propuesta, se puso furioso: “¿Cómo



podría aceptar que la cuñada de un hombre tan poderoso como yo se una a semejante pobre?”, dijo. Vamos a contar más adelante la lucha entre este hombre y Huatiacuri.

Sin hacer caso a esos reclamos, Huatiacuri empezó con su labor: “Señor, tu mujer es adúltera, su culpa te ha hecho enfermar. En el techo de tu casa hay dos serpientes que te están comiendo, y también hay un sapo de dos cabezas debajo de tu batán. Tenemos que matarlos a todos para que te cures. En cuanto a ti, tú no eres un auténtico Dios, porque si lo fueras no te habrías enfermado de esta manera”.

Al oír esto, Tamtañamca se asustó. En cambio su mujer gritó furiosa: “Este miserable me insultó sin motivo, yo no soy una adúltera”. Pero como el enfermo tenía muchas ganas de curarse, mandó que Huatiacuri haga lo que sea necesario. Entonces, sacaron a las dos serpientes y las mataron. Entonces Tamtañamca supo que Huatiacuri decía la verdad, y a la mujer no le quedó más que confesar su culpa. Luego levantaron el batán y el sapo de dos cabezas salió volando con rumbo a la quebrada de Anchicocha. Se cree que aún permanece ahí, escondido en un manantial, y cuando los hombres pasan por ese lugar, a veces desaparecen y otras veces enloquecen.

Luego de todo esto, Huatiacuri dijo haber cumplido con su labor, y el enfermo sanó. El día señalado Huatiacuri viajó a Condorcoto, y ahí estaba Pariacaca, en forma de cinco huevos. Entonces el viento comenzó a soplar por primera vez, pues en tiempos anteriores, el viento nunca había soplado. El mismo día del viaje, Tamtañamca —ya sano— le entregó a su hija conforme lo acordado; luego emprendieron viaje. Mientras caminaban solos por un paraje cerca al cerro Condorcoto, pecaron. Cuando el esposo de la hija mayor de Tamtañamca se enteró de esto, desafió a Huatiacuri para vencerlo y cubrirlo de vergüenza. Lo retó de la siguiente manera: “Vamos a competir en distintas pruebas. ¿Cómo un miserable como tú te atreviste a casarte con la cuñada de un hombre tan poderoso como yo?”.

Huatiacuri aceptó el reto, y fue a contarle a su padre Pariacaca (quien aún no nacía y seguía en forma de cinco huevos) todo lo sucedido. “Muy bien”, dijo Pariacaca, “cualquier cosa que te proponga, ven enseguida y cuéntamela, yo te aconsejaré”.

He aquí la primera prueba: el hombre poderoso le propuso a Huatiacuri medir su resistencia bailando y bebiendo. Y por supuesto este fue



donde su padre (Pariacaca) a contárselo. “Anda a la otra montaña —le dijo Pariacaca— y transfórmate en un huanaco; échate fingiendo estar muerto. Muy temprano de mañana un zorro y su esposa irán a verte. Ella traerá chicha en un poronguito y él traerá su tambor y su antara. Cuando te encuentren, creyendo que estás muerto, te comerán. Pero antes que hagan esto, conviértete de nuevo en hombre y grita con todas tus fuerzas. Ellos se asustarán tanto que saldrán huyendo olvidando sus cosas. Con ellas tú asistirás a la competencia”.

Huatiacuri hizo todo lo que su padre le dijo. Al comenzar la competencia, el hombre rico fue el primero en bailar. Aproximadamente doscientas mujeres bailaron para él. Cuando le tocó el turno a Huatiacuri, él entró solo con su esposa a bailar, los dos solitos. Tocaron el tambor que le habían robado al zorro. Pero apenas empezaron, la tierra empezó a temblar. Así ganó en baile. Ahora tocaba beber. Huatiacuri y su esposa se sentaron en el lugar de honor, y todos los hombres presentes se fueron acercando, sirviéndole chicha, uno tras otro sin dejarlos respirar. Cuando le tocó a él servirles chicha a todos los presentes, Huatiacuri sacó el poronguito (el de la zorrina). Todos los presentes se echaron a reír y se burlaban diciendo que era muy pequeño para saciar a tanta gente. Pero apenas les fue sirviendo, uno a uno fueron cayendo sin sentido.

Como había vencido en esta prueba, al día siguiente, el hombre poderoso lo desafió nuevamente. Esta vez el reto consistía en vestirse con las más finas ropas. Nuevamente Huatiacuri fue a consultar con su padre. Pariacaca le dio un traje de nieve. Así venció a su rival deslumbrándolos a todos. Derrotado por segunda vez, ahora el desafío era atraer pumas. Huatiacuri pensó en atraerlos con poesía. Según las instrucciones de su padre, fue muy temprano a un manantial y trajo a un puma rojo. Cuando se puso a bailar con el puma rojo, en el cielo apareció el arco iris, y este es su origen.

Ahora el hombre rico y poderoso quiso competir construyendo una casa grande. Huatiacuri colocó solo los cimientos y pasó el resto del día paseando con su mujer. Pero, durante la noche, todas las aves y las serpientes, todas las que había en el mundo, fueron y construyeron la casa. A la mañana siguiente la casa estaba terminada, y el hombre rico y poderoso se asustó mucho. Desafió a Huatiacuri a una nueva competición: esta vez habían de techar las casas. Todos los huanacos y todas las vicuñas traían paja para el techo del hombre rico. Huatiacuri con-



trató un gato montes, que las asustó. De este modo ganó nuevamente. Siguiendo el consejo de su padre, Huatiacuri le dijo al hombre rico: “Yo he aceptado todos tus desafíos, y en todos te he vencido; ahora te toca a ti aceptar los desafíos que te proponga yo”. El hombre rico aceptó. “Ahora vamos a bailar vestidos con una cusma azul y huara de algodón blanco”. El hombre rico empezó a bailar como siempre acostumbraba a hacer. Mientras tanto, Huatiacuri entró corriendo y gritando. El hombre rico se convirtió en venado y salió corriendo. Su esposa corrió detrás de él. Huatiacuri los persiguió, y alcanzó a la mujer en el camino de Anchicocha. La clavó de cabeza en la tierra y la convirtió en piedra. El hombre rico, que lo habían convertido en venado, subió al cerro y desapareció. Desde ese momento los venados son cazados para comer su carne.

Solo después de todo esto, Pariacaca y sus hermanos salieron de los cinco huevos, convertidos en cinco halcones. Al tocar tierra tomaron forma de hombres y empezaron a caminar. Al enterarse de cómo se había portado la gente de esa época y cómo Tamtañamca, fingiendo ser un dios, se había hecho adorar, se enojaron mucho. Se convirtieron en lluvia, arrasando con todas las casas y las llamas hasta el mar, sin dejar que nadie se salve.

Después de cumplir con su castigo, Pariacaca subió al cerro que hoy lleva su nombre.

Gerald Taylor  
Mitos y Tardiciones de Huarochirí



## El killinchu y el waychaw

Un día al encontrarse el “waychaw” y el “killinchu” discutieron acaloradamente porque no le había saludado el uno al otro.

El señor waychaw increpándole al señor killinchu, le decía: “¡Por qué no me saluda!”.

El señor killinchu muy cauto y sereno se sentó a su lado y mirándole fijamente de pies a cabeza le dijo: “Oiga usted, minucia, familia de los “tuna suwas” (ladrón de tunas), qué te has creído, para obligarme a saludarte”.

El waychaw colérico, silbando con su voz melancólica y característica, le gritó: “Oiga, idiotón, caza ratas, come sabandijas. ¿Te has olvidado que soy el amo de este pueblo, que soy el mismísimo mago que te puede convertir en gusano? Y luego te atreves a no saludarme. Aquí todos tienen que respetarme, no solo saludarme sino también venerarme”.

El killinchu, en un tono burlón le dijo: “¿O sea que usted es el señor mago, el que pronostica las desgracias, el que sabe de todo lo que va a suceder? ¿Puedes decirme qué sucederá dentro de poco? Pero eso no me obliga a que yo le reverencie a usted”.

—¡Claro, claro! —dijo el waychaw.

—¡Está usted equivocado! —dijo el killinchu.

Reprochando de este modo, el killinchu propone una apuesta en estos términos:

—Bueno, señor mago, te propongo una apuesta. Allá vienen muchos caminantes, vamos a presentarnos, quién saluda a quién.

—¡Aceptado! —dijo el waychaw.

Creencia es de los campesinos que el killinchu es de buen augurio cuando se encuentra con los campesinos; en cambio el waychaw es un



pájaro malagüero, por lo que lo odian y detestan al encontrarse en el camino.

Tan luego hacen la apuesta y en ese preciso momento aparecen unos arrieros por el camino, arreando sus mulas, observando el largo camino que tienen que recorrer y las distancias tan largas que tienen que cruzar hasta llegar a su destino.

Para cumplir con la apuesta, muy orgulloso y petulante, el waychaw alza el vuelo para presentarse muy arrogante delante de los arrieros para anunciarle su presencia con su silbido característico de “waychaw”, “way-chaw”.

Entonces uno de los arrieros, conocedor del mal designio de este pájaro, cogió con disimulo una piedra y la lanzó acertadamente, destrozándole una de las uñas, por lo que pesadamente levantó el vuelo, desfalleciente.

Pasados unos minutos aparecen otros caminantes, y tan luego estuvieron cerca, el killinchu voló por delante de los caminantes, entonces estos se sacaron el sombrero y con las dos manos expresaron:

—¡Gracias a Dios! Tenemos buen camino. ¡Buenos días, papá killinchu!  
—y diciendo esto siguieron su camino.

Mientras tanto, después de este suceso inesperado, el killinchu con mucha humildad se sentó al lado de waychaw, quien ya estaba agonizando con la uña quebrada, que sangraba demasiado.

Luego dijo el waychaw. “Perdóname hermano killinchu, he cometido una imprudencia, sabiendo que tú eres el más respetado de estos lugares, y mi broma pesada ha tenido graves consecuencias”.

El killinchu, muy sencillo y cariñoso como siempre, curó las heridas del waychaw y alzó vuelo para cumplir con su quehacer diario, como lo manda su destino y la naturaleza. Desde entonces, el waychaw aprendió una de otras tantas lecciones: ser humilde y sencillo, no ser petulante ni soberbio con sus semejantes.

Luego empezó un viento fuerte, cayendo una lluvia torrencial, con que la naturaleza anuncia la paz y la tranquilidad entre los dos personajes de este mundo andino.



## Corazón de Oro y Corazón de Piedra

Vivían en un pueblo dos hermanos con sus respectivas familias. El mayor, llamado Rumi-Sonco (Corazón de Piedra), tenía una gran chacra llena de plantas de papa, de olluco y de cuanto puede haber y además cien gordos cuyes. Después de cada cosecha, iba a su pueblo a vender sus productos, y volvía con diez llamas cargadas con talegas de plata.

En cambio el menor, Cori-Sonco (Corazón de Oro), era muy pobre, y poseía apenas una humilde choza y un terrenito pequeño que producía solo unos cuantos sacos de papas y de maíz.

Rumi-Sonco (Corazón de Piedra) jamás se acordaba de regalarle a su hermano, ni siquiera una montada de papas ni un cuye. Toda la papa que le sobraba, y que ya no podía comer, la hacía chuño o papaseca, para que no se malograra.

Un día, el rico preparó una gran pachamanca en su chacra, y el pobre pasó frente a aquel lugar cuando la fiesta estaba en su apogeo. Entonces uno de los invitados dijo a Rumi-Sonco:

—Oye, ¿ese no es tu hermano?

—¿Mi hermano ese zarrapastroso? ¡Qué ocurrencia; es un peón de mi chacra! —contestó él.

Al escuchar Cori-Sonco estas palabras, púsose muy triste y se dirigió al campo. Todo el día caminó sin rumbo, y al llegar la noche entró en una cueva a descansar. A los pocos momentos dormía ya a pierna suelta, y le pareció oír entre sueños que la Pampa, la Puna y el Cerro conversaban.

La Pampa decía con voz tranquila y clara que llegaba hasta el fin del valle:

—Yo le regalaré a Cori-Sonco una olla llena de maíz blanco para que no vuelva a faltarle comida.



Luego oyó al Cerro. Su voz era tan ronca como la de un anciano. Al hablar, tosía haciendo tal ruido que parecía que grandes piedras rodaban por su garganta.

—Yo le obsequiaré a Cori-Sonco —dijo— una olla llena de maíz amarillo para que tome de él siempre que tenga hambre.

Por último, escuchó unas palabras que venían desde muy lejos, y eran de la Puna, que hablaba así:

—Yo le daré una olla de maíz morado para que coma cuanto necesite.

A la mañana siguiente despertó el pobre muy temprano, y su asombro fue grande al contemplar ante sí tres ollitas de barro. Destapolas y vio que en la primera había maíz blanco, en la segunda, maíz amarillo y en la tercera, maíz morado.

Recordó entonces el sueño que había tenido, y después de agradecer a la Pampa, a la Puna y al Cerro sus regalos comió un poco de cada ollita y guardó la mayor parte para su familia. Luego puso todo en sus alforjas y regresó a su choza.

En cuanto llegó, contó a su mujer el sueño que había tenido y ella, llena de curiosidad, corrió a ver las ollas. La buena señora levantó la tapa de la que había contenido maíz morado y gritó:

—¡Cori-Sonco, mira lo que hay aquí!

Acercose él, y asombrado contempló la olla repleta de monedas de cobre.

En seguida descubrió ella el depósito de maíz blanco, ¿y qué vio? Pues nada menos que monedas de plata nuevecitas y brillantes.

Con gran ansiedad destapó la olla de maíz amarillo, y ya no tuvo palabras a causa de la gran impresión que sufrió. Aproximose entonces el marido y exclamó:

—¡Oro, oro!. ¡Ya somos ricos!

Luego se abrazaron llorando de felicidad. Inmediatamente compraron abundante comida, elegantes vestidos y pagaron sus deudas, que eran muchas. Y, cosa extraña, por más que sacaban monedas de las ollas, el dinero no se terminaba.

En cuanto Rumi-Sonco (Corazón de Piedra) supo que su hermano era



acaudalado, fue a visitarlo, aunque antes nunca se había acordado de él.

Cori-Sonco (Corazón de Oro), que no se había vuelto orgulloso, recibió a su egoísta hermano y lo convidó a almorzar.

Cuando terminaron de comer, el avaro dijo:

—Veo con gran contento que eres rico. ¿Podrías decirme cómo has hecho para conseguir tanto dinero, tú, que hasta hace pocos días te encontrabas en la pobreza?

Entonces Cori-Sonco, que no le guardaba rencor, contole exactamente cuanto le había ocurrido.

No bien terminó de hablar, levantose el otro rápidamente, se fue a su casa y, sin decir una palabra a nadie, tomó sus alforjas, las llenó de alimentos y se dirigió al lugar que le había indicado su hermano. Ahí esperó que anocheciera, y entonces se acostó.

Largo rato tardó en dormir hasta que, por fin, lo consiguió. Pero su sueño no era tranquilo como el de Cori-Sonco, sino, por el contrario, muy agitado, y entonces tuvo una horrible pesadilla. Soñó que la Pampa, la Puna y el Cerro conversaban, y oyó que la Pampa decía con voz tranquila y clara que llegaba hasta el fin del valle:

—A este miserable le daré yo, en vez de plata, millones de pelos tiesos y duros como los de los venados, que cubrirán desde hoy todo su cuerpo. Luego escuchó la ronca voz del cerro, que al hablar tosía haciendo un ruido como si grandes piedras rodaran por el interior de su garganta. El Cerro habló así:

—En lugar de oro, yo le regalaré a este envidioso, un par de cuernos idénticos a los del venado.

Finalmente sintió la voz débil y lejana de la Puna que dijo:

—A este egoísta que veía padecer hambre a su hermano, sin compadecerse de él, le obsequiaré, en vez de cobre, una cola exacta a la que tienen los venados.

Despertó Rumi-Sonco sobresaltado, se miró el cuerpo y vio, con horror, que lo tenía cubierto de pelo, como los venados que viven en la puna. Contemplese en un riachuelo que por ahí pasaba, y al verse en las aguas se dio cuenta de que le habían nacido un par de cuernos y cola. Sintió que un sudor frío lo bañaba de pies a cabeza, y espantado,



emprendió una carrera loca hasta su casa. Con la pata tocó la puerta de la elegante mansión; en seguida salió a abrirle su mujer, y al ver ante sí a aquel animal, tomó un grueso palo y lo arrojó a garrotazos. Rumi-Sonco huyó de aquellos golpes, pero unos chiquillos la emprendieron a pedradas con él. En eso, varios hombres que llegaban del campo comenzaron a dispararle con sus hondas para cazarlo.

Entonces él, corriendo como un loco, salió del pueblo, cruzó las chacras vecinas y huyó hasta llegar a las montañas.

Desde aquel día vaga entre los cerros de la puna el infeliz Rumi-Sonco convertido en venado, perseguido siempre por los cazadores y alimentándose de la hierba que crece entre las rocas.

Enriqueta Herrera Gray



## Las aventuras de un batán

**E**sta era una piedra blanca y redonda que servía de batán, y se encontraba sobre un gran pozo de barro en cierta cocina.

Pero no creáis que por el hecho de ser piedra, no tenía sentimientos ni inteligencia; por el contrario, era muy lista y bondadosa, hasta poseía un corazón más blando que muchísimos hombres, y no podía ver sufrir a nadie sin llenarse de tristeza.

Recordaba haber vivido antes en el fondo del río. Entonces las aguas la cubrían por completo, y crecían sobre ella musgo y culantrillo. Los pececillos llegaban hasta la piedra, y, encontrándola muy abrigada, hacían en ella sus nidos. A ella le agradaba mucho, esto y se consideraba dichosa de poder ser útil a los demás.

Pero durante un verano en que llovió torrencialmente, las aguas del río aumentaron muchísimo; fueron subiendo y poniéndose primero amarillentas; luego, oscuras como el chocolate y al fin, de color rojo. Tanta fuerza traía la corriente que comenzó a mover a la piedra, y de pronto, de un terrible sacudón, la sacó del lugar donde se hallaba y la arrastró, haciéndola girar a gran velocidad.

Dando vueltas y tumbos, llegó la pobre a un sitio en que se atascó. Ahí quedó atontada mientras el río bramaba sobre ella.

Así pasaron ocho días; al cabo, el agua fue disminuyendo, hasta que por fin dejó de rugir y empezó a cantar las dulces canciones que tanto gustaban a la piedra, a los peces y al musgo. La corriente seguía bajando cada vez más. La piedra sentía que, poco a poco, iba quedándose al descubierto, hasta que por fin notó que el lugar en que se hallaba estaba completamente seco, y que el agua se había retirado tanto que entre las dos mediaba una ancha orilla.

El sol caía sobre su cuerpo, tenía mucho calor; todavía la adornaban algunos culantrillos, pero lentamente se fueron secando, hasta que, una tarde, murieron las últimas plantitas y la pobre quedose completamen-



te sola. Estaba tan blanca que parecía que la habían pintado con cal, y si alguien la hubiese tocado habría sentido que quemaba.

Un día se hallaba muy triste, cuando oyó que exclamaban junto a ella:

—Mira, papá, qué linda piedra para un batán!

—Verdad —añadió otra voz— está bien lisa y limpiecita. Como es redonda, podremos llevarla haciéndola rodar. Será un magnífico batán.

“Batán, batán”, dijo para sí la piedra. ¿Qué cosa será un batán?

Los peces y el río, que eran los únicos seres con quienes había hablado en su vida, jamás habían pronunciado esa palabra.

En seguida sintió que la movían y que de un empujón la hacían rodar. Y vaya si daba vueltas; parecía no haber hecho otra cosa en su vida.

“Muy bien”, pensó, “no sabía yo que era tan buena corredora”. Y encontró muy agradable ir brincando por los caminos, por esas sendas tan raras, todas de tierra, sin una gota de agua, que jamás había visto.

El hombre y el chiquillo iban tras ella, que siempre les ganaba.

Por fin llegaron a la casa. La piedra vio que se abría ante sí un hueco, y que por él la hacían entrar. Aquel hueco era la puerta de la cocina. Luego sintió que dos fuertes brazos la suspendían y la colocaban en alto. Acababan de ponerla sobre un poyo de barro.

Miró a su alrededor, y contempló que brillaba un hermoso fuego y que una olla cantaba alegremente, lanzando humo por su ancha boca.

De pronto entró la dueña de casa y exclamó:

—¡Vaya, qué buen batán; hacía tiempo que lo necesitaba!; y tomando una cebolla, la puso encima de la piedra y la golpeó, valiéndose de una piedra más pequeña. En seguida hizo lo mismo con un trozo de carne; luego echó ambas cosas en la olla y se fue.

No le gustaron mucho aquellos golpes al batán, ni tampoco el olor de la cebolla, al que no estaba acostumbrado; pero como era muy bueno, se resignó con su nueva suerte.

En cuanto salió la mujer de la habitación, todos los objetos de la cocina empezaron a hablar.

—Amigo batán —dijo la olla—, gracias a Dios que has venido. Ahora



se cocinará todo con más rapidez porque tú harás la mitad de la labor, ablandando las cosas. Antes tenía que trabajar solita horas y horas para cocinar un trozo de carne.

—Lo mismo digo yo —exclamó el fuego—; en adelante no necesitaré calentar tanto las ollas.

Entonces los porongos y los mates bailaron alegremente y cantaron: —“Chilín, chilán—. ¡que viva el batán!”.

En ese momento entró de nuevo la patrona, y al instante todos callaron y se quedaron muy quietecitos.

La mujer tomó un jarro, sacó de un gran porongo un poco de agua y fue vertiéndola en varias ollas. Entonces la piedra oyó que una voz conocida, muy dulce y bella, le hablaba; y sintió que el corazón le daba un vuelco de alegría.

—Querida amiga —decía aquella voz—, por fin te volví a encontrar. A mí también me han sacado del río y me han traído hasta aquí, en un cántaro oscuro.

La patrona oía el ruido del agua al caer en las ollas, pero no podía comprender sus palabras porque ella no entendía ese idioma— y después de dar un vistazo a los guisos que se cocían en el fogón salió de la cocina.

En aquel mismo instante, un zorro asomó su rojiza cabeza por la puerta que daba a la calle y al ver al batán dijo:

—¡Hola, tenemos un huésped. Buenos días, señor batán!

—Buenos días —contestó él, a quien le hacía poca gracia el zorro. Lo conocía mucho porque lo había visto devorando a los polluelos de las huashuas y bebiendo luego en el río hasta hartarse.

—¿Cuándo llegaste? —preguntóle el animal.

—Hoy —respondió secamente la piedra.

—Parece que estás de mal humor —dijo con tono zumbón el zorro—. ¿Y de dónde has venido?

—Del río.

—Qué, ¿y cómo te las compusiste para llegar hasta acá, tú que eres tan pesada y que nunca has caminado? Te traerían cargada.

—Pues debes saber que vine corriendo con mis propios pies.



—¡Ja, ja, ja —repuso el muy pleitista el zorro—. ¡Apostaría que no eres capaz de correr ni un metro!

—Antes de apostar, piénsalo bien —dijo la piedra—, porque te aseguro que perderás.

—¡Qué risa! ¿Has visto alguna vez que un batán haya ganado a un zorro?

Entonces el fuego, agitando su colorada lengüecilla, dijo:

—No seas palangana, zorro. Fíjate en que estás apostando con una piedra redonda que rueda muy bien, y que vas a perder.

—¿Perder yo? ¡Zonzo! ¿No ves el aire de pesada que tiene? Ni siquiera puede moverse.

—Zorrito, zorrito, acuérdate de cuando el sapo viejo ganó a tu abuelo en la prueba de la carrera. No vayas a acabar tú lo mismo que él, reventando por ahí —dijo el cuchillo de cortar carne, con su voz delgadita y burlona.

Al oír esto, brilláronle de rabia los ojos, le rechinaron los dientes y gritó:

—¡Apuesto, batán! ¡Acepta si eres valiente!

—Muy bien —dijo la piedra—; pero como yo sé que eres un gran tramposo, acepto con una condición: que corramos atados con una soga.

Perfectamente —respondió el otro—; aguarda, que voy a traerla.

A los cinco minutos, estaba de regreso con una fuerte y larga cuerda.

—Yo los amarraré —dijo el cuchillo, y tomando la soga la ató alrededor del batán, rodeó después con el otro lado el cuerpo del animal e hizo luego un seguro nudo.

Entonces la piedra brincó del poyo en que se hallaba y dando vueltas salió hasta la calle. Fueron al camino que se dirigía hacia el río. El batán adquirió pronto gran velocidad y comenzó a dar vueltas vertiginosas; entre tanto, el zorro iba mucho más atrás, amarrado al otro extremo de la larga cuerda.

—¿Te has cansado tan pronto? —preguntó la piedra.

—Espera que ya te voy a pasar. Estoy tomando viada —contestole el animal.



—Bueno, entonces apúrate —exclamó ella, y siguió saltando alegremente.

Mas el pobre zorro, arrastrado con más rapidez a cada momento, corría con la lengua afuera, sintiendo que las fuerzas se le acababan.

—¡Te voy a ganar la apuesta! —le gritó su contrincante.

Pero el palangana no oía ya. Los oídos le zumbaban y la cabeza le daba vueltas.

Entre tanto, la piedra continuaba arrastrando al zorro, que iba como una cosa sin vida, dando botes contra las rocas del camino.

—¡Corre, corre! —gritó de nuevo el batán, pero al no escuchar respuesta, miró hacia atrás y vio que lo que halaba era ya un cadáver. Entonces se desató la soga, abandonó el cuerpo del vanidoso en mitad de la senda y siguió brincando hasta que llegó al río.

—¡Hurra, hurra! —exclamó él al ver acercarse a la piedra—. ¿Cómo hiciste para escapar de la cocina de aquellos hombres?

Mas, ella, que se hallaba cansada y muerta de calor, entró sin contestar, hasta el medio del cauce y allí se tumbó a descansar sobre la arena blanda, mientras el agua la refrescaba y le cantaba las dulces canciones que tanto había amado siempre.

Enriqueta Herrera Gray



# El origen de Huancayo

**D**icen que hace ya mucho tiempo todo el valle del Mantaro era una inmensa laguna. Desde Jauja y Concepción, hasta el sur llegando a Sapallanga y Pucara, todos esos lugares estaban bajo el agua. Los pobladores del valle en aquel entonces tenían sus casas en las alturas de los cerros. Incluso hasta ahora podemos ver vestigios de sus construcciones. En el centro de la gran laguna se podía observar desde las alturas un enorme peñón oscuro que salía de las aguas cada mañana.

Esta gran peña se llamaba Huanca, y estaba donde hoy está la Plaza Huamanmarca, junto a la Municipalidad de Huancayo. Pasó el tiempo, y la laguna se iba llenando y llenando con las aguas de las lluvias (recordemos que en esta parte de la sierra las precipitaciones son altas). Una vez, cuando los pobladores estaban en sus labores del campo, porque ellos siempre se dedicaron a la agricultura, se escuchó un enorme estruendo en una de las quebradas, y tras el sonido pudieron ver que las aguas de la laguna iban disminuyendo rápidamente. Sucedió que la quebrada de Chupuro se había roto, y por allí desaguaba la laguna. Pasaron pocas semanas, y el valle se fue quedando seco. Para acortar distancias entre los pueblos, los pobladores tuvieron que bajar hacia las partes planas, siendo allí en donde lograron hacer nuevas construcciones para poder habitarlas. Pero la laguna no vació del todo. En Jauja se quedó la laguna de Paca y en Ahuac la laguna de Ñahuinpuquio. Una vez las aguas rompieron la quebrada de Chupuro, y por allí desaguó la laguna. El valle se fue quedando seco y se fundaron pueblos, pero la laguna no se vació del todo.



En Jauja quedó la laguna de Paca y Chocón, la de Ñahuinpuquio en Ahuac y la de Llulluchas en Huayucachi. Existen muchas lagunas en el valle del Mantaro, posiblemente parte del agua que desaguó de la gran laguna haya quedado dispersa por todo el valle. Ahora la laguna de Paca es una de las más reconocidas y visitadas por los foráneos.

Leyenda recogida en Chupaca, departamento de Junín, Perú.  
Informante Leopoldo Vidal.

<http://relatosdelasierradelperu.blogspot.pe/>



# Origen de la cordillera Blanca

**E**l Huascarán fue una vez una mujer que tuvo numerosos hijos. El marido de Huascarán se llamaba Canchón que fue seducido por Sutoc quien era buena cocinera. Celosa, Huascarán hirió a su marido y luego huyó seguida por sus hijos. El mayor la acompañaba de cerca, mientras que el menor iba bastante lejos. El hijo favorito iba cargado en la espalda por Huascarán.

Cuando se fueron a descansar, toda la familia se transformó en la cordillera Blanca, y de sus lágrimas se formaron los arroyos que dieron origen al río Santa y al Marañón. Canchón se volvió de piedra, y llegó a ser la más bella montaña de la cordillera Negra. Su amante Sutoc y sus hijos también se transformaron en otras montañas de la cordillera Negra, y sus lágrimas formaron los cauces y arroyos de esa región.

Huascarán y Huandoy, pétreos colosos que se erigieron luego de que el dios de los antiguos peruanos se conmoviera ante el llanto del soldado Huáscar y la doncella Huandoy, y los convirtiera en montañas y a su llanto en la laguna de Orconcocha y Chinancocha, que serían llamadas, más adelante simplemente Llanganuco.

Tradición popular



# Leyenda de los nevados Huascarán y Huandoy

Esta romántica historia se sitúa en los tiempos incaicos, cuando los cusqueños expandían sus dominios por el Callejón de Huaylas.

Cuenta que había una tribu laboriosa y pacífica que colindaba con otras similares a ella. Nada alteraba el orden de la vida en aquel lugar armónico, hasta que un día llegó a la tribu un soldado muy malherido con un encargo para el gran jefe. Se hizo la entrevista, y en ella el soldado manifestó que unos guerreros de origen cusqueño habían saqueado su pueblo, matando y violando sin piedad. Decía además que estos cusqueños andaban con dirección a esta tribu, y que era menester prepararse para recibirlos.

El gran jefe había quedado anonadado. ¿Podían de verdad hacerle frente a un enemigo tan poderoso? No lo sabía. El soldado le había contado cosas monstruosas sobre esos cusqueños que ahora iban rumbo a su tribu. Bastaba ver el estado del soldado: había hecho su último esfuerzo para llegar hasta él, y con ello había gastado el último aliento de vida que le quedaba.

Se debía tomar acción. Luego de meditarlo con cuidado, el gran jefe ordenó a sus mejores guerreros ir en busca del jefe de los cusqueños y exponerle una política de paz. Así fue. Días después, los soldados volvieron con Huáscar, el más reconocido guerrero de la tribu invasora, quien había sido encargado por su líder para llevar un mensaje de no agresión. Aparte de ello, Huáscar debía quedarse en la tribu del gran jefe hasta que la comitiva cusqueña llegara, de manera que con su presencia garantizaba las relaciones de paz.

Al recibir la noticia del joven guerrero cusqueño, el gran jefe se alegró tanto que mandó le dieran al huésped la mejor habitación, comida y vestimenta. Todo iba perfecto y la relación entre el gran jefe y el joven era ideal, hasta que un día apareció, jugando en un pozo de agua, una bella muchacha de quince años. El cusqueño quedó prendado: pronto averiguó su nombre, Huandy, y con ello supo también que era la hija del mismísimo gran jefe. ¿El inicio de la desgracia? Probablemente sí.



Pero lo peor para Huáscar no fue que él la había mirado ni que era hija del jefe, sino que ella lo había mirado también, ruborizándose y sonriendo al viento en su inocencia. ¿Era correcto un amor en semejante contexto? Huáscar no lo sabía, y tal vez no le importaba saberlo. Y, según se daba cuenta, a la muchacha tampoco.

Se conocieron por primera vez una tarde que ella le llevó los alimentos. Conversaron, se enamoraron y acordaron encontrarse en la orilla del río, cuando la noche estuviera en su apogeo. Sucedió tal y como lo planearon. Aquella noche se entregaron su amor y se prometieron el uno al otro no abandonarse jamás. Huandy entonces reaccionó: ¿su padre la dejaría quedarse con un hombre que no era de su tribu? No, no lo haría nunca. Si de verdad querían que ese amor floreciera, debían huir, y debían hacerlo cuanto antes. Y huyeron, pero no llegaron muy lejos. Por su parte, el gran jefe ya estaba al tanto de los sucesos. Decepcionado de la poca deferencia del invitado para con su cortesía y de la desobediencia extrema de su hija, dejó que escaparan para luego atraparlos en el camino y mostrarles ahí su verdadera furia. Y así los atrapó; los humilló y, ya satisfecho, los ató a palos colocados en lugares estratégicos, desde donde uno podía ver al otro sufrir hasta la muerte. Huáscar, en su delirio, pensó que su gente, al llegar y verlo así, lo salvaría. Era su única esperanza.

Pero su tribu no hizo nada, y por el contrario, alabó la determinación del gran jefe. Ya sin ilusiones, viendo cómo su amada moría, viendo que solo un riachuelo lo separaba de ella, sintiendo la impotencia de la resignación, juró entonces vengarse algún día de aquellos que no les permitieron ser felices. Empezó a llorar, y ella también lloró, y lo hizo hasta secarse por dentro; de las lágrimas de la doncella se formó el lago Chinancocha (laguna hembra) y de las de Huáscar, el lago Orconcocha (laguna macho). Fue el último aliento.

Al ver tanto amor, el Dios Sol se compadeció de ellos y apoyó en la venganza de Huáscar. Lluvias, truenos, rayos y granizo fue lo que envió a las tribus en cuestión, y fue tanta y por tanto tiempo que cubrió a los cadáveres, convirtiéndolos así en los nevados Huascarán (por Huáscar) y Huandoy (por Huandy). Pero la venganza no quedó ahí: en 1970, el Huascarán dejó caer 10 000 toneladas de hielo sobre los pueblos de los descendientes de las tribus de antaño, cumpliendo con ello su promesa de venganza.



Según dicen, se cree que en cien o doscientos años los nevados se quedarán sin nieve, y Huáscar y Huandoy revivirán y se encontrarán nuevamente, pero esta vez ya para toda la eternidad.

[http://wiki.sumaqperu.com/es/Lagunas\\_de\\_Llanganuco](http://wiki.sumaqperu.com/es/Lagunas_de_Llanganuco)



## Los achachilas y la veta de plata

Un arriero, que una noche transitaba por el camino que sube al Cancharani, oyó un estruendoso tropel de animales de carga. Vino a su encuentro un indio que le intimó a que se regresase, porque no podía seguir adelante; el paso estaba obstruido y si insistía su muerte era segura.

El arriero retrocedió alguna distancia y acampó en un lugar cercano al Cancharani. Pero a cierta hora de mucha oscuridad quiso cerciorarse de lo que había ocurrido, y se dirigió al sitio donde había recibido el aviso. Escondiéndose al costado del camino vio desfilir una gran cantidad de mulas cargadas de grandes bloques de plata.

Una de las bestias se embarrancó rendida por el inmenso peso de su carga. El arriero fue en su auxilio, y notó que el animal se encontraba con una canilla rota. Le descargó la plata que llevaba, la que pesaba mucho, y señalando bien el lugar volvió asombrado a su alojamiento.

Al día siguiente vino a buscar la carga y no la encontró: la mula había desaparecido y en el sitio donde cayó solo había un saltamontes con una pata quebrada, que cojeaba penosamente.

El genio del cerro, con el inmenso poder que posee, había transformado a todos los saltamontes de este lugar en mulas con el objeto de arrancar las riquezas que encerraba en su seno y trasladarlas al fondo del lago Titicaca.

Desde esa noche asombrosa comenzaron a desaparecer las vetas que se encontraban en todo el sector de Cancharani.

[http://biblioteca.serindigena.org/libros\\_digitales/cuentos\\_aymara/cuentos\\_aymaras-Los-2.html](http://biblioteca.serindigena.org/libros_digitales/cuentos_aymara/cuentos_aymaras-Los-2.html)



## El mito del cóndor

**S**e dice que en una comunidad, un hombre vivía con su hija. La hija pastaba las ovejas, llamas y otros animales. Cada día un joven vestido con elegancia iba a visitarla.

Tenía un traje negro hermoso, chalina blanca, sombrero y todo. Cada día iba a visitar a la mujercita, y se hicieron buenos amigos. Jugaban a todo.

Un día comenzaron a jugar de esta manera: “Álzame tú y yo te alzaré”. Bueno, comenzaron el juego, y el joven alzó a la mujercita. Recién cuando la había alzado en alto, la mujercita se dio cuenta de que estaba volando.

El joven puso a la mujercita dentro de un nicho en un barranco. Allí el joven se convirtió en cóndor. Por un mes, dos meses, el cóndor criaba a la mujercita. Le daba toda clase de carne: carne asada, carne cocida.

Cuando habían estado unos años juntos, ella llegó a ser mujer. La jovencita dio a luz un niño, pero lloraba día y noche por su padre, a quien había dejado en la comunidad.

“¿Cómo puede estar solo mi padre? ¿Quién está cuidando a mi padre? ¿Quién está cuidando a mis ovejitas? Devuélveme al lugar de donde me trajiste. Devuélveme allá”, le suplicaba al cóndor. Pero él no le hacía caso.

Un día un picaflor apareció. La joven le dijo: “¡Ay, picaflorcito, mi picaflorcito! ¿Quién hay como tú? Tienes alas. Yo no tengo ninguna manera de bajar de aquí. Hace más de un año, un cóndor, convirtiéndose en joven, me trajo aquí. Ahora soy mujer. Y he dado a luz a su niño”.

El picaflor le contestó: “Escúchame, joven. No llores. Te voy a ayudar. Hoy día iré a contarle a tu papá dónde estás, y tu papá vendrá a buscarte”.



La joven le dijo: “Escúchame, picaflorcito. ¿Conoces mi casa, no? En mi casa hay hartas flores bellas, te aseguro que si tú me ayudas, todas las flores que hay en mi casa serán para ti”.

Cuando dijo eso, el picaflor volvió contento al pueblo, y fue a decir al padre de ella: “He descubierto dónde está tu hija. Está en el nicho de un barranco. Es la mujer de un cóndor; pero va a ser difícil bajarla. Tenemos que llevar un burro viejo”, dijo el picaflor, y contó su plan al viejo. Fueron, llevando un burro viejo.

Dejaron el burro muerto en el suelo, y mientras el cóndor estaba comiendo al burro, el picaflor y el viejo ayudaron a la jovencita a bajar del barranco.

Después llevaron dos sapos: uno pequeño, otro grande, y dejaron los sapos en el nicho del barranco. Bajaron el viejo y su hija, y fueron hacia el pueblo.

El picaflor fue donde estaba el cóndor, y le contó: “Oye, cóndor. Tú no sabes qué desgracia hay en tu casa”. “¿Qué ha pasado?”, el cóndor le preguntó. “Tu mujer y tu hijo se han convertido en sapos”. Bueno, el cóndor se fue volando a ver. Ni la joven, ni su hijo estaban dentro del nicho, solamente dos sapos.

El cóndor se asustó, pero no pudo hacer nada; y el picaflorcito está todos los días entre las flores, en la casa de la jovencita.

Mientras ella, su hijo y su padre viven felices en la comunidad.

Tamayo. Cuzco, Perú.

<http://www.encuentos.com/cuentos-de-primavera/el-mito-del-condor/>



## Leyenda de Manco Cápac y Mama Ocllo

**E**n las regiones cercanas al lago Titicaca, los hombres vivían como animales salvajes, ya que no tenían religión, leyes o una organización que los aglutinara. Estos habitantes desconocían la agricultura y no poseían técnicas de textilería, por lo cual andaban desnudos. Ellos tenían como hogares a las cavernas, y se alimentaban de la caza y recolección de alimentos.

El dios Inti se compadeció de aquellas personas y envió a su hijo Ayar Manco junto a su hermana Mama Ocllo para que civilizaran a esas poblaciones bárbaras y fundaran un imperio que honrara al dios Inti. Ayar Manco se dedicó a enseñarles a los hombres normas de convivencia en sociedad y a adorar al dios Inti. En cambio, Mama Ocllo les enseñó a las mujeres técnicas de textilería y labores domésticas.

Ayar Manco, llamado también Manco Cápac, antes tuvo que fundar una ciudad, la cual sería el centro del mundo. Su padre, el dios Inti, le proporcionó una vara de oro para que buscara la tierra prometida. Les recomendó viajar hacia el norte del lago Titicaca y hundir el bastón de oro en las tierras por donde pasaran hasta encontrar el lugar en donde este se hunda con facilidad y allí fundar la ciudad del Cusco, en donde dirigirían su imperio. Al llegar a una región norteña del lago Titicaca, fueron vistos por los lugareños, quienes los confundieron con dioses debido al brillo de sus vestimentas y joyas. Pasaban los días, y Manco Capac no hallaba la tierra en donde el bastón se hundiese con facilidad.

Pero un día, al llegar a un valle majestuoso acordonado por bellas montañas, la vara de oro se enterró en el suelo ante el asombro de Manco Cápac y Mama Ocllo. Es así como supieron que ese lugar debería



convertirse en la capital del Imperio de los Incas y ombligo del mundo.

Manco Cápac prontamente emprendió la tarea civilizadora en el valle del Cusco. Enseñó a los hombres la agricultura, la pesca, la construcción de viviendas, las ciencias, la religión, etc. Mama Ocllo tuvo la tarea de capacitar a las mujeres en labores domésticas y de tejido para crear vestimentas que los cubran de su desnudez. Manco Cápac junto a Mama Ocllo fueron los fundadores del imperio que luego harían grande sus descendientes.

La Leyenda de Manco Cápac y Mama Ocllo, o llamada también leyenda del lago Titicaca, fue dada a conocer por el cronista Inca Garcilaso de la Vega (1539-1616)



# Leyenda de los hermanos Ayar

Sobre la montaña Pacaritambo (doce lugares al noroeste de Cusco) emergieron los hermanos Ayar después del gran diluvio que había asolado la Tierra. De la montaña llamada "Tamputocco" salieron cuatro hombres y cuatro mujeres, hermanas y esposas de estos. Ellos fueron Ayar Manco y su mujer Mama Ocllo; Ayar Cachi y Mama Cora; Ayar Uchu y Mama Rahua, y por último, Ayar Auca y su esposa Mama Huaco.

Viendo la situación de las tierras y la pobreza de los pobladores, los cuatro hermanos decidieron buscar hacia el sur-este un lugar más fértil y favorable para establecerse.

En el viaje se produjo la primera desavenencia entre Ayar Cachi, quien era fornido e iracundo, y los otros hermanos. Es así que los hermanos planearon deshacerse de él, y le ordenaron regresar a las cavernas de Pacarina (en la tradición inca es el lugar de origen de una persona) a buscar provisiones. Ayar Cachi, al ingresar a la caverna Cápac Tocco (ingresó de la montaña Tamputocco), fue traicionado por su criado, quien lo encerró dentro de la cueva al colocar una piedra en la entrada. Ayar Cachi, al no poder salir dio gritos tan enérgicos que logró sacudir la tierra, abrir las montañas y agitar los cielos.

Los hermanos restantes y sus esposas, seguidos de sus ayllus, continuaron su camino y llegaron al monte Huanacauri, donde hallaron un ídolo de piedra del mismo nombre. Los hermanos ingresaron al lugar de adoración de ese ídolo con mucho temor. Ayar Uchu desafió al ídolo al brincar sobre su parte posterior. Este quedó inmediatamente petrificado, y pasó a formar parte de este. Había aconsejado a sus hermanos seguir el viaje y que se celebrasen en su memoria el Huarachico (ceremonia de iniciación hacia la adultez).



En el transcurso de su búsqueda por una tierra fértil, Ayar Uchu fue a explorar una zona cercana. Se dice que le salieron alas y voló hacia el lugar conocido como la pampa del Sol, en cuyo lugar aterrizó y se convirtió en piedra.

Ayar Manco fue el único hermano que logró llegar al valle del Cusco, donde halló suelos fértiles y logró hundir el bastón de oro que le fue entregado por el dios Inti para hallar el lugar de la fundación de lo que sería más adelante el Imperio de los Incas, conocido también como el Tahuantinsuyo. Allí fundó junto a sus hermanas la ciudad del Cusco en homenaje al dios Inti y Wiracocha.

Juan Diez de Betanzos



# La leyenda de Ollantay

**E**l general de los ejércitos incas, Ollantay, es un guerrero de origen plebeyo que por sus excelentes servicios ha sido elevado a la nobleza de privilegio y se le han concedido numerosos premios. Pero se enamora de Cusi Coyllur (Lucero Alegre o Estrella), hija del inca Pachacútec (el restaurador del mundo); amor prohibido, pues de acuerdo a las leyes de Imperio, nadie, salvo otro de linaje inca, puede casarse con una princesa. No obstante, Ollantay, enceguecido por el amor, se une a Cusi Coyllur, secreto que comparte la reina madre Ccoya o Anahuarqui.

Pese a los augurios en contra que le da el Huillac Uma o sumo sacerdote, Ollantay decide pedir al Inca que apruebe formalmente su unión con Cusi Coyllur. Pachacútec le recuerda a Ollantay su origen humilde y le señala su increíble audacia de querer “subir demasiado alto”; luego, enfurecido, lo expulsa de su presencia. Cusi Coyllur es encerrada en un calabozo de la casa de mujeres escogidas o Acllahuasi, donde deberá expiar su falta; allí dará a luz una niña, fruto de su amor con Ollantay, a la cual llamará Ima Súmac (Bella Niña).

Ollantay, al enterarse de que Cusi Coyllur ya no está en el palacio de la reina madre, cree que ha sido asesinada, y decide abandonar el Cusco, junto con Piqui Chaqui (Pies de Pulga), su confidente y servidor, no sin antes amenazar con volver y destruir la ciudad imperial. Se instala en la ciudad que lleva su nombre, Ollantaytambo, donde se atrinchera y se hace independiente, dispuesto a resistir con las armas a las huestes del Inca.

El Inca ordena a su general Rumi Ñahui (Ojo de Piedra) que reúna fuerzas y marche a combatir a Ollantay. Por su parte, Ollantay envía a su general Orco Huaranca (Mil Montañas), quien tiende a Rumi Ñahui una emboscada en un desfiladero, y lo derrota. Diez años después el Inca Pachacútec muere sin haber conseguido su deseo de derrotar a Ollantay; le sucede su hijo Túpac Yupanqui (el estimado por la realeza).



Mientras tanto, en el Acllahuasi, Cusi Coyllur tiene a su favor a una de las acllas o vírgenes del Sol, Pitu Salla, pero como fiera oponente a la dura Mama Caca (Madre Roca), la gobernanta del Acllahuasi. No obstante haber pasado diez años de férrea prisión, Cusi Coyllur aún conserva alguna esperanza de salir de ella. Su hija, Ima Súmac, ha sido criada por Pitu Salla como una escogida más, pero sin enterarse nada de sus padres. La niña descubrirá por casualidad a su madre, proponiéndose desde entonces ir donde el nuevo Inca a fin de pedir clemencia para ella.

Mientras tanto, Túpac Yupanqui se propone derrotar y capturar a Ollantay, para lo cual envía a Rumi Ñahui, quien le promete rehabilitarse de su anterior derrota. Esta vez Rumi Ñahui decide emplear la astucia: se presenta ante Ollantay cubierto de heridas y pretende que así lo ha tratado el nuevo Inca; de esa manera se gana su confianza, y, aprovechando una fiesta nocturna, abre las puertas de Ollantaytambo para dar acceso a sus tropas, las cuales, sin ninguna resistencia, logran capturar a Ollantay, a Orco Huarancca y a otros oficiales, que son llevados al Cusco ante la presencia de Túpac Yupanqui. Este pregunta a sus consejeros qué debería hacer con los rebeldes. El Huillac Uma, que siempre hace de pacificador, pide clemencia; mas Rumi Ñahui pide la muerte de ellos. Túpac Yupanqui aprueba la pena capital, pero a último momento no solamente perdona a los rebeldes, sino que les confiere puestos todavía más altos. Ollantay es nombrado general mayor y lugarteniente del Inca en caso de ausencia de este por asuntos bélicos. Orco Huarancca es nombrado jefe del Antisuyo.

Pero Ollantay tendrá otra dicha más por recibir: su reencuentro con su amada Cusi Coyllur. Ello ocurre en efecto, gracias a la casualidad: Ima Súmac, desde su niñez valiente, ingresa al palacio imperial y se arrodilla ante la presencia del Inca, pidiéndole piedad para su madre, encadenada en lo más recóndito del Acllahuasi. Aunque por el momento no sabe de quién se trata, el Inca se interesa por el asunto, y junto con Ollantay se dirige al Acllahuasi, donde encuentran a la mujer prisionera, que más que persona les parece un espectro cubierto solo por su larga cabellera. Finalmente el Inca reconoce en ella a su hermana de cuyos labios oye su penosa historia. Entonces Túpac Yupanqui, magnánimo, la libera y allí mismo la desposa con Ollantay, terminando así, con final feliz, el drama inca.



## Viuda Rumi

Según esta versión, llegó una vez a Chungui una mujer viuda, posiblemente proveniente de Apurímac o Anco. Según la leyenda, dos Apus, montañas tutelares llamados Pichi y Minaq, se enamoraron de ella (según otras versiones participaron también Osambre, Yanaqocha, Qorisilla y Llaveqaqa). El Apu Minaq convertido en joven buenmozo, la enamoró y la convirtió en su esposa. Viendo esto el Apu Pichi, le declaró la guerra. Para entonces el Apu Minaq había dado muchos regalos a la mujer y tenido un niño con ella, pero el Apu Pichi le arrebató las riquezas que la mujer tenía. La guerra fue estruendosa, puesto que usaban rayos y truenos como armas. Como el Apu Pichi era más poderoso, venció al Apu Minaq. Le arrebató sus riquezas y a su mujer, y se la llevó consigo a sus aposentos en Pichi. Durante la huida la mujer se convirtió en piedra al dar la vuelta para ver lo que pasaba por obra del Apu Minaq, y quedó su imagen para consuelo de él, pero según parece es solo una imagen, y que a la verdadera mujer logró llevarse el Apu Pichi.

Según los abuelos, esta piedra tenía un poder sobrenatural, pues se decía que la mujer que daba una vuelta alrededor de la piedra indefectiblemente enviudaba. Entonces, las mujeres que no se llevaban bien con su marido solo daban una vuelta a la piedra para quedar viudas; por esta razón los forasteros no contraían matrimonio con una mujer natural de Chungui. Según esta versión de la historia, esta piedra no tiene tal poder, y la verdadera Viuda Rumi se hallaría en Pichi.

Versión recopilada por Grimaldo Chalco y Roque Ccellccasca.  
<http://www.chungui.info/viudarumi1.html>



## El origen del lago Titicaca

Se cuenta que en las pampas cercanas de la ciudad de Chucuito, cubiertas actualmente por las aguas del lago Titicaca, existía una floreciente población. En cierta ocasión, llegó una mujer forastera cargando en su espalda una gran tinaja o huakulla de barro con una tapa bien ajustada. Muy penosamente vencida por la fatiga se alojó en una casa después de muchas súplicas, pues la gente del pueblo se había olvidado las normas de hospitalidad, pero se quedó.

Al siguiente día muy temprano quiso continuar su viaje. En realidad, había pasado una noche muy mal, por falta de una cama y alimentos. La habían alojado en los rincones de la cocina, y no le habían invitado cena. A causa de ello no tenía fuerza ni la energía para llevar la tinaja huakulla. Suplicó a los dueños para dejar su huakulla. Le permitieron dejarla hasta su regreso, pero la mujer había dicho que por favor no la fueran a destapar y que tuvieran mucho cuidado. Aceptaron obsequiosamente los dueños de la casa con la promesa de no hacerlo.

A varios las hormigas les habían picado constantemente en la comunidad, y se preguntaban qué tendría la tinaja, porque les había recomendado no quitar la tapa. No podían soportar tanto tiempo la inquietud, y con las esperanzas de hallar algo muy valioso quitaron la tapa. Entonces, muy consternados, vieron brotar un violento chorro de agua. El agua salió interminablemente e inundó al final toda la comarca y a sus moradores. No tuvieron tiempo para escapar. Juntamente con el chorro de agua salieron los peces, las gaviotas, flamencos, patos, chanchos, patillos, zambuladores, q'ëñola, qaslachup'uquña y todas las aves y seres vivientes que en la actualidad viven en las aguas de Titicaca, que a su vez son el efecto de la ambición y curiosidad de los habitantes de ese pueblo.



Se cuenta también que en ciertas horas de la noche y en determinados días de la semana se observa en el fondo de lago una ciudad desaparecida.

<http://leyendas-peru.blogspot.pe/2011/08/el-origen-del-lago-titicaca.html#more>



# Leyenda del toro encantado

**E**n el Perú, en una ciudad llamada Huanta, hay una laguna que tiene como nombre Rasuwillca. Esta laguna está en medio de otras tres lagunas que la rodean, pero Rasuwillca es la más grande, por lo tanto la principal. La laguna está en la cima de un cerro que domina la entrada del pueblo, por eso se ha construido en ella una represa que suministra de agua para el regadío y para el consumo del pueblo.

Los pobladores de Huanta cuentan que dentro de esta laguna se encuentra un toro negro muy hermoso y corpulento. Este espectacular espécimen se encuentra sujeto con una cadena de oro cuyo extremo guarda una anciana canosa.

Hace muchos años, en un descuido que tuvo la anciana, el toro logró vencer a la anciana y salió a la superficie, e inmediatamente las aguas de la laguna se embravecieron, rompieron los diques con grandes oleajes, inundaron el pueblo, arrasaron toda la población y produjeron grandes estragos y gastos incalculables.

Entonces, los indios que habitaban en la ciudad, al darse cuenta de esto, inmediatamente trataron incansablemente de atrapar al toro. Lucharon mucho, pero lograron conseguir su cometido, y lo hundieron nuevamente.

Desde aquel día la gente teme que otra vez el toro pueda escaparse y la laguna inunde la floreciente ciudad de Huanta.

<http://www.unaleyendacorta.com/2014/04/el-toro-encantado.html>



# El mito de Pachamama y Pachacamac

**E**l mito de Pachamama y Pachacamac representa la unión del cielo y la tierra, una vida de Yanantin y complementariedad que explica la cosmovisión andina y el pensamiento colectivo que se trasmite desde tiempos antiguos. Resuelve además los enigmas de por qué la pachamama es la diosa de la naturaleza, de por qué los animales son protectores de la raza humana y de por qué una ardua lucha entre los dioses genera un desenlace fruto del amor, el sacrificio, el dolor y la tragedia, solo después del cual, según el pensamiento andino, se logra ascender de las tinieblas a la luz celestial.

Este es el argumento más común del mito.

Hace miles de años, en el cielo surgió la rivalidad entre dos hermanos por el amor de una atractiva y encantadora joven de nombre Pachamama (Diosa Madre Tierra). Ella eligió por esposo a Pachacamac (Dios Creador del Mundo), lo que motivó la rebeldía de Wakon (Dios del Fuego, Dios del Mal), quien tuvo que ser expulsado del reino celestial por designio de todos los dioses. Lleno de ira, Wakon ocasionó desastres en la tierra: sequías e inundaciones, hambre y muerte.

Conmovido por el efecto devastador de la furiosa descarga de cólera y odio de su hermano contra el mundo, Pachacamac descendió del cielo y venció a Wakon en una feroz pelea, y restableció el orden en el planeta. Entonces, como seres mortales, Pachacamac y Pachamama reinaron en la tierra, mientras el rendido Wakon fue desterrado, condenado a vivir en la sombra, en cuevas de las montañas más lejanas, con la advertencia de no regresar jamás.

Durante la época de florecimiento que sobrevino, la pareja divina tuvo dos gemelos, varón y mujer, llamados Wilkas; pero la felicidad se cortó abruptamente cuando Pachacamac cae al mar de Lurín (Lima), muere y queda convertido en una isla. Entonces el silencio y las tinieblas cubrieron el mundo.

A pesar de la tristeza y la oscuridad, Pachamama y sus niños no des-



fallecieron. Caminaron sin rumbo en la noche interminable, teniendo que esconderse a menudo de enormes monstruos; su esencia divina les permitía mantener la agilidad mental para salir ilesos de cualquier adversidad y continuar la marcha errante. Cuando se hallaban por las tierras de Canta (sierra de Lima), vieron un pequeño resplandor de fuego en las alturas, y no dudaron en ir hacia él, ignorando que aquel resplandor, esa única luz de esperanza, provenía de la cueva de Wakon. Al llegar, cuentan sus penurias y reciben la ayuda de un desconocido Wakon; este se las ingenia para quedarse solo con la bella Pachamama —envía a los pequeños a traer agua en una vasija rajada— y trata de seducirla, pero ella lo rechaza. Sumamente encolerizado, Wakon la mata a golpes, la descuartiza y devora su carne; el demonio antropófago se regocija todavía con los huesos en las manos y restos de sangre fresca en la boca, mientras el espíritu de Pachamama se aleja para convertirse en la cordillera La Viuda (Andes centrales, límite de Lima, Junín y Pasco).

Habiéndose ingeniado para parchar la vasija con arcilla y hojas verdes, los hermanitos regresan con el agua. Miran por todos lados, buscan llorando a su madre; el tío se apura en decirles que ha salido y le ha pedido que los cuide hasta su regreso. Wakon pretendía realmente devorárselos después de engordarlos lo suficiente; felizmente, aparece el huaychao (ave andina que anuncia la salida del sol) para contarles que su madre fue asesinada y devorada por su tío.

Los gemelos huyen, corren sin parar, temen a la muerte que viene tras ellos. En el trayecto, diversos animales ofrecen distraer al malvado persecutor; avanzan y avanzan, demostrando valor, a pesar de que sus delgadas piernas se van rindiendo; muy cansados ya, una zorra los oculta en su madriguera.

Al mismo tiempo, Wakon recorre velozmente los caminos, pregunta al cóndor, al jaguar, a la serpiente y a otros animales que va encontrando a su paso, pero ninguno le da una buena pista. Finalmente, se encuentra con la zorra, quien le dice que los niños vendrán si canta desde la montaña más alta, imitando la voz de Pachamama. Créduo y poco sagaz, Wakon emprende una rauda carrera hacia la cumbre, pero, faltando muy poco para llegar, pisa una piedra aflojada adrede por los animales y cae al abismo, y ocasiona su muerte fortísimos temblores.

Los Wilkas se salvaron, pero han quedado en la orfandad; solo tienen a la zorra, que hace lo posible para que no mueran de hambre, y los



alimenta incluso con su sangre; viven tristes, sin tener siquiera alguna esperanza de que su suerte cambie. Pero como nada terrenal es eterno, pronto el destino los llevaría por un rumbo jamás imaginado.

Cierto día en que salieron al campo a recoger papas, en uno de los surcos encontraron una oca grande en forma de muñeca, y se pusieron a jugar con ella hasta que se partió en pedazos; desconsolados se quedaron dormidos. Su padre Pachacamac, que los miraba desde el cielo, sintió la más profunda pena, y en ese instante decidió llevarlos junto a él.

Al despertarse, la niña contó a su hermanito que tuvo un sueño en el que tiraba su sombrero y ropas al aire, y arriba se quedaban; ella estaba acalorada, y él no supo qué decirle. Sentados al borde de la chacra, ambos se hallaban confundidos, contrariados, tratando de interpretar el sueño, cuando de repente vieron bajar del cielo dos cuerdas doradas. Se miraron sorprendidos, y, empujados más que nada por la curiosidad, decidieron treparse en ellas y subir para saber hacia dónde conducían. El ascenso fue sencillo, porque las cuerdas se recogían suavemente como si alguien las jalara. Los Wilkas llegaron al cielo y no tardaron en experimentar la felicidad absoluta, al encontrar vivo a su amoroso padre Pachacamac, quien los premió dándoles un lugar de privilegio en su reino, quedando transformados en el Sol y la Luna. Así terminaba la época de oscuridad total en la tierra, dando paso al día y la noche.

Arnaldo Quispe

<https://takiruna.com/2015/07/17/mito-de-pachamama-en-el-pensamiento-colectivo-andino>



# Pinkosmarca

**E**n un principio no existieron hombres. En el mundo solo había animales, plantas y piedras, pero el Japailán Kamakoj decidió poblarlo con seres superiores. Por eso hizo nacer de la tierra a los Warikunas, que se establecieron en Pomabamba. Los Warikunas eran gigantes. Llevaban enormes piedras en el hombro, y con ellas construyeron hermosas ciudades. Pero eran malvados. Se destrozaban en guerras continuas. Del oriente vinieron los Aukas, que eran mejores guerreros que los Warikunas, y los exterminaron.

El exterminio enojó mucho al Japallán Kamakoj. Llamó a tres cóndores y les dijo:

—Recorred el mundo entero pregonando que los Aukas serán castigados.

Los cóndores recorrieron el mundo de uno a otro confín proclamando su fatal designio. Solo tres días les tomó cubrir el planeta con sus vuelos. Al cabo de ese tiempo estalló una tempestad jamás vista. Entre truenos y relámpagos pavorosos que no tenían cuándo acabar, cayó un diluvio. Llovió por un largo tiempo imprecisable. La tierra se conmovió desde sus cimientos. Se desmoronaron las gigantescas ciudades y perecieron la gente, los animales y las plantas. El mundo se convirtió en un infinito lago barroso con las ciudades sepultadas en sus insondables entrañas, y solo cuando no quedó rastro de vida las negras aguas se retiraron al mar arrastrando los escombros de las ciudades.

Concluido el castigo, el Japallán Kamakoj llamó nuevamente a los mismos cóndores.



—Ahora traed tres parejas de hombres —les ordenó.

Los cóndores volaron por el mundo. En sus vuelos vieron que otros pueblos y otras ciudades habían sido arrasados por otras catástrofes. Pero cada ave pudo encontrar una pareja de hombres: hembra y macho, salvada de las hecatombes. Los tres cóndores los cargaron en sus espaldas y regresaron. El Japallán Karnakoj ordenó que las tres parejas fueran depositadas en Pinkosmarka, donde se establecieron. Sus descendientes poblaron el continente americano.

Marcos Yauri Montero



# Ganchiskocha

**E**n aquellos tiempos, nacieron dos hermosos gemelos de una mujer tonta. Pronto crecieron y se hicieron hombres. Pero aparecieron unos monstruos con figura humana que vomitaban fuego, y los mataron. El padre los volvió a la vida, y para salvarlos de peligros futuros los transformó en serpientes. Las serpientes eran hermosísimas, y se fueron a vivir lejos. La más grande, que era hembra, se fue a la laguna de Ganchiskocha, y la otra, que era pequeña y macho, a la laguna de Yanakocha. Todo esto sucedió en el valle de Konchukos.

Un día las serpientes sintieron demasiado hambre, y salieron en busca de alimentos. Empezaron a arrastrarse por la tierra. Como sus cuerpos eran gigantescos, hicieron gran estruendo, y las montañas y quebradas se estremecieron, y de ese movimiento nacieron nuevos valles. Al llegar al primer montón de piedras que los viajeros habían hecho en una montaña, y encontrarlo destruido, pensaron que los hombres eran malos, entonces decidieron devorarlos. La serpiente hembra dijo:

—En las mañanas me alimentaré en Chakas, en el mediodía en Piskobamba y en la noche en Yungay.

La serpiente macho a su vez prometió:

—En las mañanas comeré en Kasqa, a mediodía en Kurayaku y en la noche en Pasakancha.

Los habitantes de todos esos pueblos no sabían que el exterminio los amenazaba.

“Cuando hayamos devorado a todos”, juraron al mismo tiempo, “nos juntaremos para dar la vuelta al mundo. Cruzaremos la Cordillera Blan-



ca y Negra”. Pero apenas comenzaron su labor destructora, el dios Wirakocha se indignó e intervino. Les disparó sus rayos, y las serpientes se convirtieron en rocas agudas de color azul. Sus cabezas se salvaron de la catástrofe. De ellas están creciendo nuevos cuerpos de serpientes. Cuando se hayan desarrollado definitivamente, en el valle de Konchukos renacerá la vida y el mundo será como en el comienzo. Las dos serpientes se convertirán en hombres-dioses. Estos crearán una nueva sociedad donde los hombres serán libres y no habrá injusticias.

Marcos Yauri Montero



# El venado encantado de Carcas

**E**n Carcas, pequeño poblado del distrito de Chiquián, en la provincia de Bolognesi, hay un cerro llamado Huanya. En su interior duerme un fabuloso tesoro que los incas ocultaron a la codicia de los españoles. El Dios Sol decretó que un venado corpulento, de hermosa piel y cuernos relucientes, debía tener la eterna misión de cuidarlo.

Desde entonces, el bello animal ronda por los parajes de ese lugar, sin permitir que nadie llegue a descubrir la entrada de la caverna. Pero el demonio una vez estuvo a punto de dar con ella. Y por eso el fiero venado emprendió contra él una lucha feroz y sin cuartel. En las crudas épocas del invierno, cuando la tierra se cubre de una melancólica neblina y el rocío cae tristemente de las hojas, la lucha se torna más encarnizada. Durante las noches lóbregas y heladas, el cerro se estremece ante el fragor de la pelea cruenta, fragor que apaga el estrépito de las torrentosas aguas de los tres arroyuelos que surcan el lugar. Pese a la ferocidad del demonio, el bizarro guardián de piel brillante y astas erguidas logra derrotarlo, y el enemigo vencido aumenta el caudal de uno de los arroyuelos.

Una vez, dos cazadores habían seguido los rastros de un venado. Después de una fatigosa caminata, llegaron a la boca de una cueva a cuyo interior se dirigían las huellas. Entraron alumbrándose con una antorcha, y a su luz vieron esqueletos humanos, potes y otros objetos de alfarería. Temerosos, al emprender el regreso a sus chozas, uno de ellos resbaló, y al incorporarse apoyándose con las manos en el suelo remojado por las lluvias, descubrió una galería subterránea. Al hurgar en ella, advirtieron que estaba llena de alhajas de oro y piedras preciosas. Quisieron cargar con la riqueza, pero en eso, al divisar por el campo, vieron a un venado de singular gallardía, pero ni se les ocurrió cazarlo.



Anduvieron por los alrededores en busca de un burro para cargar a sus casas la fortuna, pero con mala suerte. Entonces, fueron al sitio donde habían encontrado la galería con la intención de llenar sus alforjas con las joyas, mas no pudieron dar con ella. En la búsqueda desesperada se perdieron, y nadie supo de ellos. El venado que había divisado anteriormente, y que no era sino el celoso guardián de la gigantesca riqueza, los había convertido en dos arroyuelos que empezaron a correr junto al que ya existía, el cual se había formado por la transformación de los demonios a quienes el bizarro animal había vencido en anteriores jornadas.

Marcos Yauri Montero.



# El enano Muqui

**M**úqui es un enano que habita en los socavones. Tiene las manos suaves como hechas de humo, ojos vidriosos y piel pálida y trasnochada de tanto atisbar por las bocaminas. Cuando algún perro tonto se mete en la mina, el enano lo sigue callado; de pronto el perro chapotea sobre el lodo del socavón, se retuerce y se queda panza arriba, con los ojos saltones y la lengua afuera. El enano patuleco se va frotando las panza.

Así Muqui, enano cobarde, solo ataca a los perritos flacos, a los niños o a los cholos dormidos largo a largo en los socavones. Después de cada muerte se va tambaleando mina adentro, silbando bajito, bajito, hasta perderse, sabe Dios por qué pozos y galerías.

Pero he aquí lo extraordinario. Muqui existe y representa los gases letales, más pesados que el aire, que discurren rozando el suelo de las minas, y que hacen sus víctimas entre los niños, los animales de poca talla y los mineros dormidos. Por eso Muqui tiene las manos suaves como hechas de humo...

Leyenda de los mineros de Casapalca, La Oroya y Cerro de Pasco.  
Arturo Jiménez Borja



# Muqui, el duende de las minas

Los tres obreros de la mina Inti salvaron milagrosamente la vida, y el pueblo de Tingo celebró el hecho agradeciendo a los Apus por el prodigio concedido.

En plena fiesta, Bruno, el capataz —muy cansado—, se retiró junto con su esposa y sus pequeños hijos. Ya en su bohío abrazó a su hija Juanita y le musitó: “No fueron los Apus, sino un Muqui quien nos salvó la vida”.

—¿El duende de las minas? —dijo la asustada niña.

—Sí, uno de ellos se me apareció el día anterior cuando ultimaba el socavón.

Lloraba, quejándose de los padres que abandonan a sus críos: “Van a tener su castigo”, profetizó amenazante.

—Dice ser dueño de las minas —añadió Juanita—. ¿Es cierto que luce un fino poncho de vicuña y que lleva una potente lámpara de carburo?

—Sí —dijo Bruno —, también le vi sus dos brillantes cuernos cuando me hablaba al oído. El día del derrumbe mis compañeros me juraron que ellos asistían a sus hijos, pero uno mintió. Al momento de la avalancha lo confesó, pero ya era tarde. Los gases nos ahogaban cuando asomó el Muqui, animándome a seguirlo por una ruta desconocida. Había optado por el perdón, y así salvamos la vida.

Fue un aviso —dijo la niña—. El abuelito nos ha contado que en Arequipa los llaman “Chinchilicos”; en Puno, “Anchanchos”; y en Cajamarca, “Jusshis”.

—Así es... ¿Sabes?, tuvimos mucho temor —continuó Bruno—, pero tenía la certeza de que nuestros Muquis no eran malignos sino juguetones, aunque severísimos con los irresponsables. Así lo entendimos entonces.

Felices, Bruno y los suyos durmieron mejor, mientras que el Muqui vigilaba al pueblo de Tingo.

Fernando Grados Laos en Colección Amiguitos

Fuente: <http://www.cuentosdedoncoco.com/2011/06/muki-el-duende-de-las-minas-cuentos-de.html>



# Santuario de Cocharcas

**E**l origen de este santuario lo inicia un indio llamado Sebastián Quimichi, nacido en Cocharcas, provincia de Chinchero, en Andahuaylas.

Sebastián era bueno, honrado y trabajador, pero había nacido con una enfermedad congénita que lo invalidó, y vivía de la caridad de las personas. Sebastián, no deseando ser una carga, salió de Cocharcas (Andahuaylas) con rumbo al Cusco, con la esperanza de trabajar en esa ciudad, pero con poca suerte, pues por ser impedido físicamente, muy pocos le daban trabajo.

No obstante pasar por muchas penalidades, Sebastián nunca perdió la fe en Dios ni en los hombres, y en esos instantes aciagos, una india de nombre Inés le aconsejó que fuera al santuario de Copacabana y que le pidiera a la Virgen que lo ayudara a calmar sus padecimientos.

Sebastián no lo sabía, pero había sido marcado por la Santísima Virgen como instrumento de su amor a esas regiones que recién recibían la luz del evangelio, pues Dios usa a las personas más modestas para hacer su voluntad.

Una vez en Copacabana, la Virgen le concedió el milagro de curarlo de su invalidez. Entonces, feliz de haber encontrado esta gracia, quiso estar cerca de la Virgen, y pidió trabajo en el santuario, donde realizó labores como personal de limpieza, portero, campanero, etc.

Diez años después Sebastián decidió regresar a su pueblo, y pidió como pago de sus servicios se le concediera una réplica de la imagen de la Candelaria, para llevarla a su pueblo natal y fomentar su culto en gratitud al milagro que había alcanzado tan generosamente.

Sucede que esos momentos estaba en Copacabana, visitando el Santuario de la Virgen, un buen clérigo argentino de nombre Hermano Camargo, quien al conocer la historia de Sebastián le encargó a Tito Yupanqui, escultor que había hecho el original, para que realice dos copias, una de tamaño natural y otra de 50 cm, con la idea de llevarla



a todos los pueblos, para promover su culto y pedir limosna para la construcción de su santuario.

Ya terminadas las réplicas de tan hermosa escultura, Sebastián regresó orgulloso a su pueblo de Cocharcas en Andahuaylas, donde con las limosnas obtenidas en el trayecto comenzaron a levantar un santuario, que una vez terminado y por disposición del primer obispo de Ayacucho, Fray Agustín Carvo, señala como inicio del culto en honor a la Virgen un 8 de septiembre de 1598, en lugar del 2 de febrero, pues este mes es de temporada de lluvias y crecida de los ríos, haciendo difícil y peligrosa la concurrencia de peregrinos.

Monseñor Fidel Olivas Escuderos, obispo de Ayacucho, deseando hacer crecer el culto a la Mamacha Cocharcas, mando a hacer una diminuta imagen de la Virgen de Cocharcas, con la piedra llamada Huamanga, y condujo esta pequeña imagen por toda la región del Mantaro, donde los indios la veneraban, danzaban y daban limosnas para hacer su santuario.

Es por esto que se supone que esta imagen fue traída a esta región para recoger la limosna, y por causa desconocida, tal vez por robo o por muerte del que la trasladaba, quedó al pie del cerro del barrio Llamus (hoy anexo de Cocharcas), en una vertiente de agua cristalina que no deja de brotar. Una vez encontrada tan bella imagen fue trasladada a la iglesia de Sapallanga, sin que se pueda precisar la fecha, pero la tradición asegura que esto ocurrió hace más de trescientos años.

[http://www.munisapallanga.gob.pe/entidad/PM\\_MUNICIPALIDAD\\_DETALLE.asp?pk\\_id\\_entidad=1043&pk\\_id\\_tema=103494&pk\\_id\\_sub\\_tema=12733](http://www.munisapallanga.gob.pe/entidad/PM_MUNICIPALIDAD_DETALLE.asp?pk_id_entidad=1043&pk_id_tema=103494&pk_id_sub_tema=12733)





# CARTA DEMOCRÁTICA INTERAMERICANA

## I La democracia y el sistema interamericano

### Artículo 1

Los pueblos de América tienen derecho a la democracia y sus gobiernos la obligación de promoverla y defenderla. La democracia es esencial para el desarrollo social, político y económico de los pueblos de las Américas.

### Artículo 2

El ejercicio efectivo de la democracia representativa es la base del estado de derecho y los regímenes constitucionales de los Estados Miembros de la Organización de los Estados Americanos. La democracia representativa se refuerza y profundiza con la participación permanente, ética y responsable de la ciudadanía en un marco de legalidad conforme al respectivo orden constitucional.

### Artículo 3

Son elementos esenciales de la democracia representativa, entre otros, el respeto a los derechos humanos y las libertades fundamentales; el acceso al poder y su ejercicio con sujeción al estado de derecho; la celebración de elecciones periódicas, libres, justas y basadas en el sufragio universal y secreto como expresión de la soberanía del pueblo; el régimen plural de partidos y organizaciones políticas; y la separación e independencia de los poderes públicos.

### Artículo 4

Son componentes fundamentales del ejercicio de la democracia la transparencia de las actividades gubernamentales, la probidad, la responsabilidad de los gobiernos en la gestión pública, el respeto por los derechos sociales y la libertad de expresión y de prensa. La subordinación constitucional de todas las instituciones del Estado a la autoridad civil legalmente constituida y el respeto al estado de derecho de todas las entidades y sectores de la sociedad son igualmente fundamentales para la democracia.

### Artículo 5

El fortalecimiento de los partidos y de otras organizaciones políticas es prioritario para la democracia. Se deberá prestar atención especial a la problemática derivada de los altos costos de las campañas electorales y al establecimiento de un régimen equilibrado y transparente de financiación de sus actividades.

### Artículo 6

La participación de la ciudadanía en las decisiones relativas a su propio desarrollo es un derecho y una responsabilidad. Es también una condición necesaria para el pleno y efectivo ejercicio de la democracia. Promover y fomentar diversas formas de participación fortalece la democracia.

## II La democracia y los derechos humanos

### Artículo 7

La democracia es indispensable para el ejercicio efectivo de las libertades fundamentales y los derechos humanos, en su carácter universal, indivisible e interdependiente, consagrados en las respectivas constituciones de los Estados y en los instrumentos interamericanos e internacionales de derechos humanos.

### Artículo 8

Cualquier persona o grupo de personas que consideren que sus derechos humanos han sido violados pueden interponer denuncias o peticiones ante el sistema interamericano de promoción y protección de los derechos humanos conforme a los procedimientos establecidos en el mismo. Los Estados Miembros reafirman su intención de fortalecer el sistema interamericano de protección de los derechos humanos para la consolidación de la democracia en el Hemisferio.

### Artículo 9

La eliminación de toda forma de discriminación, especialmente la discriminación de género, étnica y racial, y de las diversas formas de intolerancia, así como la promoción y protección de los derechos humanos de los pueblos indígenas y los migrantes y el respeto a la diversidad étnica, cultural y religiosa en las Américas, contribuyen al fortalecimiento de la democracia y la participación ciudadana.

### Artículo 10

La promoción y el fortalecimiento de la democracia requieren el ejercicio pleno y eficaz de los derechos de los trabajadores y la aplicación de normas laborales básicas, tal como están consagradas en la Declaración de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) relativa a los Principios y Derechos Fundamentales en el Trabajo y su Seguimiento, adoptada en 1998, así como en otras convenciones básicas afines de la OIT. La democracia se fortalece con el mejoramiento de las condiciones laborales y la calidad de vida de los trabajadores del Hemisferio.

## III Democracia, desarrollo integral y combate a la pobreza

### Artículo 11

La democracia y el desarrollo económico y social son interdependientes y se refuerzan mutuamente.

### Artículo 12

La pobreza, el analfabetismo y los bajos niveles de desarrollo humano son factores que inciden negativamente en la consolidación de la democracia. Los Estados Miembros de la OEA se comprometen a adoptar y ejecutar todas las acciones necesarias para la creación de empleo productivo, la reducción de la pobreza y la erradicación de la pobreza extrema, teniendo en cuenta las diferentes realidades y condiciones económicas de los países del Hemisferio. Este compromiso común frente a los problemas del desarrollo y la pobreza también destaca la importancia de mantener los equilibrios macroeconómicos y el imperativo de fortalecer la cohesión social y la democracia.

### Artículo 13

La promoción y observancia de los derechos económicos, sociales y culturales son constitucionales al desarrollo integral, al crecimiento económico con equidad y a la consolidación de la democracia en los Estados del Hemisferio.

### Artículo 14

Los Estados Miembros acuerdan examinar periódicamente las acciones adoptadas y ejecutadas por la Organización encaminadas a fomentar el diálogo, la cooperación para el desarrollo integral y el combate a la pobreza en el Hemisferio, y tomar las medidas oportunas para promover estos objetivos.

### Artículo 15

El ejercicio de la democracia facilita la preservación y el manejo adecuado del medio ambiente. Es esencial que los Estados del Hemisferio implementen políticas y estrategias de protección del medio ambiente, respetando los diversos tratados y convenciones, para lograr un desarrollo sostenible en beneficio de las futuras generaciones.

### Artículo 16

La educación es clave para fortalecer las instituciones democráticas, promover el desarrollo del potencial humano y el alivio de la pobreza y fomentar un mayor entendimiento entre los pueblos. Para lograr estas metas, es esencial que una educación de calidad esté al alcance de todos, incluyendo a las niñas y las mujeres, los habitantes de las zonas rurales y las personas que pertenecen a las minorías.

## IV Fortalecimiento y preservación de la institucionalidad democrática

### Artículo 17

Cuando el gobierno de un Estado Miembro considere que está en riesgo su proceso político institucional democrático o su legítimo ejercicio del poder, podrá recurrir al Secretario General o al Consejo Permanente a fin de solicitar asistencia para el fortalecimiento y preservación de la institucionalidad democrática.

### Artículo 18

Cuando en un Estado Miembro se produzcan situaciones que pudieran afectar el desarrollo del proceso político institucional democrático o el legítimo ejercicio del poder, el Secretario General o el Consejo Permanente podrá, con el consentimiento previo del gobierno afectado, disponer visitas y otras gestiones con la finalidad de hacer un análisis de la situación. El Secretario General elevará un informe al Consejo Permanente, y éste realizará una apreciación colectiva de la situación y, en caso necesario, podrá adoptar decisiones dirigidas a la preservación de la institucionalidad democrática y su fortalecimiento.

### Artículo 19

Basado en los principios de la Carta de la OEA y con sujeción a sus normas, y en concordancia con la cláusula democrática contenida en la Declaración de la ciudad de Quebec, la ruptura del orden democrático o una alteración del orden constitucional que afecte gravemente el orden democrático en un Estado Miembro constituye, mientras persista, un obstáculo insuperable para la participación de su gobierno en las sesiones de la Asamblea General, de la Reunión de Consulta, de los Consejos de la Organización y de las conferencias especializadas, de las comisiones, grupos de trabajo y demás órganos de la Organización.

### Artículo 20

En caso de que en un Estado Miembro se produzca una alteración del orden constitucional que afecte gravemente su orden democrático, cualquier Estado Miembro o el Secretario General podrá solicitar la convocatoria inmediata del Consejo Permanente para realizar una apreciación colectiva de la situación y adoptar las decisiones que estime conveniente. El Consejo Permanente, según la situación, podrá disponer la realización de las gestiones diplomáticas necesarias, incluidos los buenos oficios, para promover la normalización de la institucionalidad democrática. Si las gestiones diplomáticas resultan infructuosas o si la urgencia del caso lo aconsejare, el Consejo Permanente convocará de inmediato un período extraordinario de sesiones de la Asamblea General para que ésta adopte las decisiones que estime apropiadas, incluyendo gestiones diplomáticas, conforme a la Carta de la Organización, el derecho internacional y las disposiciones de la presente Carta Democrática. Durante el proceso se realizarán las gestiones diplomáticas necesarias, incluidos los buenos oficios, para promover la normalización de la institucionalidad democrática.

### Artículo 21

Cuando la Asamblea General, convocada a un período extraordinario de sesiones, constate que se ha producido la ruptura del orden democrático en un Estado Miembro y que las gestiones diplomáticas han sido infructuosas, conforme a la Carta de la OEA tomará la decisión de suspender a dicho Estado Miembro del ejercicio de su derecho de participación en la OEA con el voto afirmativo de los dos tercios de los Estados Miembros. La suspensión entrará en vigor de inmediato. El Estado Miembro que hubiera sido objeto de suspensión deberá continuar observando el cumplimiento de sus obligaciones como miembro de la Organización, en particular en materia de derechos humanos.

Adoptada la decisión de suspender a un gobierno, la Organización mantendrá sus gestiones diplomáticas para el restablecimiento de la democracia en el Estado Miembro afectado.

### Artículo 22

Una vez superada la situación que motivó la suspensión, cualquier Estado Miembro o el Secretario General podrá proponer a la Asamblea General el levantamiento de la suspensión. Esta decisión se adoptará por el voto de los dos tercios de los Estados Miembros, de acuerdo con la Carta de la OEA.

## V La democracia y las misiones de observación electoral

### Artículo 23

Los Estados Miembros son los responsables de organizar, llevar a cabo y garantizar procesos electorales libres y justos. Los Estados Miembros, en ejercicio de su soberanía, podrán solicitar a la OEA asesoramiento o asistencia para el fortalecimiento y desarrollo de sus instituciones y procesos electorales, incluido el envío de misiones preliminares para ese propósito.

### Artículo 24

Las misiones de observación electoral se llevarán a cabo por solicitud del Estado Miembro interesado. Con tal finalidad, el gobierno de dicho Estado y el Secretario General celebrarán un convenio que determine el alcance y la cobertura de la misión de observación electoral de que se trate. El Estado Miembro deberá garantizar las condiciones de seguridad, libre acceso a la información y amplia cooperación con la misión de observación electoral. Las misiones de observación electoral se realizarán de conformidad con los principios y normas de la OEA. La Organización deberá asegurar la eficacia e independencia de estas misiones, para lo cual se les dotará de los recursos necesarios. Las mismas se realizarán de forma objetiva, imparcial y transparente, y con la capacidad técnica apropiada. Las misiones de observación electoral presentarán oportunamente al Consejo Permanente, a través de la Secretaría General, los informes sobre sus actividades.

### Artículo 25

Las misiones de observación electoral deberán informar al Consejo Permanente, a través de la Secretaría General, si no existiesen las condiciones necesarias para la realización de elecciones libres y justas. La OEA podrá enviar, con el acuerdo del Estado interesado, misiones especiales a fin de contribuir a crear o mejorar dichas condiciones.

## VI Promoción de la cultura democrática

### Artículo 26

La OEA continuará desarrollando programas y actividades dirigidos a promover los principios y prácticas democráticas y fortalecer la cultura democrática en el Hemisferio, considerando que la democracia es un sistema de vida fundado en la libertad y el mejoramiento económico, social y cultural de los pueblos. La OEA mantendrá consultas y cooperación continua con los Estados Miembros, tomando en cuenta los aportes de organizaciones de la sociedad civil que trabajen en esos ámbitos.

### Artículo 27

Los programas y actividades se dirigirán a promover la gobernabilidad, la buena gestión, los valores democráticos y el fortalecimiento de la institucionalidad política y de las organizaciones de la sociedad civil. Se prestará atención especial al desarrollo de programas y actividades para la educación de la niñez y la juventud como forma de asegurar la permanencia de los valores democráticos, incluidas la libertad y la justicia social.

### Artículo 28

Los Estados promoverán la plena e igualitaria participación de la mujer en las estructuras políticas de sus respectivos países como elemento fundamental para la promoción y ejercicio de la cultura democrática.

# Banco del Libro

INSTITUCION EDUCATIVA:								
DEPARTAMENTO:				PROVINCIA:				
^DISTRITO:								
Año	Grado	Sección	Nombres y apellidos del alumno	Código*	Condición del libro ^			
					Recibí	Firma del Padre	Entregué	Firma del Padre

\* Código = Número de orden del alumno Condición del libro:

- A = Nuevo, completo, limpio, sin deterioro.
- B = Completo, se puede borrar algunas marcas, sin deterioro.
- C = Con marcas que no salen y con deterioros subsanables.
- D = Inutilizable, requiere reposición.



## ¿Cómo cuido y limpio mis libros?

- Forro mi libro con plástico o papel y le coloco una etiqueta.
- Limpio mi libro con una franela.
- Uso mi libro con las manos limpias y en lugares apropiados.
- Realizo las actividades en un cuaderno u hojas de trabajo, sin rayar ni escribir en mi libro.
- Evito doblar las puntas y que se manche con líquidos o dulces.

**¡Cuido los libros porque otro niño los utilizará el próximo año!**

# SÍMBOLOS DE LA PATRIA



BANDERA



CORO DEL HIMNO NACIONAL



ESCUDO

## Declaración Universal de los Derechos Humanos

El 10 de diciembre de 1948, la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó y proclamó la Declaración Universal de Derechos Humanos, cuyos artículos figuran a continuación:

**Artículo 1.-** Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y (...) deben comportarse fraternalmente los unos con los otros.

**Artículo 2.-** Toda persona tiene todos los derechos y libertades proclamados en esta Declaración, sin distinción alguna de raza, color, sexo, idioma, religión, opinión política o de cualquier otra índole, origen nacional o social, posición económica, nacimiento o cualquier otra condición. Además, no se hará distinción alguna fundada en la condición política, jurídica o internacional del país o territorio de cuya jurisdicción dependa una persona (...).

**Artículo 3.-** Todo individuo tiene derecho a la vida, a la libertad y a la seguridad de su persona.

**Artículo 4.-** Nadie estará sometido a esclavitud ni a servidumbre; la esclavitud y la trata de esclavos están prohibidas en todas sus formas.

**Artículo 5.-** Nadie será sometido a torturas ni a penas o tratos crueles, inhumanos o degradantes.

**Artículo 6.-** Todo ser humano tiene derecho, en todas partes, al reconocimiento de su personalidad jurídica.

**Artículo 7.-** Todos son iguales ante la ley y tienen, sin distinción, derecho a igual protección de la ley. Todos tienen derecho a igual protección contra toda discriminación que infrinja esta Declaración (...).

**Artículo 8.-** Toda persona tiene derecho a un recurso efectivo, ante los tribunales nacionales competentes, que la ampare contra actos que violen sus derechos fundamentales (...).

**Artículo 9.-** Nadie podrá ser arbitrariamente detenido, preso ni desterrado.

**Artículo 10.-** Toda persona tiene derecho, en condiciones de plena igualdad, a ser oída públicamente y con justicia por un tribunal independiente e imparcial, para la determinación de sus derechos y obligaciones o para el examen de cualquier acusación contra ella en materia penal.

**Artículo 11.-**

1. Toda persona acusada de delito tiene derecho a que se presuma su inocencia mientras no se pruebe su culpabilidad (...).

2. Nadie será condenado por actos u omisiones que en el momento de cometerse no fueron delictivos según el Derecho nacional o internacional. Tampoco se impondrá pena más grave que la aplicable en el momento de la comisión del delito.

**Artículo 12.-** Nadie será objeto de injerencias arbitrarias en su vida privada, su familia, su domicilio o su correspondencia, ni de ataques a su honra o a su reputación. Toda persona tiene derecho a la protección de la ley contra tales injerencias o ataques.

**Artículo 13.-**

1. Toda persona tiene derecho a circular libremente y a elegir su residencia en el territorio de un Estado.

2. Toda persona tiene derecho a salir de cualquier país, incluso del propio, y a regresar a su país.

**Artículo 14.-**

1. En caso de persecución, toda persona tiene derecho a buscar asilo, y a disfrutar de él, en cualquier país.

2. Este derecho no podrá ser invocado contra una acción judicial realmente originada por delitos comunes o por actos opuestos a los propósitos y principios de las Naciones Unidas.

**Artículo 15.-**

1. Toda persona tiene derecho a una nacionalidad.

2. A nadie se privará arbitrariamente de su nacionalidad ni del derecho a cambiar de nacionalidad.

**Artículo 16.-**

1. Los hombres y las mujeres, a partir de la edad núbil, tienen derecho, sin restricción alguna por motivos de raza, nacionalidad o religión, a casarse y fundar una familia (...).

2. Sólo mediante libre y pleno consentimiento de los futuros esposos podrá contraerse el matrimonio.

3. La familia es el elemento natural y fundamental de la sociedad y tiene derecho a la protección de la sociedad y del Estado.

**Artículo 17.-**

1. Toda persona tiene derecho a la propiedad, individual y colectivamente.

2. Nadie será privado arbitrariamente de su propiedad.

**Artículo 18.-** Toda persona tiene derecho a la libertad de pensamiento, de conciencia y de religión (...).

**Artículo 19.-** Todo individuo tiene derecho a la libertad de opinión y de expresión (...).

**Artículo 20.-**

1. Toda persona tiene derecho a la libertad de reunión y de asociación pacíficas.

2. Nadie podrá ser obligado a pertenecer a una asociación.

**Artículo 21.-**

1. Toda persona tiene derecho a participar en el gobierno de su país, directamente o por medio de representantes libremente escogidos.

2. Toda persona tiene el derecho de acceso, en condiciones de igualdad, a las funciones públicas de su país.

3. La voluntad del pueblo es la base de la autoridad del poder público; esta voluntad se expresará mediante elecciones auténticas que habrán de celebrarse periódicamente, por sufragio universal e igual y por voto secreto u otro procedimiento equivalente que garantice la libertad del voto.

**Artículo 22.-** Toda persona (...) tiene derecho a la seguridad social, y a obtener (...) habida cuenta de la organización y los recursos de cada Estado, la satisfacción de los derechos económicos, sociales y culturales, indispensables a su dignidad y al libre desarrollo de su personalidad.

**Artículo 23.-**

1. Toda persona tiene derecho al trabajo, a la libre elección de su trabajo, a condiciones equitativas y satisfactorias de trabajo y a la protección contra el desempleo.

2. Toda persona tiene derecho, sin discriminación alguna, a igual salario por trabajo igual.

3. Toda persona que trabaja tiene derecho a una remuneración equitativa y satisfactoria, que le asegure, así como a su familia, una existencia conforme a la dignidad humana y que será completada, en caso necesario, por cualesquiera otros medios de protección social.

4. Toda persona tiene derecho a fundar sindicatos y a sindicarse para la defensa de sus intereses.

**Artículo 24.-**

Toda persona tiene derecho al descanso, al disfrute del tiempo libre, a una limitación razonable de la duración del trabajo y a vacaciones periódicas pagadas.

**Artículo 25.-**

1. Toda persona tiene derecho a un nivel de vida adecuado que le asegure, así como a su familia, la salud y el bienestar, y en especial la alimentación, el vestido, la vivienda, la asistencia médica y los servicios sociales necesarios; tiene asimismo derecho a los seguros en caso de desempleo, enfermedad, invalidez, vejez u otros casos de pérdida de sus medios de subsistencia por circunstancias independientes de su voluntad.

2. La maternidad y la infancia tienen derecho a cuidados y asistencia especiales. Todos los niños, nacidos de matrimonio o fuera de matrimonio, tienen derecho a igual protección social.

**Artículo 26.-**

1. Toda persona tiene derecho a la educación. La educación debe ser gratuita, al menos en lo concerniente a la instrucción elemental y fundamental. La instrucción elemental será obligatoria. La instrucción técnica y profesional habrá de ser generalizada; el acceso a los estudios superiores será igual para todos, en función de los méritos respectivos.

2. La educación tendrá por objeto el pleno desarrollo de la personalidad humana y el fortalecimiento del respeto a los derechos humanos y a las libertades fundamentales; favorecerá la comprensión, la tolerancia y la amistad entre todas las naciones y todos los grupos étnicos o religiosos; y promoverá el desarrollo de las actividades de las Naciones Unidas para el mantenimiento de la paz.

3. Los padres tendrán derecho preferente a escoger el tipo de educación que habrá de darse a sus hijos.

**Artículo 27.-**

1. Toda persona tiene derecho a tomar parte libremente en la vida cultural de la comunidad, a gozar de las artes y a participar en el progreso científico y en los beneficios que de él resulten.

2. Toda persona tiene derecho a la protección de los intereses morales y materiales que le correspondan por razón de las producciones científicas, literarias o artísticas de que sea autora.

**Artículo 28.-** Toda persona tiene derecho a que se establezca un orden social e internacional en el que los derechos y libertades proclamados en esta Declaración se hagan plenamente efectivos.

**Artículo 29.-**

1. Toda persona tiene deberes respecto a la comunidad (...).

2. En el ejercicio de sus derechos y en el disfrute de sus libertades, toda persona estará solamente sujeta a las limitaciones establecidas por la ley con el único fin de asegurar el reconocimiento y el respeto de los derechos y libertades de los demás, y de satisfacer las justas exigencias de la moral, del orden público y del bienestar general en una sociedad democrática.

3. Estos derechos y libertades no podrán, en ningún caso, ser ejercidos en oposición a los propósitos y principios de las Naciones Unidas.

**Artículo 30.-** Nada en esta Declaración podrá interpretarse en el sentido de que confiere derecho alguno al Estado, a un grupo o a una persona, para emprender y desarrollar actividades (...) tendientes a la supresión de cualquiera de los derechos y libertades proclamados en esta Declaración.

“DISTRIBUIDO GRATUITAMENTE POR EL MINISTERIO DE EDUCACIÓN  
PROHIBIDA SU VENTA”